

OBJETOS TEXTUALES NO IDENTIFICADOS

Narrativas emergentes en los nuevos entornos digitales de Cuba

Ariel Camejo
Selección y prólogo

Corrección: Boris Badía

Composición: Camila González Rodríguez

Imagen de portada: Gerardo Liranza, *Resignificación*. Óleo sobre lienzo, 150 x 150 cm, 2020.

Ilustraciones y viñetas interiores tomadas de *Casas para piedras* (Infraestudio: Ediciones Infraleves, 2019).

Índice

Hay un cuadro de Klee que se llama *Angelus Novus*. En él se muestra a un ángel que parece a punto de alejarse de algo que le tiene paralizado. Sus ojos miran fijamente, tiene la boca abierta y las alas extendidas; así es como uno se imagina al Ángel de la Historia. Su rostro está vuelto hacia el pasado. Donde nosotros percibimos una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única que amontona ruina sobre ruina y la arroja a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado, pero desde el Paraíso sopla un huracán que se enreda en sus alas, y es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán le empuja irremediablemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras ante él los escombros se elevan hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso.

Walter Benjamin,
Tesis sobre la filosofía de la historia, “tesis IX”.



Prólogo

La última década ha significado para la isla una gradual apertura a los entornos mediáticos y tecnológicos, escenarios de los que participaba muy aleatoriamente antes de 2010. La expansión de la telefonía móvil, por un lado, y la profundización del acceso al espacio digital, sobre todo a partir del paulatino incremento de las oportunidades de acceso a Internet, han venido tejiendo redes, métodos e infraestructuras sin los cuales resulta imposible leer hoy cabalmente los intercambios, flujos de información y opinión, los repertorios simbólicos e imaginarios culturales que dialogan en el complejo ecosistema de lo cubano.

Sin duda alguna, se trata de desarrollos muy recientes y cuyos trayectos quizás estén por construirse en términos evolutivos y analíticos. No obstante, creo que resulta pertinente presentar al menos una muestra de textos que, desde el observatorio particular de los estudios literarios y el análisis cultural, hablan claramente de cómo esa nueva realidad mediática incide directamente en la pluralización de los territorios y las prácticas de escritura. Su lectura ofrece no solo un claro índice de la dinamización de formatos y asuntos fuera de los "relatos" que propone la institucionalidad del Estado, sino del interés por apelar de manera recurrente a mecanismos tradicionalmente

asociados a las esferas de la narración literaria. Desde ese emplazamiento abren interrogantes, cuestionan y se posicionan críticamente ante los diseños que han articulado una noción hegemónica de comunidad nacional.

Es esta, precisamente, una zona inicial de complejidades analíticas. Son muchos y de diversa naturaleza los desafíos teóricos y críticos que plantean las nuevas formas de presentación de "lo narrativo", de manera especial en el ámbito de los medios digitales y de la comunicación en línea. Considerar el asunto desde una perspectiva latinoamericana y caribeña, implica también observar con atención determinadas singularidades.

Podría afirmarse, en primera instancia, que estas prácticas de escritura en el escenario digital establecen un peculiar diálogo con otros desarrollos discursivos canónicos o emergentes que se han venido acumulando y sedimentando –con variados grados de éxito y legitimación cultural– en la región a partir de la segunda mitad del siglo xx. Por lo tanto, se vinculan a un proceso más amplio de crecimiento y diversificación de tipologías textuales y discursivas, las cuales dibujan un territorio muy variable en el que cohabitan los llamados "géneros literarios" tradicionales con nuevos formatos de la crónica; donde irrumpe con fuerza el *new journalism*, se institucionalizan progresivamente el testimonio, la novela documental y la nueva novela histórica; ocurre un revival de la autoficción, de las llamadas narrativas del yo, de las heterografías y la ego-literatura; o, situados en el campo comunicacional, se entrecruza la práctica literaria con el periodismo literario, el periodismo narrativo, el periodismo creativo de no ficción; y, todavía más recientemente, con la llamada "ficción antropológica especulativa", la cual ha puesto de relieve los amplios nichos

de contaminación existentes entre los procedimientos literarios y los registros textuales a los que acuden hoy disciplinas como la antropología, la sociología y la etnología.

En segundo lugar, esa diversificación extrema, la pluralización en términos de prácticas de escritura, podría relacionarse también con una reacción directa al centralismo canónico del tipo de intelectual (y de productor cultural, como es el caso del escritor) que autorizaba y legitimaba el modelo de "ciudad letrada" descrito por Ángel Rama. Si bien han sido reconocidas, especialmente en el caso de América Latina y el Caribe, otras causas para ese crecimiento,[1] no es menos cierto y lamentablemente menos atendido el hecho de que los esquemas resultantes de las estructuras de la colonialidad del saber-poder impusieron, desde la literatura y desde otras prácticas artísticas, visiones y representaciones hegemónicas de los legados culturales; monopolizaron las capacidades de organización de los entramados de identidad colectiva y, sobre todo, reificaron el estatuto del intelectual ilustrado como eje vertebrador de la dimensión sociocultural de la vida.

Quizás ello permita explicar por qué estos nuevos desarrollos atentan directa o indirectamente contra uno de los pilares que había sostenido la noción de lo narrativo-literario: la ficción. Rafael Rojas se ha referido recientemente al fenómeno de la no-ficción como una suerte de epidemia taxonómica,[2] y en la

[1] Entre las más recurrentes estarían el abordaje textual renovador del complejo contexto de las dictaduras, la negociación con las nuevas realidades que emergen de los enfoques económicos neoliberales o la visibilización de sujetos "menores", lateralizados u objetualizados por narrativas nacionalistas.

[2] Rafael Rojas: "La no-ficción como epidemia", en *El Estornudo*, 20 de noviembre de 2018. Disponible en: https://medium.com/@revistaelestornudo/la-no-ficci%C3%B3n-como-epidemia-554cabe83b60. Otras

última década se registra un interés sostenido por el examen de las relaciones entre ficción y no-ficción en numerosos ámbitos académicos.[3] Sin embargo, aun sin entrar a problematizar las distancias entre una y otra, creo que tras la propensión a marcar textualmente una voluntad antificcional, o mejor, *ante*ficcional, se organiza un campo muy complejo que es, precisamente, un territorio por excelencia de la ficción.

Si bien esta ha sido una categoría extensamente tratada a lo largo del siglo XX por las teorías de la literatura, esos enfoques han estado dominados por un profundo textocen-

---

aristas sobre los dilemas clasificatorios que impone la "no-ficción" pueden encontrarse en el texto de Anastasiia Zelinska: "Semantic Limits of the Concept «Non-Fiction Book»", en *Current Issues of Mass Communication*, Institute of Journalism of Taras Shevchenko National University of Kyiv, nº. 18, 2015, pp. 62-73.

[3] Solo como muestra de ese interés, recomiendo la lectura de algunos números temáticos de revistas académicas. Es el caso de *Heteroglossia* [nº. 14: "Pianeta non-fiction", a cura di Andrea Rondini, Università degli Studi di Macerata, 2016] y *Pasavento* [v. III, nº. 1: "La autoficción hispánica en el siglo XXI", coord. José Manuel González Álvarez, Universidad de Alcalá, invierno 2015], las cuales presentan un amplio panorama sobre los dilemas de la ficción y la no-ficción contemporáneas. Aunque se acumula ya una vastísima bibliografía en torno al tópico, algunos textos pueden ser muy útiles para la comprensión de sus desarrollos y variantes fundamentales, desde el clásico *Writing Creative Nonfiction: the Literature of Reality* [Gay Talese y Barbara Lounsberry: New York, Harper Collins College, 1995] hasta aproximaciones como las expuestas en *The Distinction of Fiction* [Dorrit Cohn: Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2000], *A History of American Literary Journalism: the Emergence of a Modern Narrative Form* [John C. Hartsock: Amherst, University of Massachusetts Press, 2000] y más recientemente *Tra fiction e non-fiction. Metanarrazioni del presente* [Andrea Gialloreto: Firenze, Franco Cesati Editore, 2017].

trismo, obviando las complejas implicaciones que el momento extratextual tiene para la escritura, aunque este no sea en ocasiones el más visible en términos de textualidad. Con ello me refiero a las redes y proyectos intelectuales de los cuales nace un texto, a sus diseños discursivos, a las pautas ideoestéticas ancladas a la naturaleza misma de "lo textual" como *pantalla* o *efecto* de lo real. La toma de distancia frente a ciertos modelos del "escritor", del "intelectual" (y por ende del tipo de texto y de discurso que suele producir), quizás sea el signo más claro de un desgaste, no de la ficción (que es pretextual y prediscursiva) sino de su apropiación unilateral por parte de una comunidad que autoritariamente se ha plantado sobre esos roles.

Podría decirse entonces que el florecimiento de la no-ficción cubre un amplio espectro de demandas de textualización, tan variables y plurales como los contextos en los que se desarrolla. Arjun Appadurai se ha referido, por ejemplo, a cómo se abren para el sujeto migrante o las comunidades diaspóricas nuevas perspectivas textuales orientadas al establecimiento de formas no territoriales de arraigo y lealtad en un mundo globalizado marcado por la desterritorialización, el desplazamiento y el exilio; y más recientemente a las formas de violencia que se generan desde las prácticas del Estado-nación, por lo general ambivalentes en el tratamiento de minorías o fenómenos culturales minoritarios al interior de lo social. Para Appadurai el territorio globalizado, donde tropiezan los flujos migratorios con las nuevas prácticas comunicativas, especialmente las que ocurren en el espacio virtual, ha transformado a las minorías locales en poderosas mayorías globales.[4] Por otra parte, los usuarios de

[4] Cfr. de Arjun Appadurai su "Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy" (en *Theory, Culture and Society*, vol. 7, nº. 2-3 [1990], pp. 295–310); *Fear of Small Numbers: An Essay on the Geography of Anger*

la ciudad global encuentran allí "la arena en la cual pueden experimentar nuevos proyectos identitarios humanizadores en tanto continúan descubriendo sus diferencias como similitudes radicales posnacionales",[5] o se conforman nuevos archivos de la memoria transnacional, como los relacionados con la guerra.[6] Incluso, podemos afirmar hoy que lo no-ficcional organiza también nuevos territorios y dispositivos de lectura que permiten observar comparativamente las convergencias entre escritura y literaturidad, en el caso de la tradición literaria;[7] o entre narración y representación, para una amplia variedad de

(Durham, NC: Duke University Press, 2006) y *The Future as a Cultural Fact: Essays on the Global Condition* (Brooklyn, NY: Verso, 2013).

[5] Ignacio López-Calvo y Víctor Valle: *Latinx Writing Los Angeles. Nonfiction Dispatches from a Decolonial Rebellion*, Lincoln & London: University of Nebraska Press, 2018, pp. 39-40. [Mi traducción]

[6] Véase, por ejemplo, el estudio de Esmeralda Kleinreesink: *On Military Memoirs. A Quantitative Comparison of International Afghanistan War Autobiographies, 2001-2010*, Brill, 2015.

[7] Dos perspectivas diferentes en este sentido pueden encontrarse en Kirin Narayan [*Alive in the Writing. Crafting Ethnography in the Company of Chekhov*. Chicago: The University of Chicago Press, 2016] y Katherine Ebury y James Alexander Fraser (Eds.) [*Joyce's Non-Fiction Writings: "Outside his Jurisfiction"*. Cham, Switzerland: Palgrave Macmillan, 2018]. El primero, cuestiona si han sido planteadas las genealogías de la escritura de no-ficción, especialmente como un campo complementario de lo ficcional. ¿Qué relaciones tendría, por ejemplo, con las documentaciones etnográficas, las escrituras sobre el/lo otro que realizan escritores como Chéjov? El segundo, se pregunta cómo establecer, en el caso de James Joyce, una demarcación entre lo ficcional y lo no ficcional, cuando el escritor atenta constantemente, no solo en su "literatura", sino en sus materiales periodísticos, cartas y otros escritos de dudosa categorización genérica, contra la concepción canónica de esos textos. ¿Qué pasa si se cierra el flujo que va de un tipo de textualidad a otra? ¿Constituye esto un límite para la lectura cabal de la obra de Joyce?

disciplinas y actividades que operan como escenarios representacionales del mundo contemporáneo.

En el caso de América Latina y el Caribe, este régimen de lectura desde el campo de la no-ficción posee valiosos antecedentes, entre los que destaca el clásico volumen de Beatriz Pastor sobre el extenso "relato" de la conquista (*Discurso narrativo de la conquista de América*, 1983). Junto al examen de la diversidad de escrituras que alimentaron las representaciones de lo americano durante el período colonial (diarios, memorias, cartas de relación, relatos de viajes, descripciones, cuadros de costumbres), habría que situar igualmente el examen de la crónica americana durante el siglo XIX, especialmente cuando entra en su fase modernista con autores como José Martí y Rubén Darío, en el ámbito hispano, o Euclides da Cunha y João do Rio, en el contexto lusófono. Con estos antecedentes, la crónica primero, y el testimonio después, se situaron cómodamente en la región durante la segunda mitad del siglo XX como registros narrativos alternativos de la realidad, cubriendo (textual y cronológicamente) un gran horizonte de demandas que va desde el documento de denuncia antidictatorial de Rodolfo Walsh (*Operación Masacre*, 1957) hasta la apropiación metatextual de Juan Villoro ("La crónica: el ornitorrinco de la prosa", 2006).[8] Ello, en un contexto que dialogaba alternativamente tanto con las principales tendencias del campo literario latinoamericano como con los territorios del floreciente nuevo periodismo literario.[9]

[8] Juan Villoro: "La crónica, ornitorrinco de la prosa", en *La Nación*, 22 de enero de 2006. Disponible en: https://www.lanacion.com.ar/773985-la-cronica-ornitorrinco-de-la-prosa

[9] "A menudo se vincula el desarrollo del periodismo narrativo latinoamericano con la tradición norteamericana (con nombres como Truman Capote,

Al referirse a las características que dibujan la naturaleza híbrida de este nuevo tipo de escritura, asociada generalmente a la crónica, nos dice Villoro:

> *De la novela* extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; *del reportaje*, los datos inmodificables; *del cuento*, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; *de la entrevista*, los diálogos; y *del teatro* moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate: la «voz de proscenio», como la llama Wolfe, versión narrativa de la opinión pública cuyo antecedente fue el coro griego; *del ensayo*, la posibilidad de argumentar y conectar saberes dispersos; *de la autobiografía*, el tono memorioso y la reelaboración en primera persona. El catálogo de influencias puede extenderse y precisarse hasta competir con el infinito. Usado en exceso, cualquiera de esos recursos resulta letal. La crónica es un animal cuyo equilibrio biológico depende de no ser como los siete animales distintos que podría ser.[10]

Norman Mailer, Gay Talese, Thomas Wolfe, John Hersey) o europea (con casos como Oriana Fallaci, Günther Walraff y Ryszard Kapuściński). Sin embargo, la crónica en América Latina tiene su propia historia. Mientras que los escritores modernistas hicieron de sus crónicas «pequeños poemas en prosa de contundente actualidad», los novelistas del medio siglo le dieron estructura, construyeron personajes e hicieron uso de flashbacks, monólogos interiores y de organización en capítulos". Cfr. Jorge Carrión: *Mejor que ficción. Crónicas ejemplares*, Barcelona: Anagrama, 2012, p. 25.

[10] Juan Villoro: *op. cit.*

El empeño taxonómico de Villoro pone de relieve el interés creciente por el examen de delimitaciones conceptuales de esta naturaleza, así como por el establecimiento de sus genealogías, corpus y marcos estético-estilísticos. No obstante, el debate suele desarrollarse en un espacio de contención muy bien delimitado entre el ámbito académico (teoría literaria, crítica, semiótica, etc.) y el mercado editorial. Desde ese espacio de control se ramifica ocasionalmente hacia zonas de problematización que incluyen a la etnología, la antropología, la psicología o la historia. No creo que sea necesario detenerse demasiado en este comportamiento analítico, ligado más a una economía tradicional de "lo literario" que a la indagación cultural compleja de los nuevos escenarios globales. Dicho de otra forma, el interés general de estos estudios se orienta hacia la literaturización de los nuevos territorios de la escritura contemporánea: el discernimiento de su naturaleza genérica (por lo tanto, hasta qué punto son susceptibles de ser tratados *como* un género, como una especie de lo textual-literario), cómo organizar sus repertorios y archivos, de qué forma integrarlos a la economía –cada vez más compleja– de la Literatura, y así sucesivamente. Es decir, una orientación interpretativa y analítica que hace fluir la Escritura en la dirección de lo literario.

¿Qué pasa cuando se invierte ese flujo? ¿Qué sucede si observamos, en la dirección contraria, las formas a través de las cuales el ejercicio canónico, lógico y estructurado de lo literario, se diluye en el caótico mapa de signos que se ofrecen a usuarios indiferenciados para, más que escribir, *inscribir* su presente en el mundo real? Este volumen se interesa precisamente por presentar textos que invitan a recorrer esa ruta, senderos que se bifurcan hacia el espacio del periodismo

en medios digitales, a la textualidad web, a las escrituras (y las lecturas) en red, a los tejidos simbólicos que conforman progresivamente eso que Jesús Martín-Barbero ha llamado nuevos *sensorium*.[11]

Vistos desde este emplazamiento, los dilemas de la escritura narrativa en los nuevos medios de (la) comunicación adquieren matices de diversa complejidad. Tendríamos de un lado aquellos que se relacionan con su naturaleza textual y su dimensión discursiva, sin descuidar los grados en que ambos momentos del texto satisfacen, hacen visible y reivindican la autoría como función cultural. Del otro, los relacionados con el entramado institucional de la escritura: su lugar de producción, condiciones de circulación y consumo, públicos reales y potenciales, capacidades y oportunidades de integración al ecosistema social, grados de aceptación o rechazo por parte de otras estructuras institucionales o del Estado, etc.

En términos de aspecto narrativo podría decirse que su delimitación puede ser tan amplia y abierta como el arco

[11] "…el campo de la comunicación se presenta hoy primordialmente configurado por tres dimensiones: el espacio del mundo, el territorio de la ciudad y el tiempo de los jóvenes (…) Territorio-ciudad pues en él se configuran nuevos escenarios de comunicación de los que emerge un *sensorium* nuevo, cuyos dispositivos claves son la fragmentación –no sólo de los relatos sino de la experiencia, de la desagregación social– y el flujo: el ininterrumpido flujo de las imágenes en la multiplicidad de pantallas –de trabajo y de ocio enlazadas. Y donde ese sensorium se hace social y culturalmente visible hoy es en el entre-tiempo de los jóvenes, cuyas enormes dificultades de conversación con las otras generaciones apunta a todo lo que en el cambio generacional hay de mutación cultural." Jesús Martín-Barbero: "Aventuras de un cartógrafo mestizo", en *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*, Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 10.

que separa en Roland Barthes las nociones de "estructura del relato" y "discurso de la historia". El hecho de que tanto el último Gerard Genette como la entonces joven narratóloga Mieke Bal encontraran un punto de tangencia en el reconocimiento de que el relato (y con él la narración) es más un modo del discurso que una derivación de la organización interna del texto, constituye señal suficiente de que lo narrativo tiende a manifestarse recurrentemente como una categoría no delimitada por la noción de lo literario.

Una discusión diferente es la que concierne al estatuto de ficcionalidad, al cual lo narrativo sirve como dispositivo de modulación, especialmente en textos de los que se "espera" una relación diáfana con la realidad, marcada por un pacto más en torno a la "verdad" que a lo verosímil. Si hay una zona que recuperar para el debate entre ficción y no-ficción es su relación con la representación en tanto proceso, no solamente estético o artístico, sino también discursivo y social. Ello impone tanto la necesidad de escapar de la definición de lo narrativo desde los encuadres exclusivos de lo literario (el realismo literario, por ejemplo, es muy diferente de la textualización de lo real en estas nuevas formas del discurso), como desarrollar otras formas de observación para las narraciones del presente.[12]

La literatura, casi inevitablemente, incluso la que se clasifica hoy como de no-ficción, tiende a la memorialización, a la

[12] Cfr. Dimitri Chimenti: "Unidentified Narrative Objects. Notes for a Rethorical Typology", en *Journal of Romance Studies*, Liverpool University Press, vol. 10, nº. 1, Spring 2010, pp. 37-49.

objetualización de la realidad en tanto historia(s).[13] Cabría preguntarse cómo opera esa relación en el caso de textos cuya lectura y relación con el presente es mucho más efímera, menos duradera que la de textos que son asimilados casi inmediatamente por el campo (de lo) literario.[14] Si algo distingue a los textos que aquí se presentan es, invariablemente, su voluntad de abrir muchas capas y profundidades "en" el presente, aunque contradictoriamente la propia realidad "sobre" la cual se pronuncian (aquella sobre la que intentan incidir, desde la que establecen un posicionamiento crítico, muchas veces perturbador de cierto *status quo* –de

[13] Este sigue siendo un principio de la observación narrativo-literaria, tal y como demuestra la afirmación de Wolf Schmid en su *Narratology. An Introduction* [Berlin: De Gruyter, 2010]: "La narración se deriva de eventos". Incluso, ese tipo de *eventualidad* propia de lo literario ha generado, en el caso de la no-ficción, un curioso neologismo: el *faction* (resultante de la combinación entre *fact* [hecho, evento, suceso] y *fiction* [ficción]).

[14] Incluso, podemos afirmar hoy que no solo son asimilados sino también objeto de demanda creciente por parte de importantes editoriales. Ello ha motivado posicionamientos autorales que intentan, más allá de la imposición de taxonomías desde las pautas del mercado literario, situar algunas claves composicionales para los nuevos territorios de la escritura creativa (y uso el término conscientemente). Dos referencias esenciales en ese sentido serían el volumen de David Shields, *Reality Hunger: A Manifiesto* [New York: Knopf, 2010], y el del colectivo autoral italiano Wu Ming, *New Italian Epic: letteratura, sguardo obliquo, ritorno al futuro* [Torino: Einaudi, 2009]. En ambos casos se reconoce abiertamente la importancia del *juego* de la expresión, de la discursivización del mundo, pero un juego liberado de los "pactos" (representacionales o de lectura) que suelen imponer tanto la Literatura como el Periodismo. Al trascender esos regímenes discursivos, esos sistemas de garantías, la escritura adquiere un nuevo carácter, una nueva densidad, una nueva capacidad de actuación sobre lo "real".

la política, de la moral, de la subjetividad colectiva, del relato nacional o identitario, de la corporalidad–) les comunique un cierto carácter atemporal.

Resulta interesante, en ese sentido, no solo el hecho de que varios de los textos reunidos en esta antología hayan sido re-publicados, tanto por el medio original como por otros medios (cubanos o no), sino también que muchos usuarios reconozcan en ellos textos con los cuales se identifican, o en los que señalan su vigencia o su naturaleza antológica. Especialmente este último aspecto permite entender en qué medida el tipo de eventualidad registrada por ellos construye, más que una historia (en el sentido narratológico del término), un territorio para el reconocimiento colectivo de amplios segmentos de la sociedad cubana actual, incluso para quienes no viven en la isla. Un peso significativo en ese proceso de legitimación podría derivarse de las propias estrategias textuales a las que apelan, entre las que se concede especial importancia no solo a la narrativización en términos de atmósferas o planteamiento de conflictos como estados de desequilibrio; sino también el afán testimonial, bien a través del registro de las experiencias del yo o de la historia de otro en diálogo con quien escribe; el alto valor que se concede a la documentación no intervenida por valoraciones o digresiones analíticas; o la memorialización de espacios individuales, territorios afectivos y experiencias periféricas que resultan incómodas al relato dominante desde el que se construye una noción de lo público y lo comunitario.

No obstante, hablamos de un territorio comunicacional que es cenagoso por naturaleza, un entorno en el que

compiten miles de pantallas, cada una de ellas diseñada estratégicamente para captar públicos potenciales, reacciones e interacciones que alimentan no solo una relación del tipo lector-autor, sino también la circunstancia de vivir la mediación a través del medio. Al ser trasvasados ahora al espacio tradicional del libro, estas escrituras adquieren solidez, permanencia, un tiempo no delimitado por el *scroll down*. Pero también pierden una relación, un entorno en el que cohabitan con otros signos vitales de la lectura contemporánea en línea: texturas, *banners*, *pop-ups*, tempo mediático, *dispositividad…* [15]

Sin dudas, desde esta perspectiva se abre un rico horizonte de investigaciones de carácter inter y transdiciplinar que ya está siendo explorado y sobre el que esta antología quiere llamar la atención.[16] Nos encontramos hoy ante una necesidad imperiosa de explorar esos territorios analíticos híbridos, de pensar el relato, la narración y la ficción desde ópticas menos condicionadas por las metodologías tradicionales de los estudios literarios.

[15] Con el objetivo de facilitar el acceso a ese otro "estado", al final de cada texto el lector encontrará un código QR que remite a la fuente original de la que ha sido tomado.

[16] Algunos volúmenes a considerar en este sentido serían, entre otros, los de Paul Jay: *The Transnational Turn and Literary Studies* [New York: Cornell University Press, 2010]; John Bak y Bill Reynolds: *Literary journalism across the Globe: Journalistic Traditions and Transnational Influences* [Amherst: University of Massachusetts Press, 2011]; Marie-Laure Ryan y Jan-Noël Thon: *Storyworlds across Media: toward a Media-Conscious Narratology* [Lincoln and London: University of Nebraska Press, 2014].

El universo Cuba

> ¿Qué significa que ya no sea posible pensar y actuar desentendiéndose de los procesos globalizadores o, dicho de otro modo, de las tendencias hegemónicas de la urbanización y la industrialización de la cultura? Algunos interpretan este hecho como el triunfo del "pensamiento único" y el fin de la diversidad ideológica; por mi parte, prefiero considerar esta situación como un horizonte englobante pero abierto, relativamente indeterminado. Para salir de esta opción es necesario examinar las condiciones concretas en que ahora se desenvuelven las prácticas culturales en distintos países, la interacción de los proyectos globalizadores con el modo en que la multiculturalidad perfila las relaciones sociales en cada región.
>
> Néstor García Canclini,
> *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización.*

Resulta amplio y variado el espectro temático sobre el que se pronuncian estos textos, todos ellos emparentados por eso que David Shields ha llamado el "hambre de realidad": la voluntad expresa por abrir en la escritura una ventana a las realidades y experiencias de quien la registra, pero esta vez desde una óptica comunicativa que se desprende de los procesos normativos, tanto de la mediación informativa como de la actividad literaria.

Situados ante esta nueva "historiografía del presente" (una narrativa menos ficticia que la literatura y más inmediata que la historia), la escritura adquiere tonalidades muy diversas al pronunciarse sobre lo que podríamos llamar una "precarización de la verdad". En el caso de la realidad cubana, suele

asociarse esa precarización al control hegemónico del Estado sobre la información (al menos la que se presenta al ámbito de lo público como veraz, oportuna, fiable, no manipulada en un mundo al arbitrio de las *fake news* y la "posverdad"), lo cual explica, en cierta medida, el por qué gran parte de los autores reunidos aquí provienen del campo del periodismo. Sin embargo, este es solo uno de los debates contenidos en el cuerpo de los textos que se presentan.

Observar la realidad cubana de hoy implica reconocer que esa precarización no solo demanda fuentes y perspectivas informativas fuera de la lógica estatal para el examen del complejo entramado de lo nacional, sino, y sobre todo, emplazamientos analíticos cuyos intereses, metodologías y públicos sean capaces de subvertir las lecturas históricamente sesgadas, ideológica y teóricamente limitadas, o políticamente desautorizadas por los regímenes discursivos del Estado y sus instrumentos intelectuales.

Es por eso que podemos rastrear también otras voces, actores que desde diferentes universos y esferas de interés encuentran amparo en las nuevas formas y territorios a través de los cuales fluyen hoy la información y la comunicación para dar cuerpo a sus demandas. El acceso, aun con limitaciones, a un espacio tecnológico más democrático y menos regulado, resquebrajó el hipercontrol que sobre los procesos de producción y legitimación simbólica ejercían las figuras del Estado tradicional y su amplia red institucional, propiciando que estos textos, estas texturas de lo cotidiano, se pronuncien sobre asuntos lateralizados o tabuizados por la agenda oficial y, a veces también, por una sociedad civil que había carecido de escenarios oportunos para diseminar información o activar el

debate colectivo en torno a esos temas. Por otra parte, estos nuevos actores demuestran su habilidad para traducir el caos comunicativo contemporáneo y reescribirlo/reinscribirlo con la misma inmediatez en un escenario en el que lo cubano se actualiza constantemente ante las modulaciones de lo global.

Una lectura general del volumen permite aislar grandes temas que son atravesados, indistintamente, por diversas problemáticas de la estructura social cubana. Entre las más recurrentes figuran el crecimiento de las desigualdades económicas en las últimas tres décadas; además de la persistencia de patrones estructurales discriminatorios por el color de la piel, el género o la identidad sexual, la región de origen o la pertenencia a minorías culturales, entre otras. Esos temas generales serían: 1) las reacciones del cuerpo frente a diseños opresivos de la vida pública y privada, además de las trasgresiones del género y la sexualidad; 2) las migraciones internas y externas, así como sus relaciones con la capacidad de movilidad del individuo, con la constitución de sujetos diaspóricos, con el florecimiento de la prostitución, la pobreza, o con la reproducción de ciudadanías frágiles; 3) los nuevos tejidos sociales: las redes, las comunidades translocales, los guetos o las subculturas urbanas; 4) el regreso a lo local a partir de documentaciones de la cotidianidad en comunidades periféricas y de procesos rituales subnacionales; y 5) los impactos personales y colectivos de la pandemia de coronavirus con sus consiguientes procesos de aislamiento social, el empoderamiento de las estructuras de vigilancia y control ciudadano, así como la precarización del acceso a bienes y servicios.

Como se desprende de esta segmentación, los asuntos que intentan inscribir en el debate público estos autores no difieren

demasiado del tipo de problemáticas que pueden ser identificadas en otros contextos globales, especialmente aquellos con un pasado de dominación colonial, una población marcada por las huellas de la esclavitud, de la economía plantacionista, de los esquemas monoproductores y monoexportadores, o la desigual distribución de la riqueza. Ello habla de la necesidad de comenzar a leer la sociedad cubana fuera del singularismo que representa su estatus de "país socialista", aunque inevitablemente se trate de una circunstancia que organiza muchos de los márgenes y segmentaciones sobre los que se emplazan o con los cuales discuten estos textos.

He evitado de forma consciente establecer comparaciones entre las preocupaciones temáticas de estas escrituras y aquellas que se manifiestan de forma recurrente en la literatura cubana actual. Habiendo reconocido las distancias entre un ámbito y otro creo que resulta innecesario el trazado de equivalencias, temáticas o morfológicas, aunque reconozco que estas pudieran resultar de interés en ciertos espacios académicos. Ese camino también queda abierto, sobre todo si se toma en cuenta que determinados asuntos explorados críticamente por estos textos se emparentan con preocupaciones recurrentes tematizadas por otras zonas de la creación artística cubana. Tal es el caso, por ejemplo, de los nuevos realizadores cinematográficos o comportamientos de similar orientación en el ámbito de las artes visuales durante las últimas décadas. Como muestra de esos senderos que comienzan a tejer un tupido manto de escrituras, al cierre del volumen el lector encontrará un breve texto del proyecto Infraestudio que "acompaña" narrativamente su obra-libro *Casas para piedras* y cuyas ilustraciones atraviesan también las páginas de esta antología. Concebir una arquitectura a

través de su relato y no de su manifestación concreta como espacio construido, es quizás el signo más claro de la potencia del gesto que se edifica a través de la palabra, un gesto que he querido celebrar en esta compilación.

Por último, debo señalar que la antología intenta presentar no solamente una cartografía de autores sino, y sobre todo, un territorio de medios y mediaciones en el que participan revistas digitales de diverso tipo –desde el periodismo de investigación y la nueva crónica hasta el meramente informativo o de carácter cultural–, blogs o perfiles de Facebook. Lo que ahora adquiere la forma de un libro es el resultado de un proceso extendido de exploración, análisis y cuestionamientos de los que han formado parte, directa o indirectamente, mis estudiantes del curso de Apreciación Literaria de la carrera de Letras en la Universidad de La Habana y también algunos de los autores que participan en la antología. Agradezco infinitamente a Iván Camejo, Hans Jacob Ohldieck, Mabel Cuesta, Milena Recio, Dayron Carrillo, Marcella Solinas, Haydée Arango y Rafael G. Escalona por la lectura atenta del volumen. Sus valiosos criterios y sugerencias recorren también las líneas de este preámbulo. El propósito fundamental ha sido situar en el debate sobre la naturaleza del texto narrativo, el acontecer diverso y múltiple del que da cuenta la escritura contemporánea, independientemente de que aspire o no al carácter de escritura literaria.

El lector, entonces, encontrará aquí territorios alternativos en los que la narración y sus particulares mecanismos de representación constituyen una vía esencial para situarnos ante el complejo escenario de la Cuba de hoy. Un país que se aparta cada vez más de su singularidad histórica para integrarse a las tensas interacciones entre lo local y lo global.

Referencias bibliográficas:

Appadurai, Arjun: 'Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy', en *Theory, Culture and Society*, vol. 7, nº. 2-3 (1990), pp. 295–310.

_____________: *Fear of Small Numbers: An Essay on the Geography of Anger*, Durham, NC: Duke University Press, 2006.

_______________: *The Future as a Cultural Fact: Essays on the Global Condition*, Brooklyn, NY: Verso, 2013.

Bak, John y Bill Reynolds: *Literary Journalism across the Globe: Journalistic Traditions and Transnational Influences*, Amherst: University of Massachusetts Press, 2011.

Bal, Mieke: *Teoría de la narrativa (una introducción a la narratología)*, Madrid: Cátedra, 1985.

Martín-Barbero, Jesús: *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*, Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2004.

Carrión, Jorge: *Mejor que ficción. Crónicas ejemplares*, Barcelona: Anagrama, 2012.

Chimenti, Dimitri: "Unidentified Narrative Objects. Notes for a Rethorical Typology", en *Journal of Romance Studies*, Liverpool University Press, vol. 10, nº. 1, Spring 2010, pp. 37-49.

Cohn, Dorrit: *The Distinction of Fiction*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2000.

Ebury, Katherine and James Alexander Fraser (eds.): *Joyce's Non-Fiction Writings: "Outside his Jurisfiction"*, London: Palgrave Macmillan, 2018.

Genette, Gerard: *Nuevo discurso del relato*, Madrid: Cátedra, 1998.

Gialloreto, Andrea: *Tra fiction e non-fiction. Metanarrazioni del presente*, Firenze: Franco Cesati Editore, 2017.

Hartsock, John C.: *A History of American Literary Journalism: the Emergence of a Modern Narrative Form*, Amherst: University of Massachusetts Press, 2000.

____________: *Literary Journalism and the Aesthetics of Experience*, Amherst: University of Massachusetts Press, 2016.

Heteroglossia, nº. 14: "Pianeta non-fiction", a cura di Andrea Rondini, Università degli Studi di Macerata, 2016.

Jaramillo Agudelo, Darío (ed.): *Antología de la crónica latinoamericana actual*, Buenos Aires: Alfaguara, 2012.

Jay, Paul: *The Transnational Turn and Literary Studies*, New York: Cornell University Press, 2010.

Jenvrey, Dominiq: *Théorie du fictionnaire*, Paris: Questions Théoriques, 2011.

Kirin, Narayan: *Alive in the Writing. Crafting Ethnography in the Company of Chekhov*, Chicago: The University of Chicago Press, 2012.

Kleinreesink, Esmeralda: *On Military Memoirs. A Quantitative Comparison of International Afghanistan War Autobiographies, 2001-2010*, Brill, 2015.

López-Calvo, Ignacio y Víctor Valle: *Latinx Writing Los Angeles. Nonfiction Dispatches from a Decolonial Rebellion*, Lincoln & London: University of Nebraska Press, 2018.

Mongelli, Marco: "Il reale in finzione. L'ibridazione di *fiction* e *non-fiction* nella letteratura contemporánea", en *Ticontre. Teoria Testo Traduzione*, Università degli studi di Trento, nº. 4, octubre 2015, pp. 165-184.

Pastor, Beatriz: *Discurso narrativo de la conquista de América*, La Habana: Casa de las Américas, 1983.

Pasavento, v. III, nº. 1: "La autoficción hispánica en el siglo xxi", coord. José Manuel González Álvarez, Universidad de Alcalá, invierno 2015.

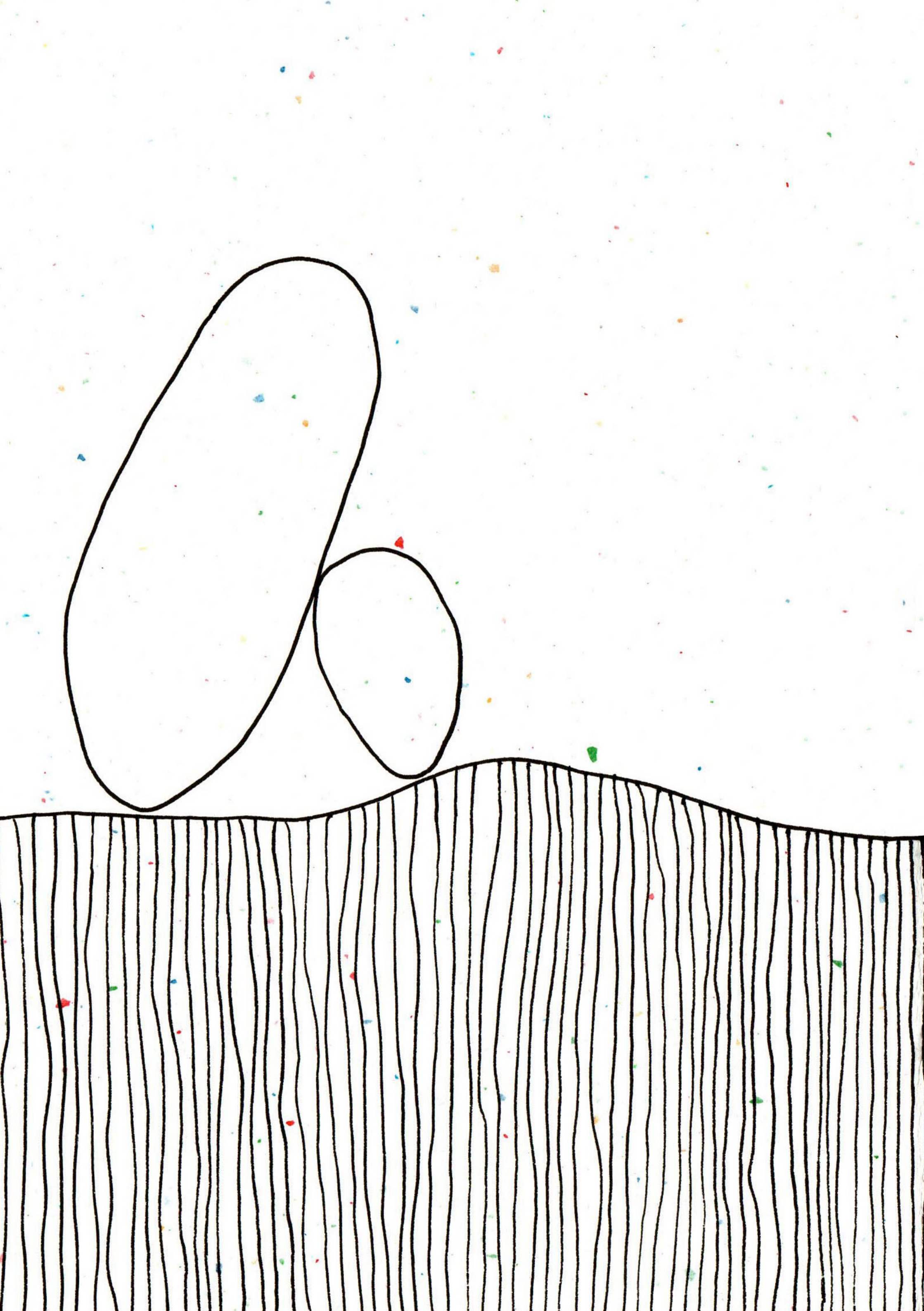
Rama, Ángel: *La ciudad letrada*, Hannover: Ediciones del Norte, 1984.

Rojas, Rafael: "La no-ficción como epidemia", en *El Estornudo*, 20 de noviembre de 2018. Disponible en: https://medium.com/@revistaelestornudo/la-no-ficci%C3%B3n-como-epidemia-554cabe83b60

Ryan, Marie-Laure and Jan-Noël Thon: *Storyworlds across Media: toward a Media-Conscious Narratology*, Lincoln & London: University of Nebraska Press, 2014.

Schaeffer, Jean-Marie: "Fictional vs. Factual Narration", en *Handbook of Narratology*, Peter Hühnetal *et. al.*, Berlin: De Gruyter, 2009, pp. 98-114.

SCHMID, WOLF: *Narratology. An Introduction*, Berlin: De Gruyter, 2010.
SHIELDS, DAVID: *Reality Hunger: A Manifiesto*, New York: Knopf, 2010.
TALESE, GAY Y BARBARA LOUNSBERRY: *Writing Creative Nonfiction: the Literature of Reality*, New York: Harper Collins College, 1995.
VILLORO, JUAN: "La crónica, ornitorrinco de la prosa", en *La Nación*, 22 de enero de 2006. Disponible en: https://www.lanacion.com.ar/773985-la-cronica-ornitorrinco-de-la-prosa
WOLFE, TOM Y E. W. JOHNSON: *The New Journalism*, New York: Harper & Row, 1973.
WU MING: *New Italian Epic: letteratura, sguardo obliquo, ritorno al futuro*, Turin: Einaudi, 2009.
ZELINSKA, ANASTASIIA: "Semantic Limits of the Concept "Non-Fiction Book", en *Current Issues of Mass Communication*, Institute of Journalism of Taras Shevchenko National University of Kyiv, nº. 18, 2015, pp. 62-73.





Madurez sexual

Mónica Baró Sánchez

(*El Estornudo*. Febrero 20 de 2019)

Una de las razones por las que más me entusiasmaba cumplir treinta años era porque siempre me habían contado que a esa edad las mujeres alcanzamos la madurez sexual. Madurez sexual dicho con cierta malicia, como para que entendiera que no tenía nada que ver con la madurez sexual de cualquier otro mamífero hembra, de una leona o una yegua, por ejemplo; que no significaba que el cuerpo se preparaba para reproducirse y surgía o se agudizaba cierto instinto maternal.

Nadie nunca explicaba en qué consistía, en concreto, esa madurez sexual: si se lubricaba mejor, se prolongaban y/o intensificaban los orgasmos, aumentaba la libido o se detectaban nuevas zonas erógenas. Sin embargo, siempre quedaba claro que era algo vinculado con el placer sexual y no con la fecundación.

El placer. ¿Qué es el placer? A los treinta años he aprendido que es posible venirse no solo con alguien que no amas sino, incluso, con alguien que ni siquiera te gusta, que es posible, sí, terminar teniendo sexo con alguien que ni siquiera te gusta. Más de una vez (gratis). Hay épocas en la vida en que una cosa lleva muy fácilmente a la otra: una mirada a un baile, un baile a un beso, un beso a tocarse, y tocarse, a que de pronto la ropa y el resto del mundo estorben. Un orgasmo, a veces, no es nada más

complicado que la reacción del cuerpo a un estímulo o a una serie de estímulos. No siempre involucra afectos, ni los necesita. Alcanzarlo es relativamente fácil. Lo difícil es alcanzar intimidad.

La intimidad no es la situación que se crea tras quitarse la ropa. Se puede tener sexo sin tener un minuto de intimidad. Para mí, más revelador que un orgasmo, suele ser lo que siento después del orgasmo, una vez que ya sacié mis ganas de animal: ¿quiero quedarme al lado de esa persona, conversar, besar, abrazar, acariciar, o quiero simplemente hacer que desaparezca o desaparecer? Cuando existe intimidad con alguien el placer no termina con el orgasmo, al contrario. El placer se transforma en algo parecido al cariño, o a la paz, y persiste transformado.

En ocasiones incluso puedes sentir placer sin venirte. Y no placer del tipo "qué hermoso mirar el amanecer a tu lado", sino auténtico placer sexual. Una amiga me dijo de un hombre con el que salía, con quien nunca se había dado ni un beso en la boca, que lo que más le gustaba de él era que se la singaba intelectualmente. Mi amiga no ha cumplido treinta, recién cumplió 28, pero cuando hablo con ella siento que estamos viviendo la misma metamorfosis, que no tiene que ver con una edad específica sino con las experiencias y con los significados que otorgamos a nuestras experiencias.

Cada vez me importa menos qué hago y más con quién hago qué. Cada vez me importa menos cómo luce quién y más cómo me hace sentir. Cuando pienso en explorar mi sexualidad no pienso en posturas, juguetes sexuales, afrodisíacos, sustancias alucinógenas o en una orgía. Cualquiera es capaz de cualquier cosa. ¿De qué sirve experimentar todo y no disfrutar

nada o no disfrutar con plenitud lo que se experimenta? Las experimentaciones pueden acabar siendo tan convencionales como los diez mandamientos de la Biblia. Si un día participara en una orgía tendría que ser porque de veras se me antoja. Se me antojan los involucrados tanto como el evento. No porque se supone que es algo que una deba vivir en la vida.

Explorar mi sexualidad tiene que ver con la relación que mantengo con otros cuerpos a partir de la relación que primero mantengo con el mío. Lo que me gusta es explorar personas como si fueran lugares, porque de cierta forma lo son. Pero no me interesan los cuerpos por sí mismos sino como medios de comunicación de las personas que me interesan. El sexo lo entiendo más como cierto lenguaje que forma parte de un diálogo permanente con alguien que me provoca curiosidad, que como un destino al que me urja llegar. En algún momento de mi vida fue esto último, pero casi siempre el placer que obtenía en esos casos me dejaba con la sensación de haberme tragado un trozo de hielo; con lo cual no quiero decir que me la hubiera pasado mal. Me la pasaba excelente. El problema es que ahora mi tolerancia a esa sensación de hielo en el estómago ha disminuido.

Me he vuelto más celosa con mi tiempo, con mis energías, con mis horas de sueño. Cuando no aprovecho una oportunidad de tener sexo no siento que me pierdo algo, que dejo de vivir. Hace poco permanecí cuatro meses sin acostarme con nadie, sin besar a nadie, y hubo un momento en que me pregunté si había algo mal conmigo. Creí que me estaba volviendo asexual. Estaba inapetente. Así que, en medio de un viaje en el que estaba, me hice una cuenta en Tinder

y empecé a deslizar perfiles de hombres en la pantalla de mi celular como si fueran vestidos colgados en percheros. Este sí, este no, este sí, este no…

En menos de seis horas ya estaba chateando con tres. Todos mayores de cuarenta. Uno era profesor en una universidad, otro era neurocirujano y otro algo de ventas en un hotel. Concertamos citas. Con el del hotel iba a encontrarme en un bar donde tocaban jazz. Con los otros no recuerdo. Los tres me simpatizaron. No hablamos de sexo, ni siquiera flirteamos. Hablamos de nuestras vidas como se habla con cualquier amigo, aunque, claro, sabíamos por qué estábamos hablando en primer lugar. Al final, no salí con ninguno. El día de la primera cita me desperté, miré las notificaciones de mensajes que tenía en el celular y desinstalé la aplicación sin leerlos. Me provocó pereza seguir chateando, responder a los tres las mismas preguntas, hacer yo las mismas preguntas a los tres, y más pereza aún me provocó la idea de organizarme para tres citas. Lo que yo quería era pasar tiempo a solas conmigo, nada más.

Un amigo con quien conversé en ese momento me contó que a él le estaba sucediendo algo parecido. La explicación suya era que en los últimos años había tenido mucho sexo que no le había gustado y que ahora simplemente le molestaba perder su tiempo. En eso coincidimos: si no te gusta el sexo con alguien estás perdiendo el tiempo. Incluso si es bueno, porque puede ser bueno y no gustarte. Estás perdiendo el tiempo. No tiene sentido. El sexo solo tiene sentido si la pasas bien. Si no la pasas bien es gimnasia. En el peor de los casos, un trabajo voluntario o un castigo.

El asunto es que cuando te percatas de que cumplir años ya no es crecer sino más bien envejecer, tu percepción del tiempo cambia, y con el cambio en tu percepción del tiempo cambian muchas cosas, entre ellas tu percepción del sexo. Porque el sexo implica tiempo. Entonces yo por lo menos ya no me pregunto solamente con quién tengo sexo sino a quién le dedico mi tiempo y con quién lo comparto; sea una hora, un día o un mes. Soy más tolerante al mal sexo que a las malas compañías. El mal sexo, por lo general, tiene solución, se corrige poco a poco en la práctica, pero la estupidez –y el machismo como su expresión más sofisticada– no.

Si los veinte fueron la impaciencia, el desenfreno, los treinta han comenzado a ser la calma. Cierto cansancio quizás también. Descubrirme de pronto las primeras canas, arrugas en la sonrisa, várices en los muslos, olores distintos, no me ha disgustado en lo absoluto. No he llegado a este punto con nada pendiente, con cosas que haya querido vivir que no haya vivido, al menos las que han dependido de mí y no de otras personas o de alineaciones en el universo.

He cometido una serie considerable de errores, de los cuales me siento tremendamente orgullosa, y espero en lo adelante continuar cometiendo otros. He hecho el ridículo. Se me ha roto el corazón, lo he reparado, y se me ha vuelto a romper. Cuando reviso mi cuerpo no encuentro qué reprocharle. Me ha servido bien. No sería justo hacerle un inventario minucioso de sus imperfecciones, ni lamentarme por la pérdida de lo que una vez fue de una manera que ya no es. Tal vez de ahí venga la calma.

Hasta ahora no disfruto el sexo más de lo que ya lo disfrutaba cinco años atrás o más de lo que lo he disfrutado siempre. Igual yo empecé a practicarlo bastante tarde. Bastante tarde teniendo en cuenta que la edad promedio a la que mis amigas empezaron fue los quince años, justo después de retratarse como quinceañeras con aquellos vestidones horrendos. Porque para muchas madres era imperdonable que se retrataran envueltas en tul y encajes después de haber sido penetradas por un pene (como si el himen saliera en las fotos); mientras yo, que por cierto también me retraté con aquellos vestidones horrendos, me mantuve "virgen" hasta los veintidós.

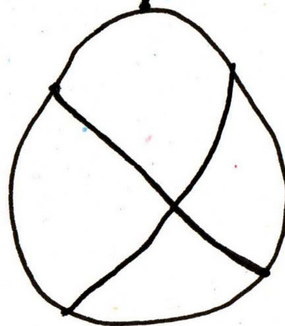
No fue algo que me propuse, no fue por falta de oportunidades, solo sucedió así. Pero a pesar de debutar tarde, o quién sabe si precisamente porque debuté tarde, nunca viví una etapa de pudor, complejos, culpas, mucho menos de sexo sin orgasmos. No fue con un pene mediante como aprendí lo que era venirme. Desde que tenía como cinco años yo experimentaba un hormigueo entre las piernas cada vez que veía una pareja besarse y manosearse en una película o una telenovela. Y desde los ocho o nueve años me tocaba. No sabía que lo primero era excitarse y lo segundo, masturbarse. Cuando yo me tocaba con ocho o nueve años no alcanzaba orgasmos, el primero lo vine a tener ya en la adolescencia, pero el caso es que cuando tuve la primera relación sexual mi clítoris no era exactamente un desconocido. La pérdida de mi "virginidad", del himen, no supuso una iniciación en el placer sexual sino una expansión de sus posibilidades. Una continuidad.

Lo que ha cambiado en los últimos meses es que el sexo, curiosamente, ha vuelto a ser lo que era antes de haberlo vivido. No

sé si a esto que me pasa se le pueda llamar madurez sexual. Es lo que me pasa a mí a los treinta, y punto. No sé si está bien o mal, tampoco me lo he preguntado, ni pienso preguntármelo. Sí sé que estoy en paz conmigo. No asumo como propias expectativas ni patrones que no me pertenecen.

Intento no ser lo que la sociedad espera de una mujer (soltera) de treinta años, ni lo contrario a lo que espera, en plan rebelde, que sería más o menos lo mismo que ser lo que espera. Tengo más claro qué quiero y qué no, qué me hace feliz y qué miserable, con cuáles circunstancias puedo lidiar y con cuáles no. Encuentro tanta libertad en traspasar mis propios límites como en permanecer dentro de ellos, y tanto placer en decir que sí como en decir que no. El sexo no tiene patas para irse caminando a ninguna parte. No es cuestión de suerte sino de decisiones. ¿Es esto madurez sexual? Hmm… Da igual. Benditos sean los treinta.





El día que me quise morir

Elaine Díaz Rodríguez

(*El Toque*. Diciembre 15 de 2019)

El 28 de octubre de 2018, poco después de las ocho de la noche, nació mi hija Marina. Y el 28 de octubre de 2018, poco después de las dos de la tarde, antes de que naciera mi hija Marina, yo me quise morir. No hay ninguna pretensión dramática en esto, son apenas dos hechos. Morir con seriedad, no morir como cuando una es adolescente y tu madre no te deja salir con tus amigas y le gritas que estarías mejor muerta para ver cuánto horror eres capaz de causar. Lo primero que hay que hacer para solucionar un problema es reconocer que existe. No tuve depresión posparto porque el parto no había ocurrido. No tuve depresión preparto porque mi embarazo fue seguro, acompañado por mi familia, mi pareja, mis amigos; atendido correctamente desde el punto de vista médico, sin grandes sobresaltos, sin diabetes gestacional ni hipertensión arterial. Mis ultrasonidos de genética mostraban a una bebé sana. Nada más podía pedir.

Cuando mis contracciones comenzaron tres días antes de que me admitieran en el hospital sabía que parir era un proceso largo. Que de contracciones nadie se muere y tenía mi contador a mano. El agua tibia del baño aliviaba los dolores y era mejor esperar en casa, con más comodidades, que en un hospital. Nunca pasó por mi mente la posibilidad de una cesárea.

Yo tenía tantas ganas de parir que creía que solo esas ganas eran suficientes. Cuando ingresé tenía tres centímetros de dilatación. El primer tacto fue incómodo pero el número tres tan alentador que sentí que ya había ganado parte de la batalla. Estaba a solo siete centímetros de conocer a Marina. Me enviaron a la sala de preparto con mi bolso, mi madre, mi esposo, mi tía… pero ninguno de ellos entraría. Ni mi bolso, ni mi madre, ni mi esposo, ni mi tía, ni mi celular, ni un libro. Ni siquiera el tarjetón que llevaba todo el recuento de mi parto. Los médicos y enfermeras estaban tan apurados por pasarme a mi cubículo que solo pidieron un par de chancletas, un pomo de agua y un vaso de jugo. Eran poco más de las ocho de la mañana y yo había entrado, completamente sola, a la sala de preparto del Hospital América Arias de La Habana. “En preparto no hay acompañante”, me dijeron. Traté de agarrarme de mis tres centímetros de dilatación y entender que eran las reglas. Mi cubículo estaba limpio, me entregaron una sábana que no cubría toda la cama y me senté a esperar en el sillón que no es para acompañantes. Me mandaron a quitarme el blúmer y a quedarme solo con una bata. Mi vagina expuesta era la manera que tenían los médicos de saber si había roto la fuente, o estaba sangrando, o si algo iba mal. No protesté. No dije nada. Una señora vestida de verde, de unos cincuenta o sesenta años, se me acercó. No era médico, no era enfermera, era la persona que lavaba tu vagina para que el doctor pudiera realizar los tactos. “¿Hiciste los ejercicios de psicoprofilaxis?”, me preguntó. “No”, le dije, “nunca me los mandaron”. “Pues levántate y camina”, me respondió. “Esa es la peor posición en la que puedes estar para parir”. Yo me había acostado en la cama, no por dolor, sino por aburrimiento. Sin nadie con quien hablar, sin libros ni celular, no había

mucho que hacer. Del otro lado, una embarazada a punto de parir sufría lo indecible sus dolores. Debía tener casi diez centímetros de dilatación. Caminé el pasillo de poco más de cinco metros varias veces. Miraba a mis compañeras en otros cubículos pero nunca me atreví a hablarles. No conversé con ellas, no les pasé la mano, no les pregunté cómo se sentían. No hablábamos entre embarazadas y nada nos invitaba a hacerlo. En aquella sala cada una andaba por su cuenta. A las diez de la mañana me hicieron el segundo tacto. El médico dijo que tenía seis centímetros de dilatación. Yo estaba feliz. Toda la oxitocina del mundo debía estarme circulando por el cuerpo en ese instante. La señora me miró con ojos nobles, quizás intuía que pasaría más de doce horas en ese sitio antes de conocer a mi hija, y me hizo una trenza. "En unas horas no vas a querer saber nada de todo este pelo". No sé su nombre, no sé a dónde se fue después de las dos de la tarde, solo la recuerdo cada día de mi vida como el mejor ser humano que conocí ese día. A veces creo que la imaginé. Como creo que imaginé que me quise morir. Pero ambas cosas sucedieron. La señora de la trenza y mis ganas de morirme.

No hubo un centímetro más de dilatación. A las diez de la mañana tenía contracciones más seguidas pero soportables. Parir, le dije una vez a una amiga, es contar hacia atrás. Yo contaba desde 100 cuando empezaba una contracción y llegaba hasta 79. En 79 se iban, pasaban unos segundos de descanso, y comenzaban nuevamente en 100. De nada vale que hagas trampa, si empiezas a contar más rápido, si dices los números como cien, noventioch, setentttt, solo conseguirás tener que usar más números. Lo mejor es respirar y contar con serenidad. Así, ya sabes que cuando llegues a 79 se habrá ido la

contracción. A mis contracciones se sumó un dispositivo en la vena de mi mano, conectado a un aparato de sueros, un monitor de latidos del bebé y de contracciones que me obligaban a estar acostada, boca arriba, en una camilla totalmente horizontal, durante los treinta minutos que duraba el monitoreo. Prueba a ponerte un saco de veinte libras de boniatos encima de la panza mientras estás acostada a ver cuánto tiempo sobrevives. No entendía por qué no podían usar el monitor mientras yo estaba sentada. Todos los obstetras del mundo deberían pasar un examen de resistencia: la prueba de las veinte libras. Si cada uno de ellos sufriera lo que sufre una mujer con todo el peso de su panza encima, acostada horizontalmente, quizás los hospitales y las prácticas médicas cambiarían.

Ya a esa hora había firmado un documento de «consentimiento informado» que me llevó una estudiante angolana. Decía que cada procedimiento me sería explicado, que yo debía aprobarlo y que liberaba a los médicos y al hospital de toda responsabilidad por cualquier cosa que fuera mal. Me parecieron hermosas las oraciones donde prometían una explicación de cada procedimiento. Pero esas explicaciones jamás llegaron. Nunca me dijeron por qué querían apresurar con un suero de oxitocina un parto que hasta ese momento había progresado sin riesgos, ni por qué rompieron la fuente si el corazón de mi bebé marchaba bien, ni qué significaban (después de que el médico rompiera mi fuente) esos coágulos de sangre que salían por mi vagina.

Tuvieron que pasar dos o tres cosas antes de que me entraran ganas de morir.

Primero, que el método de contar no funcionara. Con un químico en mi cuerpo para apresurar mi parto mis contracciones eran inducidas, no naturales; por tanto, no se iban. No podía contar desde 100 hasta 79 sabiendo que en 79 tendría un descanso, solo podía pronunciar mentalmente la palabra 100 unas mil veces y el dolor seguía ahí, igual, sin dejarme respirar. No podía caminar porque con el suero puesto debía permanecer en el mismo lugar. Segundo, que no pudiera estar sentada porque después de romper mi fuente debían monitorear a mi bebé con más detenimiento por si había sufrimiento fetal, aumento de la presión o cualquier otro problema. Estaba yo, sola, con mis contracciones siempre en el número 100 y mis veinte libras de boniato encima, acostada en una camilla totalmente horizontal. Y, tercero, que el tacto de alrededor de la una de la tarde no fuera un tacto. Me acosté en la camilla rezando porque al menos mi vagina hubiera dilatado unos centímetros más, pero ambas, mi vagina y yo, sabíamos que eso no iba a ocurrir. Toda la energía y la felicidad que había sentido en los centímetros del uno al seis se habían esfumado. El médico estaba contrariado, no sé si conmigo o con mi vagina, pero los seis centímetros seguían allí. Ni uno más. Y tuvo a bien incluir un momento pedagógico en mi parto. Ya que yo no iba a parir pronto, ni me iba a cagar encima (lo cual es un buen síntoma antes de parir) le pidió a cada uno de los estudiantes que realizara el tacto. No me pidió mi consentimiento, ni me explicó el procedimiento. Solo sentí una, dos, tres, cuatro y cinco manos (contando las del médico) pasando por mi vagina; y mis contracciones siempre en 100 soportando el momento. No dije nada. No protesté. Cerré los ojos y seguí diciendo mentalmente el número 100 hasta que me ordenaron levantarme. ¿Qué es una violación?

¿Cinco manos dentro de mi vagina sin mi consentimiento se considera una violación? Si a una mujer embarazada, fuera de un hospital, cinco personas le meten los dedos en la vagina sin su consentimiento, ¿se considera violación? ¿Por qué lo hace menos violación el hecho de estar en un hospital?

Lo que pasó después fue una aburrida sucesión de violencias. Yo miraba mi cuerpo desde fuera de mí. Mi hija sentía que algo no estaba bien y su presión arterial se disparó. No sé por qué los obstetras creen que las mujeres a punto de parir somos imbéciles y no entendemos el inglés. *High pressure*, *high pressure*, *high pressure*. "Quiero una cesárea", le dije, "no me haga sufrir más, por favor". Realmente no dije, supliqué, sin llorar, sin fuerzas, pero supliqué. No estaba suplicando por una cirugía, estaba suplicándole que me devolviera la fe en la vida, que me ayudara a tener ganas de vivir, y si esas ganas se podían resolver con un piquete en la panza, que fuera pronto porque una buena madre no se quiere morir el día que nace su hija y yo quería ser cualquier cosa menos una mala madre. El tiempo entre las dos de la tarde y las ocho de la noche se compactó en mi memoria. Con contracciones, todos los minutos cuentan, pero a doce meses de distancia esas horas resultan borrosas. Sé que cerca de las ocho de la noche me quitaron el suero de oxitocina, que tenía una sonda para orinar, que olvidé tapar el colchón con la sábana pequeña de hospital y me sentaba y me acostaba directamente en el hule, que miraba el monitor y seguía leyendo *high pressure*, *high pressure*, *high pressure*. Sin tarjetón, el médico poco a nada sabía de mí. Ni dónde trabajaba, ni dónde vivía, ni qué hacía. Pero las llamadas de mi familia se hicieron más insistentes y una amiga llegó a otro amigo y a otro amigo y finalmente dieron con alguien del

hospital con el suficiente rango como para que el celular del obstetra sonara y le preguntaran directamente por el caso de Elaine Díaz. Después de esa llamada el médico preguntó por qué no le había dicho que era periodista. “Usted no me preguntó”, le respondí. Los periodistas siempre despiertan morbo y todos los estudiantes que estaban en la sala, los mismos que me habían tocado unas horas antes, se pararon en la puerta a verme. Querían saber si era periodista de la televisión. Los demás no importan mucho. “Yo no escribo en ningún sitio”, le dije, “yo solo soy profesora de Periodismo (mi antiguo trabajo), pero escribir lo que se dice escribir, no escribo”. Tenía miedo. Sentí terror de que a todos mis problemas se sumara el prejuicio que existe sobre los medios alternativos y que mi hija sufriera la primera de las consecuencias de las decisiones de su madre. No sé si me creyeron o no, solo recuerdo que la cesárea fue decretada. Eran las ocho de la noche y me quitaron el suero de oxitocina.

La operación duró menos de media hora. Mi médico asumió que sin suero yo no tendría contracciones y ordenó la anestesia sin siquiera preguntarme. La única cosa que me preguntaría durante todo el parto es si yo era periodista, y sin ser periodista de los que salen en la televisión supongo que yo tenía poco o ningún valor para él. Le expliqué a la anestesista que aún tenía contracciones, que temía que el pinchazo en la espalda llegara en el mismo momento que una contracción y que no pudiera mantener la postura. Me agarró la mano y me dijo que le avisara cuando se hubieran ido. Sin suero, mis contracciones volvieron a ser la sucesión de números entre 100 y 79. Dejé de sentir una parte de mi cuerpo y me agarró un frío de esos que debió sentir la persona que escribió la

frase trillada del frío que calaba los huesos. El frío, peor aún, no me dejaba tener los ojos abiertos. Las manos me temblaban y lo que estaba sucediendo en mi panza era como si estuviera pasando a millas de distancia. Quise dormir. Era la primera vez que no sentía dolor en más de doce horas. Pero una enfermera me dijo que no quería perderme el momento en que mi hija naciera, que la viera primero y luego durmiera. Yo, en ese instante, quería perdérmelo todo.

Mi niña nació sana, llorando, como se supone que nazcan los niños, y me la mostraron unos segundos antes de llevársela. El médico me dio la mano y dijo felicidades. Yo le agradecí. Sentí que todo estaba perdonado. Que la vida de mi hija disculpaba todas las horas anteriores. Lo cierto es que la vida de mi hija, un año después, no ha disculpado todas las horas anteriores. Sobre todo cuando comprendí que la vida de mi hija no podía ser el saldo por toda la violencia anterior. Que mi hija debió haber nacido sana, viva, y que nada de lo que ocurrió en esa sala de preparto debió haber ocurrido.

En el salón de cirugía quedaron dos hombres limpiando la sangre de mis piernas, de mi panza, no sé bien porque nada sentía, solo frío. Cuando terminaron llevaron mi camilla a otra sala. Les pedí una colcha. Mi familia le había dicho al enfermero que si era bueno conmigo ellos lo "ayudarían". Es la regla del buen trato en un hospital cubano. Casi todos la cumplimos, más cuando nace otro ser humano. El enfermero me dio de buena gana la última sábana pero el frío no se fue a ningún sitio. Estaba allí, en el hígado, en la vejiga, en la sangre, en mis oídos, el frío me había entrado quizás cuando me abrieron durante la cirugía y ya nunca más se iría. Iba a vivir con frío para siempre.

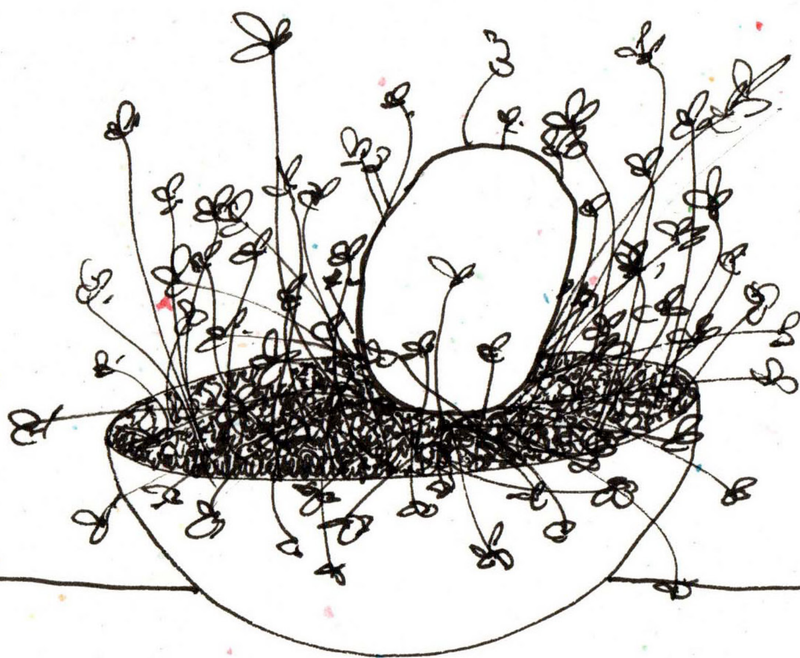
No recuerdo la hora, quizás después de las once de la noche, la neonatóloga llegó a mi sala y gritó: “Cada madre con su hijo”. Me entregó a una niña envuelta en un pañal amarillo y supuso que yo sabría qué hacer. Era la primera vez en todo el día que no me sentía sola. Hablé con aquellas siete libras que estaban en mis brazos cansados y le pedí que me ayudara, que íbamos a salir de esta, que todo estaría bien. Le hablaba sin palabras porque no quería que la estudiante angolana me escuchara. Supuse que si esa era mi hija tendríamos una especie de telepatía que le permitiría entender lo que yo estaba diciendo sin necesidad de decirlo. Mi hija lloraba y yo le puse mi teta en la boca lo mejor que pude, que es bastante peor que lo que se hubiera podido hacer con una asistente de lactancia. Marina se calló al instante. Le pasé la mano por su cabecita y me sentí segura. Mi seguridad duró minutos. Los minutos que demoró el vómito en subir por mi estómago. Tenía miedo de vomitar, de que se abriera la herida, pero más miedo sentía de que mi hija se cayera de mis brazos. Llamé a la estudiante y le dije que tomara a Marina, que necesitaba vomitar. La estudiante se llevó a la niña al cunero y buscó un recipiente para que yo pudiera vomitar. No había. “Vira la cara hacia el lado”, me dijo un enfermero. Mi cabeza no era lo suficientemente fuerte como para ladearse bien y terminé vomitando sobre mí misma. Creo que era la forma que tenía mi cuerpo de liberarse de todas las horas anteriores. A las tres de la mañana el frío se había ido y el vómito estaba lo suficientemente impregnado en mi pelo y mi ropa como para no molestar. No era vómito recién caído, eran los restos del parto. Entre las manchas de sangre y el churre de las horas sin bañarme qué más daba un poco de vómito. A las tres de la mañana salí de la sala de recuperación a la sala de maternidad. Pregunté por mi hija y me dijeron que

estaría esperándome allí. La anestesia se había ido y la herida comenzaba a doler. Sentí que mi cuerpo se había partido en dos pedazos, allí donde estaba la herida quedaba ahora la frontera entre mi cuerpo de antes y mi cuerpo de después del parto. Cuando llegué a la sala vi mi cama. No sabía cómo iba a lograr salir de la camilla de recuperación hasta la cama de la sala, con alturas diferentes, con mi herida matándome. "Dale, mete el piscinazo", dijo el enfermero. Así le llamaban. Piscinazo. El piscinazo era inclinar tus manos, apoyarte en tus codos, levantar tu cuerpo, mover el pie derecho, luego el izquierdo y cambiarte de cama. Todo eso sin morir de dolor. No podías olvidar devolver la sábana de la sala de recuperación durante ese proceso. Si por casualidad la sábana se quedaba debajo, debías volver a moverte para devolver la sábana.

A los cinco días me dieron el alta. El setenta por ciento de las embarazadas regresan al hospital por complicaciones en el parto, me había explicado la neonatóloga. Yo quería ser del treinta por ciento que no regresa. Cada una de las noches del mes siguiente lloré. De rabia, de lástima por mí misma, de rabia nuevamente, de impotencia. Lloraba como si necesitara soltar una cantidad determinada de lágrimas para curarme, sin saber que el llanto nunca iba a ser cura. Lloraba porque temía reconocer que el día que parí fue el primer día en toda mi vida que me quise morir y no se suponía que una buena madre sintiera eso. Yo podía lidiar con cualquier cosa en mi vida menos con ser una mala madre. En los siguientes doce meses aprendería que la perfección no existe, que con los bebés se desarrolla una complicidad donde se vale hacer cosas mal siempre que sientas la valentía para pedir perdón. Nunca le he pedido perdón a mi hija por quererme morir el día que nació. Conociéndonos, viéndola

crecer, creo que no lo necesito. Mi hija y yo, a doce meses de distancia, sabemos que mis ganas de morir no fueron mi culpa, ni fueron un acto de cobardía. Mis ganas de morir fueron la mejor estrategia de supervivencia que tuve en ese momento. Eran unas ganas tan fuertes, tan intensas, que nos mantuvieron vivas.





Querida Diaria: transito hacia mí

Mel Herrera

(*Q de Cuir*. No. 2, sept.-oct. 2019, pp. 34-41)

20 de marzo

"Sin prisa, pero sin pausa"

31 de marzo

…Y es que hay días que sí y hay otros que me quema el miedo, la duda, el horror, y un@ se pregunta y se preocupa por la fachada (es inevitable), cómo quedará el exterior, porque el interior siempre ha estado amueblado, bien dispuesto. Es mucho el miedo. Sí, mucho. Pero luego entiendes que así tiene que ser, que no hubo derecho al voto, mucho menos elección, que no tienes escapatoria y que al fin y al cabo podemos escapar de cualquier cosa menos de nosotr@s mism@s.

Y es normal que un@ se pregunte si se sostendrá. No es que dude si deba continuar con mi construcción (re-construcción, re-acomodo) A fin de cuentas ¿qué otra solución me queda? Es simplemente que hay días…

11 de abril

Tal vez este sea el mejor resultado de todo este camino: una sonrisa, por fin, en mi rostro.

#5meses

#TodaUnaVida

28 de junio

Me asusto cuando Facebook me dice que tiene un recuerdo mío de hace un año.

16 de julio

¡Resistir!

8 de agosto

“No me siento perdida. Es solo que no sé dónde termina el mar que llevo dentro y a veces me ahogo”. elvira sastre
#9meses

16 de septiembre

Esta mañana tocó tapar los espejos
No quiero ver
No quiero ser
No quiero
No
(Mi situación también es coyuntural)

3 de octubre

Ayer tuve consulta. No voy a explicar la odisea que pasé para llegar desde Guanabacoa hasta 23 y F.

Estoy en la parada. No pasa ni una guagua y la que pasa sigue de largo. Miro el reloj. 10:00 am. La consulta era para las nueve. Le saco la mano a un carro y me para. Me acerco, asomo la cabeza por la ventanilla y le pregunto al chofer (señor mayor, unos 60 años, canoso):

—¿Pasa por 10?

—Sí –me responde.

Monto en el asiento de atrás. El carro se llena. A medida que avanzamos se va vaciando hasta que, ya muy cerca de la calle 10, nos quedamos solos. Mirando por la ventanilla me entretengo y no me doy cuenta de que ya debo bajarme.

—¿Muchacha, tú no te quedabas en 10? –me pregunta el chofer mirándome por el retrovisor.
Y yo:
—Sí…sí –en shock. Déjeme por aquí.

Cuando me bajo siento una satisfacción inmensa. No sé si el pobre señor veía mal o si es que ya confundo. Lo cierto es que aquel "muchacha" me alegró la mañana que había jodido el transporte.

***

En la consulta fue otra historia. Mientras espero mi turno, se voltea otra de las chicas y me pregunta:

—¿Y tú cómo te llamas?
—Mel.
—¿Cómo?
—Mel –le repito.
—¿Así sin más nada? ¿Mel solo?
—Mel solo. ¿Qué más tiene que tener? ¿lazos y estrellitas?

9 de octubre

Disforia 😞

10 de octubre

Para que desde ahora empiecen a irse de mi cuenta mis amigxs activistas y dejen de lastimarme. Para que lo sepan, yo sí busco el cuerpo según el binarismo de género. Sí, voy a caer en esos esquemas anticuados para ti. Digan lo que digan. Ya veo que es en vano hablar de empatía y demás. Entonces lo dejo claro. Cada proceso es diferente.

ENTIÉNDANLO. No hay un manual para todxs. Espero me dejen tranquila y vayan a hacer activismo insensible y antipático a otra parte.

Es lo que soy y no veo nada de malo en ello. Lo que veo mal también lo reprendo, pero eso no quiere decir que vaya a caer en lo mismo. El mundo para ser mundo… en fin, no voy a seguir. Se me va de mi cuenta todo el que no respete mi proceso, mi género, mi expresión de género y como los he ido construyendo.

***

Soñé con una comunidad empática, sensible. Revolucionaria sí, por supuesto, pero humana, humana ante todo. Soñé…y tuve una pesadilla.

16 de octubre
Día de consulta, valorar resultados y demás.

De ahí sigo al Instituto de Endocrinología a sacar turno para mis próximos análisis. Llego y está la misma muchacha de siempre, "la que da los turnos"☺. Coincidentemente delante de mí hay otra chica trans. Nos saludamos.

Cuando me toca, la muchacha que da los turnos me pregunta para cuándo son los míos. Pensando que se refería a cuándo los quiere la doctora, le respondo que para enero.

Segundos después me dice: ¿para el 8 de enero los quieres? Y le respondo que sí. Luego recuerdo que para esa fecha ya deben estar. Enseguida le digo:

—Ay, no, disculpa, tienen que ser para antes. En enero es que me ve la doctora.

Tira el bolígrafo contra la mesa y se lleva la mano a la boca.

—Mi amor, me dijiste que los análisis te los pusiera para enero –me dice con cara de no tener solución, como si por una simple confusión verbal el mundo se fuera a acabar.

Le rectifico:

—Perdón, pero me dijiste que para cuándo y pensé que me preguntabas para qué fecha debían estar.

Resopla.

—¡No y ahora imagínate! Si te borro se reinicia el sistema, se me bloquea y nos meteremos horas aquí. ¡Y mira como hay gente esperando!

Ya me empezaba a sentir culpable hasta de lo sucedido en Chernóbil.

—¿Cómo se puede solucionar esto?
—¿No, ahora? –resopla. A esperar hasta que la máquina reaccione. Siéntate… siéntense –mirando al resto de la cola.
—Mira, yo pienso que no hay necesidad de todo esto…
—No, ¿sabes qué es lo que pasa? Que los casitos de ustedes –dice mirándome a mí y a la otra chica– son aparte de los casitos normales.

Me río y le respondo:

—Claramente. Somos anormales.

Miro a la otra chica y sigo con mi risa. Le digo a la de los turnos que no coja lucha con la máquina y el sistema, que me deje para ese día que me puso y así la demora no afecta al resto que espera en la cola, los casitos normales. ☺

23 de octubre

Ayer mi compañera de trabajo se fue antes a casa. La habían llamado porque su hija estaba con la presión alta. Esta tarde al llegar al trabajo le he preguntado cómo seguía su hija y me ha dicho que ya está mejor. Se notaba aliviada.

—Es que me preocupo mucho –me ha dicho.

—¡Claro, Fulana, cómo no te vas a preocupar!
—Es que… ¿sabes qué es lo que pasa? –me ha dicho con cierta angustia mientras rodaba en su silla hasta mi buró.

Yo sabía lo que me iba a decir.

Por fin, después de meses esperando.
—No sé si tú sabes, Mel… Mi hija es reasignada.

Independientemente del término que haya utilizado para referirse a su hija, si es correcto o no y de todas las opiniones que puedan existir al respecto, fue un momento que no voy a olvidar.

Esa señora de más de sesenta años, empezó a contarme la historia que tanto había deseado que me contara. Ya sabía que su hija es trans, pintora, una mujer maravillosa, del grupo de las que fueron operadas en 2008, pero nunca se había dado la ocasión para que habláramos sobre ello.

Me contó todas las vicisitudes, los problemas que tuvo que enfrentar al lado de su hija, el barrio, la familia, el lugar donde trabajamos compartiendo oficina en una iglesia y todo lo que implica ser madre de una mujer trans. A pesar de que han pasado más de veinte años desde que su hija inició su transición, me cuenta que fue y sigue siendo duro, que necesitó ir a muchas consultas de psicología; en un principio para lidiar con todo ello y luego para informarse y saber qué responderle a sus vecinos curiosos e intolerantes, aunque ya al final me dijo que no había mejor respuesta para ese tipo de gente que la que dio en una ocasión: “es mi hija y si yo no la acepto y apoyo, ¿quién?”.

Dice que hoy todavía quedan algunos vecinos que, a pesar de los años, le siguen preguntando: ¿y tu hijo? ¿cómo le va? Ella, al ver que lo hacen por puros deseos de molestar, siempre responde con una amplia sonrisa: "¡De lo más bien, en los Estados Unidos!".

La adoro.

3 de noviembre

"Domingo, día del Señor"
Mis vecinos cristianos han dejado de hablarme.
Me vigilan, voltean la cara, para no tener que verse en la pecadora obligación de saludar.

Mis vecinos cristianos pasan mucho trabajo.
Estoy pensando en liberarlos de esa carga.
Vigilarlos, voltear la cara para no tener que verme en la obligación de obligarlos a un saludo forzado.
Hace un rato venían del culto, de adorar a su Dios y han hecho de todo por ignorar mi presencia en los bajos del edificio.

¿Será ese comportamiento porque hoy es exclusivamente el día del Señor?

¿Cuándo será para ellos el día del prójimo?

Mis vecinos cristianos han cambiado…
como yo.
Ya no me saludan.
Mis vecinos poco me importan.
No me dan de comer.

4 de noviembre
Premio César Galeano de Cuento.

Hace un año ganaba este premio al terminar el curso en el Onelio. Hace un año creía que tenía las herramientas para iniciar mi camino en la literatura, escribir, enviar a concursos, perder y ganar… lo sabido.

Hace un año que no escribo.

Justo por estos días decidí emprender otro camino, el camino para llegar a mí, para reencontrarme, para transformarme.

Aquel cuento se titulaba "Marpacíficos rojos" y a pesar de haber ganado hace un año, ni siquiera mi familia lo ha leído. Ni yo, creo. Gracias a él tuve entre mis manos una cifra que jamás he tenido de una vez, un sobrecito con 300 dólares, que muy bien me vinieron, pero que se esfumaron como el mismísimo cuento. No sé dónde lo guardé. Tal vez lo borré. (Hasta en la web que se encargó de la publicación, el cuento quedó mutilado. Solo publicaron, si acaso, dos cuartillas). No sé qué pasó. Tampoco me preocupé.

Hace un año yo no me llamaba así, como dice en el diploma, no veía la vida y la literatura como las percibo hoy. Ha sido un año bien duro, seco, sin motivación, sin deseos de escribir, pero todo lleva su tiempo. Y creo que es tiempo de empezar otra vez. ✿

6 de noviembre
6 de noviembre de 2018: Le escribía a una amiga para decirle que había tomado mi primera dosis, un mes después de

haberla tenido en mis manos y haber salido despavorida sin saber qué hacer con ella.

Le escribí a mi amiga porque me había decidido y estaba aterrada. ¿Qué pasaría? ¿Me ocurriría algo malo? ¿Cómo reaccionaría mi cuerpo?

Durante este año, ¿qué ha pasado? Pues he visto mi cuerpo y mi rostro transformarse en cámara lenta. Contradictoriamente, pienso que los he obligado a hacerlo en un tiempo récord, puesto que es ya sabido que nacemos y demoramos años en crecer y en desarrollarnos.

Mi cuerpo ha desarrollado dos veces. Ha pasado por dos pubertades. Soy una *puberta*. Me duelen mis senos, mis adorados limoncitos, signo de estar en crecimiento; mis caderas brotando sin darme cuenta. Los olores, las emociones, la rabia… todo lo propio de un cuerpo desarrollándose, de una edad difícil.

Hoy 6 de noviembre de 2019: me siento nueva, renacida. Esto para mí es un segundo nacimiento. La persona que soy hoy dista mucho de la de hace un año. El cambio más notorio está a nivel psicológico. Quienes me conocen pre-transición podrán testificar lo difícil que se me hacía relacionarme, ser sociable, hablar en público. Todo ello he conseguido revertirlo gracias a este proceso. El proceso de estar empezando a vivir como lo que soy y lo que siempre he sido.

Aprovecho para recordarles algunas cuestiones básicas. Se ha luchado mucho por expresarnos y comportarnos como

lo que somos y deseamos, como para que haya quienes se empeñen en querer que las personas trans sigan un mismo camino, un manual:

-Hay personas trans que hacen la transición hacia los géneros binarios (mujer/hombre).
-Hay personas trans que no se identifican con los géneros binarios…
-Hay personas trans que no se hormonan. Hay personas trans que se hormonan.
-Hay personas trans que consideran que están en el cuerpo equivocado y sufren disforia, así sea como dicen: cultural o social (¿qué sabe nadie?). Hay personas trans que no sienten disforia y están conformes con su cuerpo. (Ser mujer, hombre o no binarie es una condición más allá del cuerpo)
-Hay personas trans heterosexuales, gays, lesbianas, bisexuales, pansexuales, asexuales, demisexuales, etc. Porque la identidad de género es diferente de la orientación sexual.
-Hay personas trans que desean modificaciones corporales y/o de sus genitales. Hay personas trans que no necesitan ninguna modificación.

¿Y todo ello por qué? Porque hay personas trans… Un abanico de posibilidades, válidas todas.

Como ya habrán comprobado en publicaciones anteriores, desde hace un año empezaron a suceder muchas cosas en mi vida. Y este que hoy celebro (esperando que alguien me invite a algo –nótese la indirecta), será el primero de muchos años viviendo como la mujer que soy.

Y sí, para aquellas personas que aún no lo saben y para quienes necesitaban confirmarlo: soy una mujer trans... ¿y qué?

Rectifico: soy una mujer y punto.

Una flor para todas aquellas personas que me han acompañado durante este año y la petición de que lo sigan haciendo al menos un año más y se unan otrxs.

El texto... muy malo. También es mío. Llevaba días pensando en un buen post para hoy. No creo haberlo conseguido. Espero me perdonen el hecho de que la emoción me puede. Tal vez otro día, ajeno a la fecha, pueda expresar mejor mis sentimientos.
#1año
#TRH
#Transgirl
#transición
#transwoman
#mujertrans



El hilo de Ariadna

Carlos Alejandro Rodríguez Martínez

(*Periodismo de Barrio*. Abril 4 de 2019)

Cuando Ariadna Pérez Gómez, mujer trans, 37 años, manicura, vio sobre el cielo de Berroa "una bola de candela que cambiaba de color", atinó a acuclillarse, manos sobre la cabeza, en una esquina de la casa. Unos segundos después la casa –muros de mampostería, techo de madera y fibrocemento– no era más la casa, sino cuatro paredes con el cielo encima.

En 1998 Ariadna había dejado atrás los horizontes conocidos, homofóbicos, dice. De la casa de sus padres en Antilla, Holguín, en el oriente de la isla, llegó a La Habana. Primero se estableció en la casa de un primo. Después, en la casa de su exmarido. En 2009, divorciada, no tuvo más remedio que salir a "hacer las calles".

—Con lo que ganaba fui reuniendo materiales hasta que pude levantar las paredes en este terreno de nadie. Soy ilegal –dice.
No explicará nada más sobre "las calles".

Ahora vive en medio de El Bachiplán y Los Albergues, dos comunidades del valle de Berroa. Entre dos bandos: el patio suyo colinda con los albergues, el portal está sobre la tierra de El Bachiplán, encima de una colina que parece una atalaya. Quienes viven en las comunidades de El Tamarindo y El Bachiplán son ilegales. Los que viven en Los Albergues no son legales, no

tienen la propiedad de sus “cuartos”, pero recibieron el consentimiento del gobierno para estar donde están. Incluso, oficialmente son supervisados por la Unidad Municipal de Atención a las Comunidades de Tránsito (UMACT) de Habana del Este.

Ariadna me explica que ella tuvo que moverse y “buscar factores y gente” que la ayudaran a organizar el Comité de Defensa de la Revolución (CDR) y la Federación de Mujeres Cubanas (FMC). “Ahora todo está organizado. Son cuatro comunidades: El Bachiplán, Los Albergues, La Cabillera y El Tamarindo. CDR no. 12, circunscripción 41, reparto Guiteras, Habana del Este”.

Después de fundar el CDR, aunque sus vecinos la aclamaban, Ariadna solo aceptaría ser la organizadora. En su rol, censó a las 59 familias que viven en Berroa. Entre todas, solo una tiene la propiedad de su casa.

—La última multa que nos pusieron a nosotros fue en 2013, que fue por el Decreto 272, una multa de mil pesos.

“Yo escribí al Consejo de Estado, escribí al Gobierno provincial, a la Asamblea Nacional, al Partido provincial. De todos esos lugares solo recibí respuesta de la Asamblea”.

—Me dijeron que tenemos que esperar a que salga una ley, una resolución para las personas que construyeron sus viviendas por esfuerzo propio.

Los comprobantes de las multas impuestas a Ariadna por ocupar ilegalmente su casa dicen que “la ciudadana Pavel Pérez Gómez […] realizó el pago”. Las cartas de organismos del Estado

que Ariadna recibió están dirigidas al "ciudadano Pavel Pérez Gómez". Ariadna está constreñida por las leyes que dicen que su casa no es su casa y que su género no es su género.

Ella es una mujer alta. Se mueve cadenciosa, vehementemente, desde la sala al cuarto, cada vez que necesita probar lo que dice con documentos.

Trae de vuelta una carpeta azul que rescató del caos. Dentro están todas las cartas manuscritas o mecanografiadas que ella dirigió a título personal o a nombre de la comunidad a la Asamblea Nacional del Poder Popular, a la Asamblea Provincial de La Habana, a la Oficina de Atención a la Población del Consejo de Estado, a la Dirección Municipal de Planificación Física de Habana del Este, y al propio Esteban Lazo Hernández, presidente del Parlamento cubano.

En 2016, los vecinos de Berroa reclamaron al Consejo de Estado la legalización de sus viviendas. Además, pidieron una posta médica en las inmediaciones del asentamiento, una "calle transitable" desde La Cabillera hasta Vía Blanca, una bodega, dos tanques colectores de basura por cada caserío y la sustitución del "delegado actual por alguien que se identifique con cada problema y planteamiento" de la comunidad.

—Nunca respondieron. Vivienda Provincial sí dijo que ellos no tenían conocimiento de que aquí abajo había viviendas y que estaban ilegales.

Desde que los vecinos de Berroa comenzaron a reclamar la propiedad de sus viviendas, las autoridades comenzaron a decir

que Berroa era una zona industrial donde no estaba permitida la construcción de viviendas. Luego, la Dirección Municipal de Planificación Física de Habana del Este ha negado el estatus legal a las viviendas por estar construidas de forma ilegal.

“Nuestra competencia es con aquellas personas que sean propietarios solamente”, aseguró el entonces director de Planificación Física de Habana del Este, Ramón Rivero Montañez, en una carta dirigida a “Pavel Pérez Gómez” en diciembre de 2017.

Después del tornado, Ariadna creó una ruta que atraviesa las calles imaginarias de El Bachiplán. Hasta el fondo del caserío, colindante con la Empresa de Transportación y Servicios a la Mecanización (Tranzmec), ha guiado a dirigentes del Partido y del Gobierno, a periodistas y voluntarios que llevan ayuda a Berroa. Las paradas siempre son las mismas: un tanque aéreo y amenazante que se levanta sobre cuatro columnas oxidadas, la base heptagonal de una concretera donde la gente armó sus casas, las casas derrumbadas de los vecinos evacuados.

“Esteban Lazo estuvo en Berroa pero no vino aquí. Él sí supo de la cantidad de viviendas que hay aquí, le dijeron que la mayoría eran ilegales. Él dio la orden, dio la orden de que había que preocuparse por esta gente de aquí abajo, también por el que no tuviera papeles y tuviera afectaciones”.

Dos años antes, después de decirle que era una mujer trans pero respetada, pobre pero enérgica, discriminada pero revolucionaria, seropositiva pero incansable, Ariadna le escribió a Esteban Lazo, presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular de Cuba: “Aquí la mayoría lleva más de 20 años viviendo con miedo

al mañana. Sin dirección, sin tener donde coger su canasta básica y mucho más importante sin posibilidad de tener en su mano la propiedad del lugar donde vive".

En 2019, los que ya habían sido afectados por un huracán, y habían tenido que abandonar sus casas, y los que habían levantado sus casas con retazos de madera y cinc y cartón, no pensaron que un tornado iba a despojarlos de algo más.

—Ahora él debe conocer mejor nuestra situación. El tornado nos volvió a poner en el mapa –dice Ariadna.

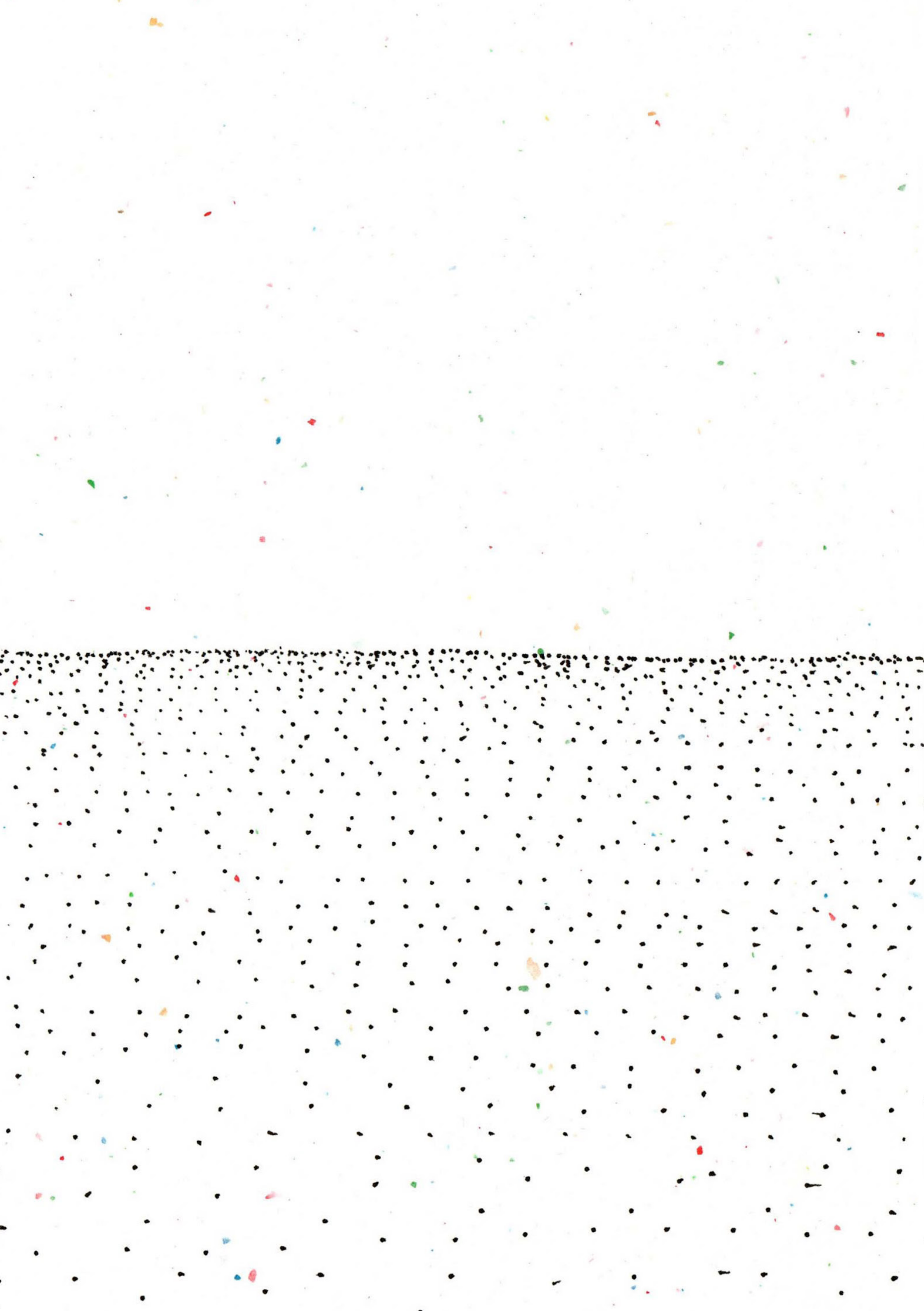
Y entonces, para dar por sentado que Berroa está en el mapa otra vez, sugiere a las autoridades que "busquen en Facebook", que "lean en las redes sociales lo que han escrito los voluntarios que vienen a Berroa".

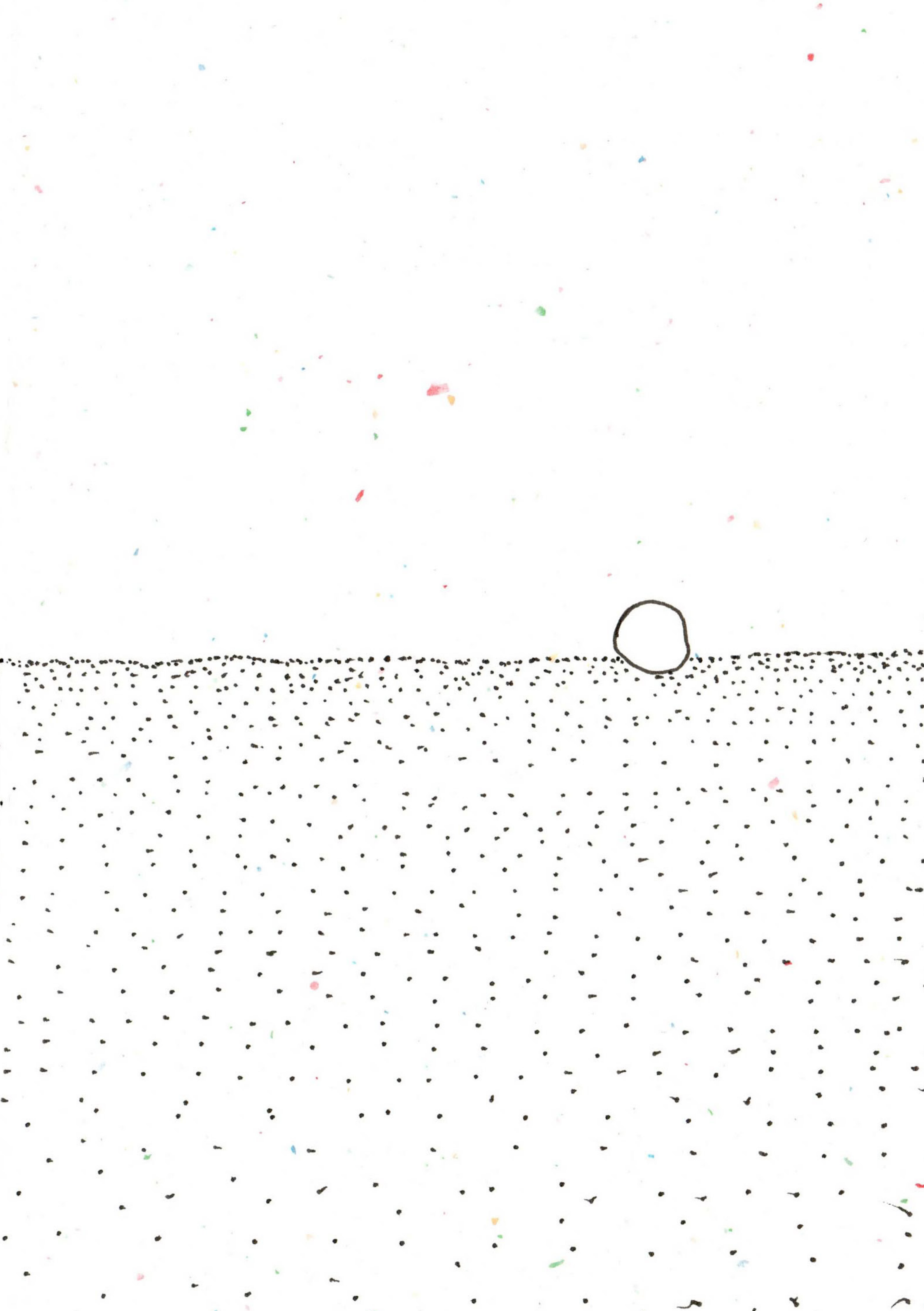
—¿Tú crees que los papeles van a llegar más rápido ahora? –le pregunto.

Ariadna arquea las cejas.

—Con esta situación creo que nuestro gobierno nos ayude. Creo que sí. Bueno, no sé.







Dejen un rato a sus maridos

Carla Gloria Colomé

(*El Estornudo*. Noviembre 15 de 2019)

Como casi todos en Cuba, me fui de casa cuando comencé el Preuniversitario, con 15 años. Desde entonces no he vuelto a tener casa. Andar demasiado ligera por el mundo da miedo.

Luego del Pre vino la Universidad, la beca de Tercera y F, y luego los alquileres en Centro Habana, el Cerro, el Vedado y las casas de los amigos. Luego, México.

En todo este tiempo no he acumulado nada. No tendría una herencia para dejar, ni un cuadro, ni una vajilla, ni una colección de sellos o mariposas o discos de vinilo, ni un reloj antiguo, ni unos pendientes.

En mis muchas mudanzas jamás he tenido que cargar con camas, sillas, fogones o calderos. Me he agenciado lugares que tienen todo cuando llego y se quedan con todo cuando me voy. Nunca han sido míos y yo nunca les he pertenecido.

Tengo par de maletas con ropa; el resto lo he tirado a la basura en los aeropuertos de diferentes ciudades. Me ha pasado así: repleto la maleta cada vez que me voy de un lugar, me siento encima de ella y la escacho con las nalgas. Como no tengo báscula, llego al aeropuerto y siempre me cuentan kilos de más –

parece que tengo demasiadas cosas, pero lo cierto es que cargo con todo lo que poseo en mi vida–, y como al final el sobrepeso cuesta más caro que reponer, termino botando un vestido, un jean, un abrigo, hasta dejar estrictamente 25 kilogramos. Esta escena se repite una y otra vez.

Y así me he pasado la vida emigrando: de la casa, de las cosas, del país. Se emigra de los trabajos, del color de cabello, de nuestro cantante favorito, de la comida barata a la comida orgánica, de los novios, del matrimonio, de los amigos, de los padres. Y se emigra de la vida, finalmente.

Las dos veces que me he marchado de un país ha sido justo cuando mejor me iba económicamente y cuando peor estaban las cosas dentro de mí. Soy el ejemplo de un tipo de emigración que yo llamo emocional y que –soy consciente de ello– no deja de ser privilegiada.

Cuando a los 25 años decidí irme de Cuba ganaba 250 CUC mensuales –por entonces un buen salario–, compartía renta con un programador en un departamento del Vedado y la oficina me quedaba a dos cuadras. El verano de 2015 lo pasé con mi familia de Miami. Cuando luego de dos meses mis parientes supieron que yo no me acogería a la Ley de Ajuste Cubano y que regresaba a Cuba porque no me gustaba el lugar que ellos eligieron para vivir, sencillamente me retiraron la palabra.

Ya estaba tramitando un visado como estudiante de la Universidad Autónoma de México. Era en ese momento –creía yo– la persona más triste de La Habana.

Nadie entendía por qué, si lo que yo quería era alejarme, no me había quedado en Miami. Por qué me iba sola a México, un lugar donde desparecen mujeres y asesinan a periodistas.

Llegué al entonces D.F. con dos maletas de 50 libras y sin conocer a nadie. Recuerdo que cuando tomé un taxi en el aeropuerto rumbo a la casa de un amigo de Jon Lee Anderson que iba a recibirme por unas semanas, exploté en llanto.

A los veinte días vivía en un departamento de la Narvarte con cinco personas: una pareja de mexicanos, un francés y su novia mexicana, y una australiana súper simpática. Tenía un cuarto pequeño, un colchón en el piso, y todos los días me alimentaba con espaguetis y atún. No agarraba taxis. No comía en la calle. No me pagaba nada extra, hasta que las cosas se estabilizaron.

Estuve varias semanas preguntándome si tenía algún sentido compartir baño y cocina, volver a vivir en comunidad, tipo beca, gastar mis ahorros. A veces llegaba a pensar que en La Habana realmente nada iba tan mal como yo creía. No obstante, las cosas por dentro se iban recomponiendo.

Hice lo que suele hacerse cuando comienzas a vivir en un sitio nuevo, asuntos básicos: localizar los botes de basura, un mercado económico, el puesto de jugos naturales, la farmacia, el banco más cercano, el mejor plan de datos. Luego de conocer un lugar localizas sus exquisiteces: la peluquería donde mejor me han trenzado el pelo, la mujer que vende camisas bordadas, el sitio de pastas favorito, los mejores tacos de canasta, un temazcal, los *outlets* de Zara y Bershka.

Luego de cuatro años, ya terminada la Maestría en la UNAM y con un trabajo que me permitía coger taxis, comer fuera, e incluso viajar de vez en cuando, decidí irme a Nueva York. Era –creía yo– la persona más triste del antiguo Distrito Federal.

En el otoño de 2019 llegué desde México a Miami, una ciudad donde tengo grandes afectos y en la que siempre habrá pretexto para una escala. Allí están mis amigos y parte de mi familia y todas las condiciones creadas para que un cubano emigre. Casas con cuartos disponibles, trabajo por la izquierda, el idioma español, arroz con leche, el Palacio de los Jugos, que se ha convertido en uno de mis lugares favoritos de todo el mundo. Tendría que decir que sí, que *mis lugares* son Madrid, La Habana de mis veinte años, los cenotes de Mérida y el Palacio de los Jugos de Miami.

Tras unos días recogí mis cosas y me fui a Nueva York. Un amigo de la infancia me recibió en su casa y a la semana me renté en Washington Heights.

Lo mismo, lo básico: un piso para compartir, un baño para dos, el mercado más económico, la farmacia, el Planet Fitness, la tarjeta de metro, espaguetis con atún. Como soy una recién llegada aún no tengo peluquería ni *outlets* favoritos, ni clase de pilates, ni el lugar preferido de rhamen o sushi, ni vecinos que me saluden, ni amigos. A Nueva York vine buscando solo una cosa, que quizás no encuentre, o quizás sí, hundirme en los teatros de la ciudad, tal como hacía en las pequeñas salas de la calle Línea en La Habana de mis veinte años. El teatro siempre me ha salvado.

Me pregunto en este punto si soy una emigrante. Si me fui de Cuba porque estaba aburrida, ¿eso es emigrar? Si me fui de México porque estaba triste, ¿eso es emigrar? O más: cuando uno se va de un país que no es de uno a otro país que tampoco es de uno, ¿eso también es emigrar?

En Europa del Este he visitado campos de refugiados con personas afganas, somalíes o paquistaníes que huyeron de la guerra. He visto a los cubanos en campamentos de los Países Bajos solicitando asilo político. Mis primos llegaron a Miami como balseros en el año 94. Eso es emigrar, y lo demás también.

Cambian las razones, en todo caso. Tampoco es lo mismo llegar a Nueva York desde Cuba, que desde, digamos, México, luego de haber vivido allí cuatro años. Llegas con una tarjeta de crédito que podrá sacarte del apuro, con número de teléfono y Google Maps. Traes tu ropa, el pomo de *shampoo* a la mitad, un blúmer que te encanta y se te olvidó lavar, el cepillo que mejor te peina, el labial que mejor te pinta, el sostén que mejor te queda. Llegas sabiendo qué es una ciudad donde la gente choca al caminar, sabiendo qué es una causa peruana o un *subway*, incluso sabiendo de qué se trata Tinder.

No vine a los Estados Unidos buscando más plata, ni un buen auto, ni tarjetas de débito y crédito, ni vine a graduarme de Columbia. Estoy bien con lo que tengo y con quien soy. No es lo mismo emigrar por decisión que por fuerza o porque no te queda más remedio. No es lo mismo “mudarte” de país que abandonarlo.

La mayoría de los migrantes cubanos abandonan Cuba. Por razones mayormente económicas o políticas que casi todos conocemos, los cubanos no «se mudan», sino que se ven obligados a huir. Es normal que un español quiera vivir en Nueva York, o un *new yorker* en París. Y es normal que luego quieran regresar un tiempo, y volverse a ir, y así. La gente –al menos en países donde no se tiene que huir de la guerra ni del hambre ni del narcotráfico– puede decidir dónde quiere estar, y trabaja en función de ello.

Los cubanos tienen claro de dónde tienen que irse. Entonces Cuba termina siendo una especie de hostal que la gente reserva solo para Navidad, para el verano de julio y agosto, para el día del cumpleaños de los padres. Ya no es la casa propia de nadie, sino la renta. Ya no es la esposa, sino la amante. (Acá no cuento ni a los repatriados, ni a los extranjeros. Ninguno de ellos se va a Cuba sin sus respectivas residencias o ciudadanías de otros países. Nadie se arriesga a irse o regresar a Cuba sin una seguridad legal que lo *salve* cuando haga falta, que le permita salir y comprar los jabones Dove, el aceite de oliva, las tiras de jamón serrano que luego disfrutarán en las tardes de 30 grados Celsius que alivian con *splits* también importados).

Ahora bien, repito, andar demasiado ligero por el mundo da miedo. Tienes 29 años y ya todos comienzan a preguntarte cuándo te asientas, dónde vas a vivir finalmente, y los hijos cuándo llegan. A esta edad siento una completa libertad y llevo el control de mi vida. Soy independiente y tengo un trabajo que, si bien no es ideal económicamente, me permite desplazarme y realizarlo desde cualquier lugar. No tengo nadie a quién cuidar y nadie me espera. No tengo siquiera un

cuadro, ni una vajilla, ni un reloj antiguo, ni una colección de sellos o mariposas o discos de vinilo. Toda mi vida soy yo misma. Es mi cuerpo y mi decisión. Eso me aterra. Esa libertad se convierte en ansiedad en un mundo programado para que vayas a la escuela primaria, a la secundaria, a la preparatoria, algunos a la universidad, luego a la oficina. Horarios y familia.

Cuando algún factor de esa ecuación se altera o se dispersa –que viene siendo algo así como la libertad– hay que ser lo suficientemente fuerte como para no romperse. Y casi nadie es lo suficientemente fuerte. La libertad tiene un precio, y algunos deciden pagarlo. Quienes en cierto modo la asumen cargan también con la soledad, el abandono: esa mochila al hombro, siempre. (Yo también quiero tener una casa y cinco hijos, si es posible. Y que alguien me espere).

En 2015 yo no era la persona más triste de La Habana, ni luego fui la persona más triste de la Ciudad de México. No es el amor, no es la economía, no es un país ni un gobierno que ha obligado a miles de personas a tirarse al mar o atravesar la selva lo que me ha hecho cambiar de lugar. Soy yo. Es la edad. Es el miedo a perderme lo que está pasando en el mundo. A vivir demasiado poco.

Tengo ya dos años más que todos los que mi madre vivió. Soy más adulta, más vieja si se quiere, que todo lo que fue mi madre, accidentada a los 27 años conmigo en los brazos. ¿Se puede llegar a ser más viejo que los padres?

Todo el mundo debería emigrar, mudarse, irse un rato. En el 2017 me fui un mes a Los Ángeles. No hace falta irse dos

años. Solo el tiempo necesario para llegar, compartir renta –aquella vez fue con un chileno muy estricto–, conseguir una tarjeta de metro, localizar el mercado y el banco más cercanos, y algún lugar para comer rico y barato. No hay nada como eso. No hay nada como llegar a una ciudad donde no conoces a nadie, sola, y tener que agenciarte de nuevo la vida durante una temporada. Todos nos merecemos dejar un rato al esposo, la mujer, los hijos, los padres, el trabajo y los *billes*. Algo así como tomarse un *break*.



De Buenos Aires a Miami: la ruta de Yuyú el cabillero

Yaiset Rodríguez Fernández

(*El Estornudo*. Marzo 11 de 2019)

Cuando Yuyú salió de Buenos Aires junto al Flaco, con la intención de cruzar el río Bravo, sin diario, motocicleta, ni espíritu aventurero, le daba lo mismo una fiesta que un velorio. Morirse, claro, no estaba en sus planes.

—¡¿Qué me podía pasar, que me agarraran y me deportaran?! —dice mientras encoge los hombros y hace una mueca con sus labios.

—¿Tan mal estabas? –le pregunto.

—No, en comparación con otros, yo estaba bien. Tenía estabilidad, un trabajito y hasta me había casado, pero no quería seguir viviendo en Argentina. Un frío de madre… Ahorré un dinerito y mi hermano me dijo: "Dale, avanza y ven pa'cá, lo que sea lo resolvemos por el camino".

Poco menos de 14 000 kilómetros separaban el allá argentino de Yuyú del acá miamense de su hermano, donde comparte hoy –Coronita sudada en mano– la historia de una conquista continental. Afuera, un aguacero ventoso amenaza con echar a volar los globos de la terraza y aplaza la fiesta infantil que nos ha reunido en esta sala, pero favorece un ambiente de intimidad.

La conversación empieza con una pregunta común, casi cliché, entre los cubanos de la Florida: ¿Cuánto tiempo llevan ustedes?

Cada quien responde: un año y cinco meses, un año y un mes… Yuyú compite y gana:

—Pues yo fui el último, llegué este 11 de abril.

—¿Entraste por reunificación familiar? –pregunto.

—¡Qué va! Así entré yo –se adelanta el anfitrión, su amigo, músico devenido técnico en aires acondicionados–. Este salió caminando de Argentina para Miami.

***

Según cifras oficiales, unos 3 500 cubanos viven en Argentina. En Chile, han sido legalizados unos cinco mil, mientras que otros tantos llegaron a Uruguay solo en 2018. Todos esos nuevos habitantes del Cono Sur han debido acostumbrarse al verano en fin de año y a los abrigos en julio y agosto.

"Igual yo estoy feliz", dice Yamileydi Rodríguez, profesora de inglés, desde Montevideo. "Por ahora trabajo en un laboratorio fregando todo tipo de utensilios, mientras mi marido y mi hijo están en una compañía de superfiestas. Empezaron cargando cajas en el puerto, cuando los escogían. Poco a poco nos anivelaremos y ahorraremos para montar nuestro negocio. Con lo que ganamos nos alcanza para pagar la renta, planificar la comida del mes: ¡podemos comer carne de res!, y

hacer alguna que otra salidita. Llegamos gracias a mi hermano, que nos prestó el dinero para todo el recorrido”.

***

Yuyú partió el 9 de enero de 2018 desde Argentina. Fueron 92 días de viaje hasta el sur de la Florida: “la tierra prometida”.

Sin demasiadas penas ni glorias transcurrió el largo trayecto sudamericano. De autobús en autobús, carreteras van y carreteras vienen. “Todo fue tranquilo. Vaya, eran días enteros rodando y siempre es incómodo, pero nada malo pasó. Yo me montaba, le pagaba al chofer un par de dólares más, me ponía la gorra en la cara y a dormir. Hablar lo menos posible para que no te identifiquen como extranjero, y así la policía o migración ni te nota”, cuenta.

Buenos Aires, Valparaíso, Antofagasta, Lima, Quito, Cali… Yuyú y el Flaco rodando por la Ruta Panamericana como ciudadanos continentales, inseparables, unidos como la plata en las raíces de los Andes. Una semana y pico les tomó llegar a la ciudad portuaria de Turbo, en Colombia.

Atravesaron en lancha el golfo de Urabá, salpicados por las aguas del Mar Caribe. En dos horas y media estaban en Capurganá; otro sorbo de mar y terminaron justo donde los bríos vacacionistas suelen dar paso a la acritud de la ruta del migrante, playa Mariquita: antesala de cuatro días y tres noches en el Darién. “Esa selva, madre mía, de verdad yo pensé que de ahí no salía”.

Yuyú sabía de antemano el nombre, había escuchado sobre el calor y la humedad que acechan en esa selva montañosa que los migrantes a menudo describen como un infierno. Evitó recordar las cifras de desdichados que no vivieron para contarlo y ajustó sus sentidos para conjurar los peligros y las mortificaciones de la travesía: caminar ligero de equipaje algo más de 100 kilómetros, bajo la lluvia y el sol, entre las nubes de mosquitos; procurar la invisibilidad en el territorio de "los indios asaltantes"; reprimir en su mente el acoso de serpientes, jaguares, traficantes de personas y de drogas que, por otra parte, nunca se presentaron en la realidad.

***

—A la selva entramos doce, sin contar al guía: una mujer embarazada de ocho meses con su marido; un prieto enorme de Marianao junto con dos mujeres del mismo barrio; cinco africanos; el Flaco y yo.

—¿Ocho meses de embarazo?

—Anjá. Qué locura, ¡¿eh?! Se les metió en la cabeza que el chiquito tenía que nacer de este lado del charco.

Yuyú describe a sus compañeros de viaje africanos: "De esos que se tiran tres veces al día a rezar besando el piso".

"La parte colombiana fue más suave", dice. "A ver, caminamos casi veinte horas seguidas por el monte. En una de las lomas tardamos cuatro, sólo pa' subirla…, y pa' bajo es peor. Allí por poco queda el negrón de Marianao; Senén se llama. El pobre, diabético,

no podía con los pies. Tenía berriao al guía porque siempre iba de último. Yo le decía: «Compadre, si te apuras un poquito, tienes tiempo luego para sentarte a coger un diez; no te quedes atrás». A la punta de la loma llegó, blanco como un papel, cuando yo llevaba como media hora tirao en la yerba, descansando".

"Cayendo la noche estábamos en el lugarcito donde había que dormir", prosigue Yuyú. "Yo llegué arrebatao de la pelazón; el pitusa que traía puesto acabó conmigo. Una de las muchachas que venía con Senén, después de lavarse en el río, dejó tirada una licra de florecitas y yo la recogí; con el pantalón no podía seguir. Ella me vio y me dijo: «Chico, deja esa que está sucia; yo tengo como cinco o seis más, nuevecitas, te voy a regalar una». Igual me llevé la que ella soltó".

Yuyú había botado la mochila con su ropa cuando subía una de las lomas más altas de la travesía. "Casi todo el mundo", dice, "soltó equipaje; nos quedamos con un poco de comida. Pero las mujeres, tú sabes, se las arreglan para cargar sus cosas. La gente se lleva en esos viajes lo mejor que tiene. Luego de unos cuantos kilómetros empiezan a botarlo todo: ropa, zapatos… Todo menos el agua y la comida".

Según Yuyú, esa noche el guía repitió varias veces: "Cuando amanezca, vamos a cruzar el río, subir la loma que nos queda al frente, nos topamos otra vez con el río, y hay que seguir en favor de la corriente. Pa'lante hasta el primer pueblito de Panamá". Y advertía sobre una zona infestada de asaltantes: "Tenemos que pasar calladitos y con los ojos bien abiertos; si nos sienten, nos caen arriba. Y los retenes panameños son muchos, y sí están pa' deportar gente; nos ven y enseguidita llaman el helicóptero".

Las instrucciones eran claras. En cuanto a la insistencia del guía, no hizo falta mayor explicación cuando no lo encontraron a la mañana siguiente. “Se suponía que nos cruzara completo, y el muy descarao ya había cobrado los 100 dólares por cabeza antes incluso de entrar a la selva”.

¿Entonces?

“Despertamos a la gente, y si ustedes los vieran: ¡remolones como si estuvieran en una cama! Querían dormir otro poquito y ponerse a hacer desayuno. El Flaco y yo arrancamos solos. O eso pensamos”, dice Yuyú.

“Al poco rato”, continúa, “nos dimos cuenta de que los africanos nos seguían. Si nos parábamos, ellos paraban; si caminábamos, ellos caminaban. Nosotros queríamos quitárnoslos de arriba; eran muy casa sola. Se hacían los largos y no compartían; cuando todavía estábamos con el guía, se hizo una ponina para comprar comida y ellos no pusieron nada. En una de esas partes donde no se puede avanzar por el borde del río, que tienes que tirarte y nadar, a uno de ellos se lo llevó la corriente. El Flaco y yo pensamos que se había ahogado. Nos dio lástima, pero no nos tiramos a buscarlo. Con todos los trapos esos que tienen encima cómo no se van a enredar”.

A esas alturas, lo único que Yuyú llevaba puesto eran los tenis, la licra nueva y un pulóver con bolsillo. “Ahí metí el dinero y el celular. El pasaporte lo envolví en un nailon y me lo puse con un cordón en la cabeza, por debajo de la gorra. En la cintura me amarré el abrigo y la licra de flores. Menos mal que la recogí. Porque la nueva era negra y cuando se combinaron el calor

y los mosquitos me la tuve que quitar y engancharme las florecitas de colores", dice, y se echa a reír.

Yuyú sabe reírse de sí mismo.

***

Al pie de la letra siguieron Yuyú y el Flaco las instrucciones del guía ausente. Cruzaron el río, subieron y bajaron la loma, se toparon otra vez con el río y caminaron por la orilla en el sentido de la corriente. Anduvieron tres días y solo descansaron obligados por la oscuridad de las noches en el Darién.

Al amanecer de la cuarta jornada un camino de tierra los llevó hasta un descampado. Lo atravesaban cuando tomaron una pequeña pendiente. Al bajar se encontraron en un sitio lleno de mochilas, ripios de ropas y zapatos con hedor a sospecha. De poco servía ya cerrar el pico, andar como pisando cristales o intentar escapar.

"Yo me dije", dice ahora Yuyú: "Por aquí deben estar los que asaltan. Y en menos de lo que canta un gallo ya los teníamos arriba. Eran unos indios chiquiticos, yo creo que ni metro y medio medían, pero qué salaos… Algunos tenían armas de fuego, otros machetes, otros palos. Nos dieron hasta que nos caímos; claro que no demoramos mucho en llegar al piso; no había donde esconderse y ellos amenazaron con disparar. Les pedimos que pararan, dijimos que les íbamos a dar lo que traíamos. Uno de ellos le dijo al jefe: «Estos cubanos son los guías, vamos a matarlos». Ahí saltamos y aclaramos que no, que éramos par de tipos normales intentando pasar, que

estábamos solos, por nuestra cuenta. Les dimos todo el dinero que llevábamos, y nos dejaron ir”.

“Hasta el pasaporte nos querían quitar. Me planté y les dije: «Compadres, y ustedes pa’ qué quieren esa basura; a nosotros porque no nos queda más remedio»”.

Los asaltantes le quitaron 500 dólares. “Hay gente”, dice, “que trata de esconder los verdes pero ellos ya lo saben. Te registran todos los huecos del cuerpo si les dices que no tienes nada. Es muy feo… Al que sonaron durísimo fue a uno de los africanos. Ellos seguían atrás de nosotros, y allí fueron a parar también. Por eso los indios decían que el Flaco y yo éramos los guías. El tema es que el tipo había escondido el dinero en la costura del pantalón; qué manera de aguantar golpes. Total, para nada”.

Unos kilómetros más adelante encontraron un guardia del Servicio Nacional de Fronteras panameño. “De milagro no nos vio”, suelta Yuyú.

Yuyú y el Flaco optaron por esconderse en los yerbazales y luego, en una encrucijada, tomaron el trillo de la derecha, que los llevó hasta un platanal en medio de la selva. “Aquello nos salvó la vida”, dice. “El Flaco estaba asustado, porque lo más probable es que fueran de los guardias. Pero, oye, nosotros estábamos muertos de hambre, teníamos 48 horas sin comer”.

Cuenta Yuyú que había allí una caseta con leña, fósforos, cartuchos de escopeta, una olla, sal y galones de agua. “Agarramos y hervimos plátanos, comimos rápido todo lo que pudimos y regresamos por donde mismo. En la división del caminito nos

metimos entonces por el trillo de la izquierda, y ese nos llevó otra vez al río".

Algo semejante a la Providencia volvió a socorrer a Yuyú y al Flaco: "Cuando vimos una carretera, ya no teníamos ni fuerza para alegrarnos. Nos tiramos boca arriba en la cuneta y pedimos al Cielo no morirnos allí. Y nos oyó. Pasó un taxista que nos recogió de puro favor: montó a dos tipos desconocidos, sucios y magullados; uno, flaco en el pellejo, y otro, calvo con una licra rota de florecitas. Y nos llevó hasta el pueblito donde vivía María".

—¿Quién es María? –pregunto.

—Una mujer que recogía a quienes pasaban por esa zona y les cobraba 250 dólares por un papel que evitaba la deportación durante un mes.

En casa de María se reencontró con la mujer embarazada y su marido, a quienes había dejado de ver hacía ya varias jornadas. "No parió en la selva", dice Yuyú. "Le dio un dolor, y los dos terminaron entregándose al retén; los sacaron en helicóptero y más tarde se les escaparon a los guardias otra vez".

Yuyú no esperó papel alguno. "Era muy caro y no garantizaba nada, solo un poco de tiempo. Supimos de una forma rápida para cruzar a Costa Rica. Nos embarramos los dedos de tinta y dijimos que nos habían tomado las huellas al salir de Panamá, pero que no tenían modelos para entregar en ese momento, así que nos registraron y nos dijeron que podíamos avanzar".

Pero antes descansaron en casa del taxista que los había recogido en la ruta. “Él y su familia eran cristianos”. Yuyú y El Flaco tenían los pies “hechos sangre”.

—Fueron los 100 dólares mejor invertidos.

—¿De dónde los sacaste?

—¿De dónde si no? Me prestaron un teléfono, llamé a mi hermano y al poco rato ya estaba recogiendo dinero para seguir el viaje. Nos quedamos tres días en casa de Florencio, que así se llamaba ese hombre bueno. Nos dio comida, ropa, zapatos y hasta fue a una farmacia y nos compró pomadas para los pies. Después nos dio instrucciones sobre la mejor vía para continuar, y un tremendo adelantón en su carro.

***

En Costa Rica estuvieron otros tres días; les bastó con seguir ciertos trillos que evitaban a los guardias. Mucho cuidado, pero ningún sobresalto en Nicaragua. Tampoco en Honduras, ni en Guatemala. Una vez en la frontera mexicana, en Tapachula, estado de Chiapas, debieron esperar 13 días por un salvoconducto que les permitiera continuar hacia el norte.

En México se separaron Yuyú y su compinche. La mujer del Flaco, mexicana, le esperaba para intentar ser felices allí, juntitos los dos.

“A las seis de la tarde”, narra Yuyú, “me subí al primer bus en Tapachula. En 36 horas estaba en la frontera con Estados

Unidos. De coyotes nada. Después de los 100 dólares que me tumbó el guía del Darién, yo no le pagué a nadie más para que me encaminara. Averigüé con la gente, por mi cuenta. Me enteré de que coyotes sobraban, y que escaseaban los levantadores. Los que llevan a la gente por carretera; los boteros ilegales de los emigrantes ilegales, vaya. Con ellos se ensaña más la policía. A mí lo último que me tocó fue la cárcel. En Laredo caí el 25 de febrero".

***

En Laredo, ya del lado norteamericano, Yuyú permaneció 45 días retenido. Al principio compartió celda con otros tres cubanos, pero estos luego se fueron: "Les dio pánico y echaron la carta pidiendo deportación inmediata. Son unos buzones largos", sonríe Yuyú, "si metes la carta ya no la puedes sacar; hay gente que se acobarda en un momento y la tira…, luego se le pasa, pero ya no hay remedio, de cabeza para atrás".

En los centros de retención el ambiente no resulta precisamente amable. Según Yuyú, "hay pandillas, cárteles de droga… gente mala ligada con infelices que solo quieren salir de su desgracia, o de la vida que llevaban, porque no les cuadra y ya". Pero en esos días lo más importante para Yuyú era que su historia funcionara ante las autoridades migratorias estadounidenses.

"Había uno que tenía un expediente preparado con las cosas que había hecho, era… ¿cómo le dicen…? Disidente, sí. Protestaba en Cuba, ponía carteles y todo eso; pero a ese le dijeron que no, lo deportaron. Cuando me preguntaron por qué estaba

pidiendo refugio, les dije que yo tenía un pipa de cerveza y me buscaba mi dinerito, pero la policía me tenía fichao y en el último encontronazo me dieron golpes hasta partirme dos costillas…”. Y con eso bastó para que fuera aceptado el caso de asilo y Yuyú fuera liberado bajo fianza.

***

Dos mil dólares después, más la fianza, Yuyú permanece en un limbo legal y espera aún por un status migratorio. Vive ahora en un apartamento de dos cuartos, “de lo más bonito”, asegura, con su hermano y su cuñada, quienes dejaron el *efficciency* donde habitaban cuando él llegó. “Pagamos 900 mensual”, dice.

—Eso está muy bueno, tu hermano seguro consiguió un Plan 8 –le digo.

—No sé qué es eso. Todavía estoy perdío.

—Tienes que sacar la licencia de conducción rápido, aunque no manejes ni tengas carro.

—¿Pa’ qué?

—Porque dicen que la mordida del seguro es más chiquita cuando llevas más tiempo con la licencia.

—Ah, mira, lo voy a hacer –dice Yuyú

—El permiso de trabajo me llegó rápido.

—¿En qué estás trabajando?

—De cabillero en una brigada de construcción. Lo más pesado es la posición. Uno trabaja así, echado pa'lante –se para, dobla el tronco con las piernas sin flexionar y suelta los brazos hasta el piso, simulando amarres– y ya estuve enfermo. A la gente que esté muy vieja o enferma yo le digo que no venga pa´cá.

—¿Qué te pasó?

—Se me pusieron las rodillas así de hinchadas –sentado otra vez, pone las dos manos en forma de toronja grande–. Imagínate, esto es un cuerpo raro, ancho pa'rriba, con barriga y flaco de patas. Por suerte yo tengo seguro médico. Y ya no me ha vuelto a pasar.

—¿Y los otros que se metieron en la selva contigo, supiste algo de ellos?

—De los cinco africanos no. Pero de los otros sí. El Flaco sigue guapeando en México con su mujer. A la embarazada de ocho meses y a su marido los sacaron de la prisión en Laredo, antes que a mí; a estas alturas deben de haber logrado su sueño de tener un hijo americano. Y Senén (el negrón diabético que se quedaba atrás junto con las dos muchachas que me regalaron la licra) estuvo cinco meses preso, pero ya anda por allá por Texas. El otro día hablamos por teléfono.

Yuyú tiene en Cuba una hija: “Siete años”. Y tiene un sueño: “A esa sí la quiero traer, y la madre me dijo que sí, que la dejaba.

Tengo que esperar, por supuesto, a que me llegue la residencia y a tener una mujer buena, que la quiera y la cuide también». Sus padres, los viejos, son otro asunto: "Esos aquí no se acostumbran. Les arreglé el baño y la cocina antes de irme. Me faltó ponerles un aire acondicionado. Les mando 50 dólares todas las semanas para que se alimenten bien".

Hacia el final de nuestra conversación, Yuyú recuerda sus tiempos de pesca submarina, con escopeta, que es lo que más le gusta. Cuenta su asombro al encontrar en Facebook unas fotos del río de Las Turbinas, donde empezó a nadar y aprendió a vivir.

Más tarde, entrada la noche, dice:

—Yo no soy de los más inteligentes, pero tampoco de los más brutos. Lo que tengo que hacer es montar mi propia compañía para la construcción.



Cómo pueden divertirse tanto (Contra la crónica lacrimosa)

Randy Cabrera-Díaz

(*Cubalite*. Noviembre 28 de 2018)

Atravesar los asentamientos ilegales del Mirador del Diezmero es como hacer senderismo en el centro de Bagdad: de un punto a otro, de inicio a fin, bordear la basura y el escombro para llegar a otro montón de ruinas.

Caminaba por trillos de piedra con cuidado de no pincharme con alguna aguja del piso, no es que hubiera alguna, pero la indisposición por estar allí me tenía en alerta. Yuleisy iba delante de mí, me sostenía la mano; el sudor brotaba de esa unión de los palmares y yo recelaba los perjuicios y pensaba en posibles transmisiones por sudor. De frente, el suelo, y entre paso y paso el short breve deshilachado de Yuleisy, y sus corvas tenues que, en ascenso, concluían el paisaje de vértebras desnudas pronunciándose debajo de la piel cetrina de la espalda.

En esta miseria avanza Yuleisy, y es tan personal la miseria en su rostro de treinta años, que permite escrutarla o extraerle una muestra. Un rostro que, con cierta sublimidad, remite a esas ilustraciones de aborígenes taínos que aparecen en libros de Historia de quinto grado.

La gente nos observa por entre las cortinas que forman arbustos en una secuencia ininterrumpida. Ellos atizan el placer del eunuco

que asiste a la concubina en sus labores. Se divierten al ver a Yuleisy tirando de mí, que trastrabillo con paso de efebo tras esas corvas tenues. Que no me preocupe, advierte ella, que allí la gente es así, entrometida, que siempre quieren comerse la carne de los demás.

Después de diez minutos doblando la planta del pie sobre la piedra, llegamos a la casa de mi guía. Apunta con el dedo a dos muchachas junto a la puerta:

—Esta es Yaniri, una prima mía. Y la otra es su amiguita, Sandra. Las dos trabajan conmigo.

Quien vea a Yaniri no puede dejar de fijarse en la abundancia negra de su pelo, que contrasta, fatalmente, con una delgadez extrema. El resto es fenotípica común de la gente del oriente de Cuba: pómulos pronunciados y un desborde de los labios y la misma piel color greda.

A Sandra se le podría dibujar igual. Sin embargo, por una cuestión asociativa entre un lunar sobre el labio superior y unas mechas de pelo rubio, me pareció una Marilyn vencida.

Nacer en las provincias orientales es una circunstancia que define a estas muchachas. La otra es la pobreza, la migración, y otra vez la pobreza con dos grados menos de temperatura, unos palmos más acá de un oeste borroso y sin salida, sin trabajo, sin amparo legal, sin direcciones. Un oeste borroso inconducente que trastoca las coordenadas del infierno.

De ellas, Yuleisy fue la primera que llegó al “llega y pon”. Salió una mañana de Baracoa, con el último sueldo de su trabajo

como educadora de círculo infantil y al otro día estaba en La Habana. Llegó a casa de una amiga que vivía en la que ahora es su casa, una amiga que murió de cáncer seis meses después de que Yuleisy viniera para ayudarla con su enfermedad. Fue Nely quien la introdujo en el negocio de la prostitución, quien le dio sus contactos como una herencia, quien le escribió en un papel las tarifas por cada trabajo.

Esto me lo cuenta Yuleisy ya en la sala de su casa, mientras Yaniri y Sandra cuchicheaban, entre risas, en una esquina.

—Estas chiquillas están alteradas, nunca tienen cerca un muchacho como tú. Y son unas niñas todavía… Sandrita es mayor, tiene veinte. Pero Yaniri cumplió los dieciocho hace unos meses. La traje para acá porque la madre, que es prima mía, está sola en Baracoa, con dos niños chiquitos, y no vive muy bien. Y Sandrita vino con nosotras, porque ellas son muy amiguitas.

Desde el sillón de mimbre donde reposo observo a Sandra que, sentada en el piso, abre y balancea con maña sus piernas, y muestra un blúmer amarillo pálido y ligero que anuncia un algo después. Yaniri ríe, me mira ladeando la cara, y a ratos le da unas palmadas a Sandra. Quedo maravillado con este festín de elucubración femenina, un juego de tentativas y promesas para desarticular al hombre.

—Te voy a colar un poco de café –dice Yuleisy mientras se levanta para dar justo tres pasos que la ubican delante de una meseta de cemento sin pulimentar, sostenida con cuatro troncos de madera a modo de contrafuerte.

Entonces me habla desde la cocina, dice alguna cosa de cómo se tuesta el café en Baracoa, que si como lo hacen en España, tostado con azúcar. Mientras, yo rehúyo el flagelo perpetrado por Sandra y me atengo a observar las planchas de zinc en el techo, las paredes de tablas de palma, y el vacío que media entre nosotros y un combo de televisor y DVD, como un obelisco en el centro de una sabana.

Yuleisy me pone delante un jarro de aluminio y me dice que disculpe que esté tan feo, pero que ellas no acostumbran a tener visitas. Yo le digo que no importa, pero la verdad es que me indispone ver la costra impregnada entre la unión del aza y el recipiente. Ella me observa, en espera de mi aprobación, y yo no tengo más remedio que envolver los labios en el borde irregular y halagar el sabor de su café.

—Ayer fue una noche durísima. Mucho policía.

Recoge el jarro y va a sentarse junto a las otras dos. Sandra todavía tiene las piernas levantadas y su blúmer es como la luz amarilla de un semáforo: el paso intermedio entre continuar y detenerse. Y Yaniri solo sonríe, sin sospechar los derroteros donde están muriendo los últimos años de su pubertad.

—La “lucha” está cada vez peor –dice Yuleisy, y las otras dos afirman o hacen muecas indistintamente–. Ayer entre las tres solo hicimos doscientos pesos. Cuando no hay turistas es así. Y en el parque, que es la zona de nosotras, había ayer tres patrullas de policía. Yo conocía a dos de ellos, pero los demás eran nuevos, y con esos no hay casualidad. No pudimos ni acercarnos a los hoteles.

Cuando Yuleisy narra esto, lo hace entre carcajadas intermitentes, y no puedo definir si intenta disimular la infelicidad o si su trabajo de veras le produce formas extrañas de satisfacción. Entendería más su complacencia si fuera una actriz porno; el sexo como arte performance, pero no veo el goce en ser arrasada por un obrero, hambriento de algún trozo de carne a la una de la madrugada. Pero ese soy yo, aunque consciente de que la prostitución bien puede ser el *reality show* de una *porn star*.

—Y cuando no se hace dinero, una no prospera. Mira, Yaniri tiene dos hermanos chiquitos en Baracoa. Y la abuela de Sandrita es diabética y no sé cuántas cosas más. Al mes gasta como ciento cincuenta pesos en pastillas. Además, hay que hacer dinero y reunir, porque a una no le puede agarrar la vejez bajando pantalones. Tenemos que progresar, salir de este lugar…

Mientras Yuleisy cuenta, Yaniri, en un juego de imitaciones, levanta sus piernas y las impulsa en una danza pendular que me hipnotiza, con la promesa de un blúmer verde que resalta entre la falda, un blúmer verde que dice: continúa.

Aproveché para preguntarle a las muchachas, intenté una conversación sobre canciones y telenovelas, pero no respondieron. Ellas solo me miraban y reían, abriendo y cerrando ojos y bocas, como en una secuencia infinita de taumatropos.

—Déjalas, ellas son guajiras así… Menos por las noches –dice Yuleisy, y ríen las tres, interpretándose una a la otra en un mismo coro de complicidades y culpas.

Otra vez cambio la vista hacia el techo de zinc, hacia las piedras en el exterior para lograr la anorexia sexual o encontrar una excusa para anunciar la retirada. Ellas aprovechan este tiempo para murmurar entre risas y onomatopeyas de silencio. A los pocos minutos, Yuleisy se levanta y viene hasta mí…

—Oye, las niñas quieren hacerte un baile. Es que les caíste bien, y dicen que estás súper lindo.

Le digo que no es necesario, que yo la he pasado bien en su compañía. Pero ya ella iba camino al DVD, momento que aprovechan Yaniri y Sandra para decirme que me hacen "de todo" gratis.

No, no. Esto es una entrevista –les digo, en un tono similar al de un monje agustino.

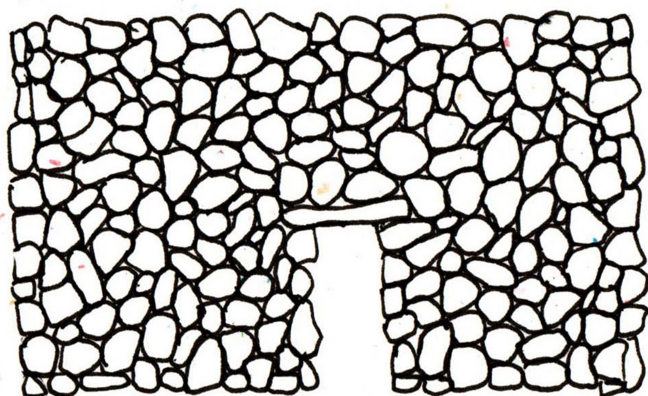
Segundos después suena *Like a Virgin*, de Madonna, y apenas tengo chance de pensar en los contrastes. Sandra y Yaniri se enroscan sobre el sillón de mimbre y tararean en un dialecto desconocido. Ante mí, la brevedad de sus faldas que descubren sus respectivos blúmeres también danzantes sobre las pelvis precipitadas, en una insinuación constante que remite a las intermitencias del amarillo y del verde en los faroles de los semáforos.

—Eso se lo enseñé yo –dice Yuleisy, y sonríe orgullosa, alzando la voz por sobre la voz de Madonna, para luego unirse al baile–. Esas son técnicas de mi escuela.

Con temor recibo el agasajo de sus manos que hacen recorridos desde el techo de zinc hasta mi cuerpo, en lo que pudiera ser

una especie de areíto posmoderno, un rito délfico, un aquelarre. Tres vientres danzantes, y las gotas de sus sudores cayendo sobre mi cara en abundancia de chubascos. Y ellas contorsionadas y temblorosas, como las pitonisas de Delfos, en una secuencia de manos, senos, corvas, senos. Y otras cosas brevísimas que ya no me dejaron pensar en las posibles transmisiones de sus sudores.





El chino Pérez*

Carlos Lechuga

(*La libélula vaga*. Mayo 30 de 2019)

El chino Pérez se levanta cada mañana en su apartamento en Innsbruck, Austria; y antes de tomarse su sorbito de café recita algún pedacito de los discursos de Fidel. Lo hace para sí, como si fuera un ritual, ya que, desde hace muchos años, muchos, está solo. El chino Pérez tiene 58 años, pero parece que tiene 76, su melena está llena de canas y su swing se ha empercudido. El chino Pérez es uno de los mejores directores de cine de Cuba, pero nadie sabe esto. Algunos por ignorancia y otros porque no es conveniente. En el año 92, cansado de que no lo reconocieran y de todo lo demás, no aguantó más y partió. A pesar de que aquí en la isla le hicieron la vida un yogurt, El chino Pérez es Fidelista. Es rojo. Y sabe que si el Che estuviera vivo se descargarían y se harían socios. Y, sin embargo, El chino no puede escuchar hablar de Cuba, ni del cine cubano. Es como si le faltara el aire y estuviese sentado en un hormiguero. De "esto", de lo que ha pasado con el país, no piensa. Por lo menos lo intenta. Es la manera que ha encontrado para seguir. Es más, las dos veces que ha estado de visita

* Este texto fue publicado originalmente en el blog *La libélula vaga* bajo el título "Herido de sombras". Después fue incorporado con el actual título al volumen *En brazos de la mujer casada* (Editorial Hypermedia, 2020), compilatorio de la columna de Carlos Lechuga en *Hypermedia Magazine*.

en la isla, no ha salido de la casa de su madre para nada. Se ha quedado en la cama o en la sala y no se ha acercado ni siquiera al portal. Nada más escuchar los comentarios y los temas de los vecinos que pasan por la casa lo pone mal. En Cuba no quiere saber nada de Cuba y allá en el culo del mundo donde vive, en Innsbruck, tampoco quiere saber nada de Cuba. Pero tiene que seguir viniendo, o intentarlo, porque tiene a su madre acá, muy viejita. Como a todos, al chino le cuesta ser consecuente consigo mismo, y a veces, se enreda en discusiones tontas con las amigas de su vieja. En estas conversaciones hay algo triste, porque en todo momento, El chino trata de informarle a la gente las cosas que él hizo, sus cortos, sus guiones… Allá, en su nuevo paradero, El chino Pérez es débil y a veces en la madrugada, con un traguito de ron y un tabaco seco, se pone en YouTube a buscar videos de Los Zafiros, Elena Burke, El maleconazo, chistes de Pánfilo y Chequera; y así se ha topado par de veces con *Santa y Andrés* y se la ha echado. Que me lo dijo él mismo. Como también me dijo, por correo, que es muy duro no sentirse bien en ninguna parte.

¿Cómo llegué al chino? Hace par de años estaba de profesor en la Escuela de Cine de San Antonio de Los Baños y en un momento libre me metí en la videoteca a husmear y buscar cosas raras. Las muchachitas de la videoteca son socias mías y me dejan hacer ahí lo que me da la gana. En fin, buscando por la Y, me encuentro un título muy curioso, que enseguida me llamó la atención: *Ynexperiencia*, así, con Y. Agarro el DVD, lo abro y veo que tiene un papelito que explica que la copia está muy mala porque el telecine no había sido hecho a conciencia. Me voy a mi habitación y me pongo a ver la misteriosa película. Era un corto en blanco y rojo de 16 minutos, en

ruso, sin subtítulos. La primera imagen era una gran estepa, inmensa, desolada. De repente, un soldado con un solo brazo aparecía en la pantalla, el hombre se veía desesperado, agitado, y entonces, de la nada, nos mira, y nos retiene la mirada. Al fondo, en el cielo, comienza a aparecer un objeto redondo. Que se acerca y se acerca. Las palabras no logran describir lo sublime de una situación tan aparentemente sencilla. Era un plano que erizaba. No quiero seguir contándoles. Da igual. El corto estaba bueno. Muy bueno. Y era algo completamente distinto a lo que se hizo y se estaba haciendo en este país.

En la mañana empecé a averiguar por este tipo entre los fundadores de la escuela, el nombre que había leído en los créditos finales del corto: El chino Pérez. Y todo el mundo me daba de largo, olvídate de ese, ese es un loco, ese está muy dañado, ni busques a ese. Un gusano, un marigüanero, una "loca". Todo me parecía muy raro, pero nada, las cosas de la vida. Volví a mis clases, a mis guiones y olvidé todo.

Unos meses después tuve una cita con una muchacha en el café de 19 y 24. Después de media hora de conversación me empezó a hablar de un enamorado que tuvo, cuando ella estudiaba en Austria, que era un hombre bisexual, enfermo, que llevaba muy adentro a Cuba. Pero que, como muchos de esa generación, no podía ser feliz. Lo intentaba, pero le dolía, Cuba le dolía. Yo ni sé por qué coño la chiquita esa me estaba hablando de un ex, ya yo sabía que ella no se iba a ir a la cama conmigo, y para no ser rudo le escuché la muelita bizca esa. Pero, como una bala, me atravesó cuando me dijo: El chino Pérez es un personaje, pero es de las personas más infelices que he visto en mi vida. En ese momento

le caí arriba a la chiquita y la acribillé a preguntas. La cosa acabó en que me dio el correo electrónico del bárbaro, un correo electrónico bien loco: llorarsinperdon456@hotmail.com. Después el mismo Pérez me contó que escuchando a Los Zafiros y recordando el número de casa donde nació, dio con el puñetero correo. Un correo que solo usaba para sus cosas familiares y nada más. El chino Pérez ya no hacía cine ni nadie del pasado le escribía. No le escribía ninguno de los cineastas cubanos, ni ninguno de los entusiastas compañeros de estudios, de esos de la comunidad eictveana.

En el año 92 había llegado a España con un poco de plata, muy poca, y cuatro laticas de película de 16 mm donde estaban sus dos únicas obras. *Ynexperiencia* y *Chicharrón con dulce de guayaba*. *Chicharrón con dulce de guayaba* al final se llenó de moho y no queda copia alguna. Treinta personas la vieron en su momento. Y lo único que queda es el guion técnico de rodaje, lleno de garabatos. Jorge Molina fue uno de los afortunados en ver *Chicharrón con dulce de guayaba* y me dijo que era una mierda; pero para Molina todo es una mierda.

Puede parecer raro y hasta exagerado, pero sí, con tan solo un corto, este hombre era un inmenso. Un inmenso como Guillén Landrián. Y cuando alguien es grande, la gente trata de apagarlo. Y El chino se dejó apagar. Yo no estoy en su pellejo, ni quiero juzgarlo, pero debió quedarse un poco más acá, luchar, tratar… Hacer algo en video. No sé. Era otra época también.

Luego de dormir en el sofá de una tía abuela y trabajar en disímiles cosas: de portero, de taxista, en la cocina de la famosa

residencia estudiantil… un día conoce a un muchacho austriaco, fotógrafo, llamado Karl Haimel y, enamorado, se va tras él a Viena. Karl le prometió el cielo y las estrellas. Ahora sí iba a poder hacer películas. Volvería a estar 24 por 24 pensando y haciendo cine. Pero aquello no terminó nada bien y, sin un peso, no le quedó otra que volver a trabajar en lo que fuera. Y así, poco a poco se fue poniendo viejo y la vida lo fue empujando a un lugar tan raro como Innsbruck.

El chino me cuenta que una de las noches, aún en Madrid, trabajando en la residencia de estudiantes, estaba muy fumado y tuvo una visión. Dalí, Buñuel y Lorca, en una bicicleta para tres, pasaron frente a él y le sacaron la lengua. Iban borrachos, felices. Con los ojos aguados por el frio. El chino les gritó: *Chicharrón con dulce de guayaba.* Esa noche, a pesar del frio y la soledad, fue feliz.

En fin. Nada. Para no alargar la cosa. Las cosas de la vida son de pinga. En Innsbruck hay un festivalito de cine, un festivalucho que por mucho tiempo ha llevado cine cubano. Eduardo del Llano y Daniel Díaz Torres estuvieron allí. Y antes de partir, hablaron con la madre del chino, y lo buscaron. Aunque el muy condenado no quería aparecer, le insistieron mucho y pudieron verlo. Se tomaron unos tragos en una taberna. Se comieron una pizza mala juntos. Antes de morir, Daniel me contó que, como por arte de magia, cuando la noche fue avanzando, El chino Pérez desapareció y más nunca supieron de él. Eduardo me cuenta que El chino tenía las manos llenas de ampollas explotadas y que cada vez que agarraba un pedazo de pizza, él trataba de agarrar un trozo de pizza que estuvieran bien lejos de donde El chino tocó.

La cosa es que, para no alargar el cuento, me invitan al festival de Innsbruck con mi película *Pétalos*. Ya llevábamos un par de correos y me pareció que había algo divino en esto, la vida nos estaba uniendo por algo. Le escribo, le cuento, le digo que quiero verlo. Saber bien su historia. Llenar las lagunas. Saber bien qué le pasó acá. Y El chino me responde que claro, que el sábado me busca en mi hotel y paseamos por la iglesia, el puente y a lo mejor, si hace buen tiempo, nos subimos al teleférico y podemos ver todo Innsbruck desde la montaña.

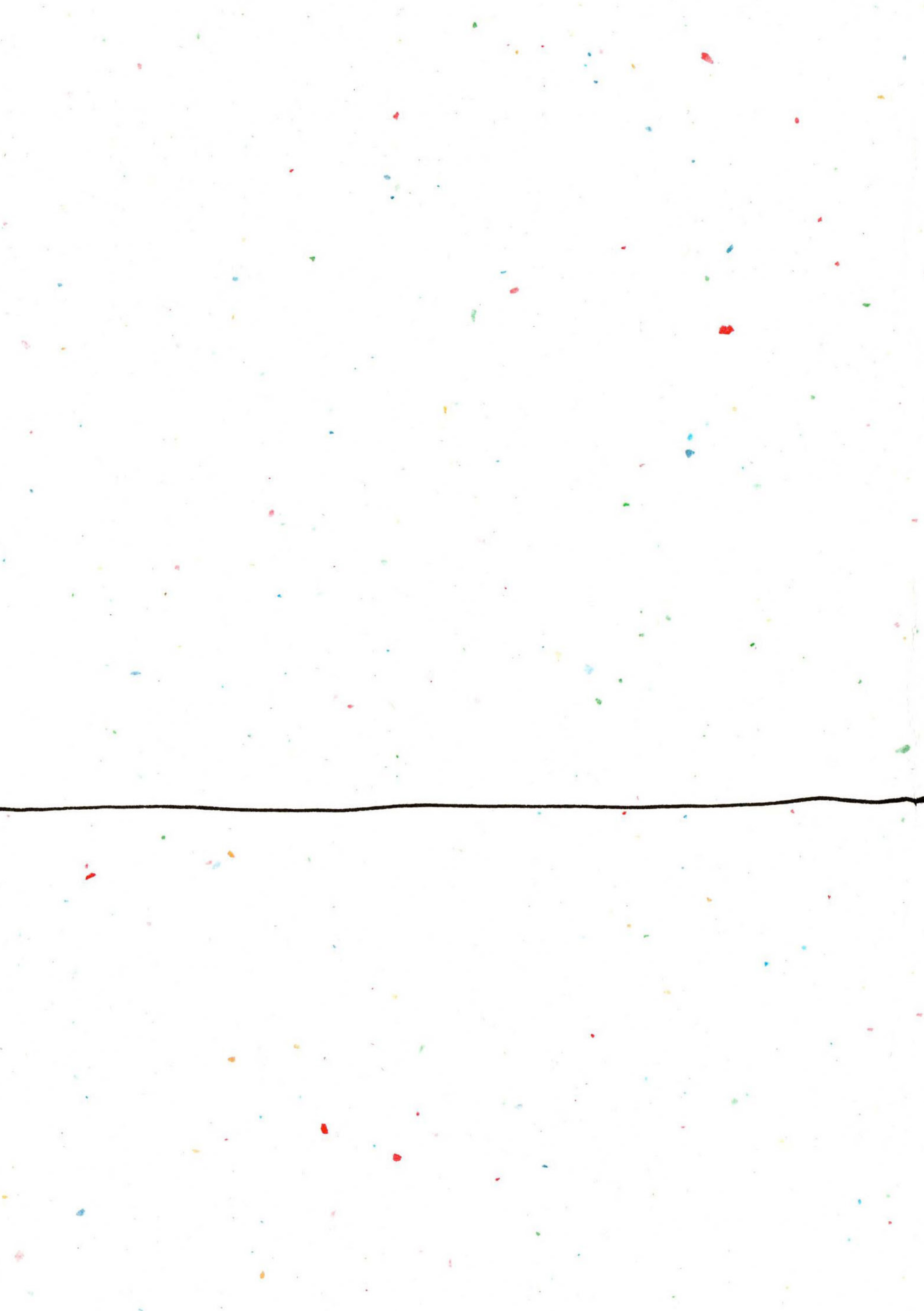
Me monto en el avión embullado, me quedo en Munich y me mandan un carro que me atraviesa por una estepa llena de iglesias y fábricas… en el camino recuerdo *Ynexperiencia*, la estepa, el soldado…

Llego a Innsbruck y es fin de semana de fiestas y todo está cerrado. Me como unos espaguetis en un árabe y me acuesto a dormir temprano y cagado. Cagado, porque frente al hotel había un cartel escrito en español: "Latinoamericanos regresen a casa".

En la mañana del sábado, nervioso, bajo media hora antes al lobby para esperarlo. Pero pasan los minutos y nada. Ni a la hora acordada, ni media hora después, una hora… Nada del chino. Me pongo a caminar por los alrededores. Hace mucho frío. Algunas familias van rumbo a la iglesia. Yo me siento solo. Me paro en el medio del puente y veo pasar el agua del rio, helada, bajo mis pies. Se me aprieta el corazón. ¿Qué hace un cubano en este pueblo de mierda? ¿Qué hace El chino Pérez aquí? ¿Qué ha hecho este tiempo? Una eternidad. Triste, lloroso, regreso al hotel. Subo a la habitación y sin lavarme las

manos me bajo el pantalón y me hago una paja seca. La pinga la tengo reseca, chiquitica. Me mojo la mano y me masturbo. El rabo no se me para. Pero lloro. Lloro como hacía mucho tiempo no lloraba. Y pienso en las mulatas cubanas, en una amante que tuve, una amante de la CUJAE. ¿Algún austriaco sabrá lo que es la CUJAE? *Chicharrón con dulce de guayaba. Chicharrón con dulce de guayaba. Chicharrón con dulce de guayaba. Chicharrón con dulce de guayaba*. Me digo. Y luego pienso: total, es una peliculita perdida más. En la noche tengo que presentar *Pétalos*. Esa película, a pesar del título, me parecía dura, buena, sentida. En el público había unas treinta personas. En el minuto 10, veo a un encapuchado, con pinta de pordiosero, que se levanta y se va. Creo que es él. En la oscuridad no puedo verlo bien. Da igual, en internet no hay ni una foto suya de todas maneras. Corro. Lo sigo. Tiene que ser él. Salgo al lobby del cine. No hay nadie. Salgo a la calle. Nieva. No hay nadie. Regreso y la chica que vende las entradas me habla en un idioma que no entiendo y me entrega un papelito. Agarro el papelito y leo en un perfecto español: Traidor.







S/T

Orestes Hernández

(Facebook. Enero 25 de 2020)

Para qué mierda leí esta cosa de Carlos Lechuga. Ahora me he quedado pensando y tengo que ponerme a escribir algo. Leer esta mierda fue como si alguien me empujara por sobre una loma de tierra.

Yo no había escrito más, realmente no me gusta mucho estar organizando ideas. Me ha gustado su escrito, aunque me choca un poco la parte en que se pone porno-beat. Carlos, ecobio, apropiándome de tu estilo quiero contar unas cositas también. De zafarrancho, ya que inspiras y sacudes ¿por qué no tararearte como una canción mal aprendida? Si total, tú eres un monstruo y esto no te debe asustar. ¿Qué más te da que yo entre a tu camping anecdótico?

Yo no conozco a Carlos, sólo nos vimos dos veces por allá por la cafetería (El Piropo). Hicimos buena química en pocas y cortas conversaciones. Yo impartía un taller de dibujo en el EICTV, creo que fue por el 2007. En ese momento el destino me traía haciendo maromas. Dice mi querido amigo Fransito que en ese tiempo andábamos sin cabeza, dice que éramos cangrejos, llegábamos a ver a cualquier amigo y le decíamos: cuídame aquí la cabeza que vengo ahora pa acá, y así dejábamos las cabezas dos o tres días en casa de los socios, incluso en lugares

públicos, con desconocidos, en barras de bares, en los muros de los Cupet, en los arrecifes oscuros del Náutico y La Concha. Realmente, pensando con las vísceras y las muecas, nos sobraba felicidad. Nosotros tenemos cabeza hoy porque nuestro ángel de la guarda siempre las guardó y las tapaba con algodón.

Maferefún Obbatalá.

En aquel tiempo Niels hizo el cuento de unos amigos que levantaban yumitas en Trinidad y no sé por qué yo me metí en el papel de jinetero. No un luchador fula y ordinario, no, era algo creativo, era un actor interpretando algo y solo fue un mes o dos. Así que no era jinetero, era alguien con un sentimiento racial y cultural. Un día me vi en el Habana Libre bebiendo, y después en un almendrón descapotable me fui al Chévere con una muchacha, la hermana, la madre y un tipo que como que me vigilaba. En otra ocasión, detrás de una yuma intelectual con la que, después de toda una tarde en el bar El Pingüino, de 5ta y 96, fui a parar a casa de Calaforra. Y yo y el ambiente en ese momento no sincronizábamos. Me pareció muy zen todo, yo me sentía como una matraca, así que me fui. Yo no sabía tampoco quién era Calaforra, de lo contrario me hubiera quedado, forzándome a comprender algo allí.

En ese tiempo yo no tenía novia, andaba como un monólogo de la noche. Recuerdo que un día en una expo besé por la parte de atrás del cuello a una rubita y ella salió corriendo a decírselo a Ruslán. Todo el colectivo de DIP se quedó mirándome como estudiando algo raro que apoyaba sus investigaciones sobre la conducta.

Bueno, un poco después de eso, en la EICTV, en una mesa de la cafetería conversábamos Carlos Lechuga y yo, dos desconocidos, asombrados y decepcionados porque enamorábamos sin saberlo a la misma chiquita. Una linda canadiense que dibujaba bajo los árboles de la escuela de cine.

A diferencia de Carlos, yo no puedo contarlo todo, ni escribir así tan duro y pingoletero. Tengo mis tabúes y cerquita de madera, un jardincito delante, algunas ardillitas en los árboles de mi casita expresiva. Qué diría mi mamá que tiene Facebook ahora, si un día lee algo así como lo que escribe Carlos, escrito por mí. Qué diría mi abuela, mi tía Silvia que escribe en el duro invierno canadiense.

Qué pasa si, como Carlos, me la saco así delante de todos. No, no, ni pensarlo. Qué dirían Pablo y Lucía cuando lean perfectamente, qué diría mi vecina Yolanda: este tipo es un sucio. Carlos se ha pasado, como dice Wildey, el reguetonero. Una pila de cuadras está pasao. Carlos es un artista completo, ha asumido esa zona donde todo le sirve en nombre del qué cojón (igual que dirán ahora dos o tres de mi criterio fresa y aficionado). Qué diría Bukowski. No, Bukowski comprendería más allá de lo dicho. Bukowski sabe desde su tumba que pudiera escribir desde otro hombre, desde un sacerdote romano. O un dirigente de la agricultura.

Le he dicho mierda al escrito de Carlos porque ha sido uno de los mejores halagos que le han hecho a mi trabajo. Un día me dijo un amigo: recoge toda esta mierda –señalando a mis pinturas– y vamos a acomodarlas. Mierda es una expresión limpia y honesta. Mierda es una palabra que defiendo porque le

pega a todo, es linda como frenesí, es amplia como el amor, es fuerte como un brazo.

Es una palabra sincera.

No puedo contar más de aquella linda muchacha, ni de lo que pasó, ni lo que le dije cuando me preguntó si un tabaco se podía fumar por alante y por atrás. No puedo desde mi ética conducirlos sobre ese pasaje. Nunca más la vi. Nunca más vi a Carlos ni sabía, hasta hoy, que él era Carlos Lechuga. No sabía que diría que estar enamorado era una mierda, no sabía que 13 años después iba a leer algo titulado “El chino Pérez”. Algo magnífico escrito por aquel socio del EICTV.

Nunca más supe de aquella muchacha de la que no puedo contar porque ella existe, está por ahí, no sé dónde, si en una estepa o en el metro. Está por ahí. Es real como Carlos. Es real como yo.



Parque de G: la autoestima a la intemperie

Julio Llópiz-Casal

(Facebook. Abril 23 de 2020)

Un amigo me preguntaba siempre por qué me gustaba ir a ese parque tan decadente, y siempre le respondía que porque me daba la gana. Eso no quiere decir que no pensara en una respuesta más precisa.

Un buen día me di cuenta de que lo que me atrapaba de ese lugar era el hecho de sentirme rodeado por gente que presentía que la ciudad no tenía nada mejor que ofrecerles. Aquello no tenía nada que ver con tener más o menos dinero, con estar mejor o peor conectado con la farándula de la ciudad; el punto era sentir cómo la sociedad de entonces no reservaba un lugar para alguien como tú.

Un rockero, por aquellos días, era un drogadicto, un sidoso o un cochino... generalmente las tres cosas juntas. Como tal cosa solamente cabe en la cabeza de gente muy estúpida, o muy manipulada, o muy resentida, lo cual suele ser la norma, era muy fácil que, yendo al Parque de G, pudieras comprobar que no era un lugar exclusivo de rockeros, sino el punto de reunión de algunas putas, algunos pájaros, adolescentes, trasvestis, gente joven y gente más vieja: de paso, escuchar rock ´n roll era un aglutinante bastante generalizado; de

paso, también, la politoxicomanía era otro aglutinante, más generalizado aún.

¿Qué tenía en común toda aquella gente que se reunía allí? Simple: eran víctimas inmediatas de los prejuicios de una sociedad mucho más convencional que la de ahora mismo. Si eras rockero tenías que tener el pelo largo y escuchar "rock duro"; si escuchabas algo "fresa" eras segregado por los rockeros. Si eras maricón tenías que adorar a Rocío Jurado; si escuchabas Pantera eras segregado por los maricones. Si eras joven tenías que escuchar algo pop; si te gustaba el bolero eras segregado por la gente joven de tu barrio. Si eras un poco más viejo tenías que tener un trabajo (estatal, por supuesto), hijos y si, por casualidad, sabían que te gustaba ir a un parque del Vedado a sentarte con gente rara, más joven que tú, a hablar mierda y hacer quién sabe qué cosa, eras probablemente segregado por tu CDR y tus amigos: por maricón, pervertido o agente de la CIA... generalmente podías ser acusado de las tres cosas y otras cuantas aún peores.

En medio de este cuadro, creo que no es difícil comprender por qué –siendo una puta, un rockero o un marciano, y estando hasta el último pelo de que tanta gente se metiera en tu vida y te dijera lo que tenías que hacer– era muy sensato irte a un parque del Vedado a verte con gente extraña, conversar eventualmente con ellos, darte un trago, echarte un no sé qué o tomar el aire y, sobre todo, no tener que dar explicaciones de tu vida a NADIE.

Si ibas al Patio de María, si venías de o ibas a una discoteca, si venías de o ibas a la Potajera, si te gustaba el teatro, si te

gustaba más Rolling Stone, o Faith No More, o Prodigy, o Candyman... a nadie realmente le importaba. Y si te iban a emplazar por ello, no iba a ir más allá de una jodedera. El Parque de G era una caricatura del Ágora griega, era una caricatura de la Democracia en medio de una gran caricatura.

Por eso podías ver a un puñado de frikis apestosos compartiendo con un calvo tatuado, fortachón y sofisticado que acababa de llegar al parque y parquear su Harley Davidson a la vista de todos. Al lado, podías escuchar una conversación bastante airada sobre Metallica, Nirvana, Zeus o el Mundial de Fútbol del 86. Podías ver cómo se paseaban de un lado a otro un rubio y un trigueño, que decían ser hermanos y que los seguía todo el tiempo un casting variado de las chicas más lindas del parque, los pepillos más excéntricos y la gente más desquiciada que se pueda imaginar. Podías ver a un trasvesti que se llevaba con todo el mundo y que sus amigos acompañaban a la parada de la guagua al final de la noche... o a 23 y Malecón.

Podías ver muchas cosas mientras los que podían, estaban en La Macumba, en Don Cangrejo, en alguna fiesta innombrable, consumiendo drogas caras y, en definitiva, teniendo una vida por encima de las posibilidades de la media. Me tropecé muchas veces con gente en el Parque de G que andaba con suficiente dinero como para estar en esos lugares, pero estaban ahí... y cuando el dinosaurio despertó, todavía estaban ahí.

Justo cuando el rock empezó a pasar de moda, el Parque de G cobró un esplendor que no imaginé. Cerró el Patio de María. Cada vez veías a menos rockeros clásicos, pero veías, sin embargo, a los rockeros de nuevo tipo: mejor adaptados a

la diversidad, más contaminados por otras realidades, menos puristas. Ellos trajeron a sus amigos más reparteros que se adaptaron rápidamente al lugar. Empezaron a verse muchos más gays en grupos grandes: a nadie le molestó. Comenzaron a ir cada vez más chamacos embadurnados del pop del momento, gente de otra clase social: a nadie tampoco le importó. Comenzaban a ser más comunes los celulares. En algún punto llegaron los Emo y aunque a muchos les molestó, ahí estuvieron los Emo hasta que se extinguieron de forma natural o evolucionaron... quién sabe. Comenzaron a llegar los estudiantes latinoamericanos de muchas carreras universitarias. Abrieron el Café G. Vinieron más universitarios y más universitarias, algo que alegró a mucha gente. Empezó a ser más común que vinieran al parque artistas, gente de Europa y Estados Unidos. Empezó a hacerse común que fuera Aldo de Los Aldeanos con muchos amigos... la gente andaba como loca.

La policía no sabía qué hacer: habían pasado de hacerle la vida imposible a la gente del Parque de G a otros métodos más exquisitos y truculentos. Pero la gente parecía que tomaba más ron, que tenía más sexo en los alrededores, que reía más, que cometía más excesos. Parecía gente más feliz... así había sido y así fue por mucho tiempo.

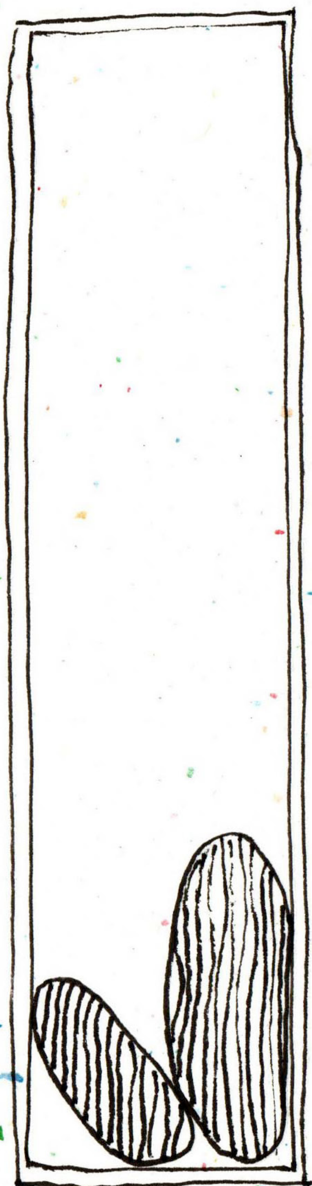
Yo, en lo personal, lo viví a plenitud. Vi cómo el Parque de G pasó de un estadío a otro: de 23 a 17, de 17 a Línea, de Línea a la estatua de Calixto García, de ahí a la Dispensada de Malecón hasta que volvimos a G y 23, no sé cómo... Me integraba, disentía, era rechazado en algunos grupos, era aceptado en otros. En ese parque fui un rockero, un maricón, un joven, un viejo, un miki, un repa, un universitario, un artista; fui de la

periferia, fui del Vedado; amanecí, me fui temprano; prometí no volver, rompí la promesa y, un buen día, el Parque de G había desaparecido.

No sé bien si las cosas cambiaron: seguro cambié yo... cambiamos todos. La ciudad hoy es otra cosa. Ni mejor ni peor: diferente. Excepcional. Vivimos una pandemia y eso va a cambiar muchas cosas para peor, o para mejor... Por eso me da tanta pena ver cómo mucha gente recuerda el Parque de G reviviendo los prejuicios de G... porque no era un parque perfecto. Me da mucha pena ver cómo tantos clásicos de G desprecian a otros clásicos de G y no quieren ni oír sus nombres... Qué bueno que no soy un clásico y solo recibiré el desprecio regular, el mismo desprecio que le tocaría a "La Mascota". Me da mucha pena que, ahora que hay redes sociales y se pueden compartir tantas cosas, haya tanta gente que se comporte de la misma manera que se comportaban los que no dejaron otra opción que un parque para gente como ellos. Eso sí es lamentable.

Pero trato de estar por encima de eso, trato de recordar las alegrías y las frustraciones que superé en ese lugar, trato de recordar cómo un montón de gente no se dejó aplastar por los prejuicios de su tiempo... y cómo lo hicieron desde un parque.





Desmontando la noche: La Casa de la Bombilla Verde

Diana Ferreiro

(*Magazine AM:PM*. No. 3, pp. 8-9)

Ha pasado casi media hora desde que Gillen debió servir un batido a una de las mesas. No es que los roles en La Casa de la Bombilla Verde estén muy delimitados que digamos, pero usualmente a estas horas Gillen García está en la cocina, velando celosamente sus tortillas de patata y sus pollos al curry. Hoy el bar está repleto y al centro, formando un círculo desigual de instrumentos, el Ensemble Interactivo de La Habana improvisa sobre una melodía creada minutos antes por sus músicos. El bartender hace las veces de camarero y Gillen se divide entre los fogones, la barra y administrar su bar. Desde el portal, mientras aspira de su Hollywood rojo, Gillen escucha.

Al centro, una chica –Charlotte, se llama, y viene de Nueva York– vocaliza acostada en el suelo. Otras dos han buscado su lugar para incorporar violín y flauta a la descarga. El tema ha estado sonando por más de veinte minutos y a Gillen le preocupa un poco aquel batido. En algún momento pensó en unirse con el sonido de la batidora, pero finalmente no se decidió. El Hollywood rojo se quema casi sobre sus dedos. Aspira una última vez antes de tirarlo y entra por un pasillo lateral que termina en la cocina.

***

Al principio, en el pequeño jardín, el nombre del lugar daba la bienvenida en letras blanquísimas. Ya no. Ahora te recibe un foco muy tenue que a veces ni siquiera irradia suficiente luz. Ahora quien llega a La Casa de la Bombilla Verde lo hace de memoria, porque conoce sus noches o se las ha recomendado alguien cercano. Aunque está apenas una cuadra más arriba de la calle Línea, deben ser pocos los “yo solo pasaba por aquí y entré para ver qué es este lugar”.

Y no es que la música del pequeño bar no tenga la capacidad de atraer a los curiosos, pero en esta parte del Vedado la calle 11 es poco transitada y la canción de autor no tiene tantos adeptos como solía. Aquí los artistas músicos defienden sus temas a golpe de guitarra, poco más. Aunque de vez en cuando se armen descargas de jazz o música contemporánea. Esto ocurre, a lo sumo, tres o cuatro veces por semana. El resto de los días La Casa de la Bombilla Verde es un sitio tranquilo donde tomar una cerveza o enamorarse con la playlist de fondo.

Quiero creer que hoy será más o menos así. Que no tendré que escuchar el concierto desde el portal y que llegar a la barra para pedir una cerveza no será prácticamente imposible. Pero me equivoco. A pesar de que es martes y esta presentación se orquestó hace apenas unas horas, es Yusa, que no se presenta en Cuba hace mucho –yo no la veo hace casi diez años, tantas cosas han ocurrido desde entonces– y, para la hora que mi cervical me deje llegar, todo estará reservado.

A veces sucede así: se arma un concierto o una descarga sin tiempo para postear en las redes sociales. El boca a boca hace lo suyo, y de repente Gillen y Patricia tienen que preocuparse

por atender a más público del que su licencia les permite, o deben lidiar con los vecinos y la policía por el ruido a deshora. El pequeño “escenario” ha sido dispuesto al otro lado del bar, donde solían estar las mesas que siempre he reservado. La guitarra y el tres de Yusa descansan bajo unos pequeños focos. A un lado, la marímbula de Oscar Sánchez y, al otro, un cajón sobre el cual se sentarán, llegado el momento, Robertico Carcassés y Oliver Valdés.

Yusa no ha llegado, pero todos los demás estamos ya aquí. Unas amigas me ofrecen una silla justo frente al micrófono y pienso en los temas que quisiera escuchar esta noche, en los temas que seguramente me harán llorar, en los que le pediré cuando llegue el momento de armar el set list entre todos. (Cuando pensemos que este concierto no puede sorprendernos más –porque ya Kelvis Ochoa ha cantado a dúo con Yusa y nos han roto ambos el corazón– Julito Padrón y Alejandro Delgado entrarán soplando sus trompetas desde el portal.)

El espacio es muy joven. Este verano cumplió solo tres años, pero por aquí ha desfilado una buena parte de la canción de autor que suena ahora mismo en Cuba. Incluso la que suena solo ocasionalmente, porque sus autores han estado fuera por muchos años y, cuando deciden regresar un poquito, hacen tierra en La Bombilla. Pocas noches como aquella en la que, quince años después, Levis Aliaga volvía a entonar en Cuba su “Ana”, por encima de un coro desigual y nostálgico que, rato después, seguía cantando bajito, convenciendo al mar... Otros viajan por carretera y son igual de esperados: Roly Berrío, Leonardo García, Ariel Barreiros.

***

He pasado de mi silla a la barra, buscando una mejor postura para mi cervical, huyendo de las canciones que Yusa deja caer en los pocos espacios vacíos frente a ella. Hace meses que Gillen no permite sentarse en el suelo, pero esta noche ha podido hacer poco al respecto. No sé si, a estas alturas, aún le preocupen los vecinos. No sé si es consciente de que esta ha sido una de las mejores noches que hemos vivido en su Casa. Recostada al palé que adorna el lateral del bar se lo dejo saber: este es el mejor concierto que has programado, y nos reímos de lo lindo, porque ambos sabemos que quizás no pase mucho tiempo antes de que uno de los dos se acerque al otro con la misma frase en los labios.

Y mientras tanto pasa el tiempo/ igual que ayer./ Soy testigo de mis recuerdos/ y al final quedará el intento/ y el rocío hará un lugar/ de nuevo en mi jardín./ Si me he perdido y te apareces/ nube que escondes mi luna tantas veces/ dime a dónde vas ahora./ Quede la añoranza/ para mañana.



Ruido y furia: Esqueleto de viento

Wendy Martínez

(*Magazine AM:PM*. Enero 8 de 2021)

(Tubo de escape I)

Se dice que los metales son dulces cuando no tienen impurezas y yo siempre me pregunté por qué las trompetas, cuando están muy usadas, tienen ese sonido tierno que no llega a ser apacible, pero que conduce, indefectiblemente, a una especie de paz. *Almost blue*.

Un día iba bajando por una calle muy grande, se me había ido el P4 y los taxis valían más que mi bolso con todo adentro. Me senté con miedo en una escalerita que daba a la calle –miedo por esto de que ser mujer es una complicación, miedo a los sonidos, a los tiradores, a los borrachos…–. Recuerdo que andaba sola y que la batería del teléfono estaba por el piso. Chet Baker, eso quise oír. Me puse los audífonos, acomodé el cablecito defectuoso y puse una canción. *Silence*. Aquí pudiera poner que se me quitó el miedo, que los carros no me ladraban, que la calle no era una boca de lobo. Pudiera decir que sentí un golpe de paz, un silencio. Pero no. El miedo no se fue y lo que más miedo me daba era que ahora sentía una paz tormentosa, un pavor parecido al de las escenas cinematográficas donde ella llora mucho con una canción y descubre que está por ocurrir algo terrible.

Un carro, una trompeta, dos tubos de escape, una yuma vomitando el Cubalibre [Chet Baker perdió la dentadura por tener problemas con una pandillita que le vendía las líneas de la semana], un borracho gritando "mami-lo-que-se-da-no-se-quita". ["Todavía la vida no te ha dado suficientes golpes, no puedes tocar en este bar"].

Chet Baker nació en Yale, en 1929, con la Gran Depresión y con los martes y jueves negros. Él fue una depresión enorme, sobrehumana.

Escuchó por primera vez a Dizzy Gillespie en Alemania. Sonaba en las emisoras creadas por el ejército para mantener a las tropas distraídas. Una especie de soldado del jazz.

Comenzó a tocar la trompeta en las *jam sessions* de los clubes de jazz de Los Ángeles.

Pero fue el vicio el que lo alejó de la vida común, de los pagos y los días fijos. Se juntó con Charlie Parker, un adicto serio. Dos adictos serios, Bird y Baker, bebiéndose de golpe todo el alcohol del mundo. *Anestesia*. Luego París estaba "lleno de gente que se metía de todo". Y así transcurrieron ciudades y héroes del jazz y heroínas de las venas, y alcoholes y mujeres hermosas.

Baker cantando *But Not For Me*, *My Funny Valentine*, *The Thrill Is Gone*.

Hizo todos los temas, compuso mucho mientras derretía en su cuchara los medicamentos malditos.

Más ciudades, más heroína, más mujeres. Boca rota y ajena.

Una noche, el dueño del hotel donde se alojaba en Ámsterdam, lo echó del lugar porque no tenía dinero para pagar la estancia. Baker saldó su deuda con el equipaje y la trompeta. Dicen que murió esa noche intentando subir por la pared del hotel. Otros hablan de un suicidio. Yo no dudo nada, aunque quiero pensar que quería recuperar su instrumento.

(Tubo de escape II)

Ay, pero yo lo sé: esas trompetas viejas suenan bien porque el sonido viaja a una velocidad sorprendente; el sonido hace sus cargas huecas, agujeros de gusano y el metal –entonces– decide dulcificar su esqueleto. Pobre de mí que, por más música que pusiera, los carros seguirían viéndome cara de niñita hacendosa.

Esa noche me sentí frágil en la calle y recé mi credo, ni tan apostólico ni tan romano. El credo de los ángeles cocainómanos, el de las líneas que llevan a componer más líneas. El de los santos que se autodestruyen para que una niña pretenciosa escuche un tema y se construya una paz distinta, una paz acelerada. Ángeles a los que uno puede fallarles, porque el único mandamiento que profieren es aquel que indica que hay que cerrar los ojos y darse un buche, y gritar "estoy-cansada-de-todo".

No pasó nada extraño. Todavía tengo miedo de andar sola por la noche. Todavía pongo música para creerme que es más lindo llorar con una banda sonora digna. Todavía creo que el metal se transforma como el barro. Todavía creo que

las trompetas no son invertebradas y que se fracturan y se dulcifican.

En algún lugar alguien estará poniendo una cancioncita de Chet Baker, alguien que puedo ser yo en una dimensión cuántica que no comprendo. Ay, niñita hacendosa, por ese bolso copia de Louis Vuitton los carros siguen creyendo que tienes con qué pagarte un taxi hasta la puerta [si tuvieras puerta]; la música se filtra por el cablecito roto y por eso te persiguen los taxistas, los tiradores, los sonidos. No te hagas ilusiones, esa trompeta va a partirte la boca, esa trompeta va a dejarte pegada a la escalera de un Tiffany Club tercermundista, aunque tú digas que no, que nada extraño sucede, porque esa palabra te sonó siempre a canción nueva. No te pienses que vas a salir tan impoluta de esta noche, porque todo lo que es grande tiene la capacidad de romper su propia forma, su esqueleto: esas son las canciones. Esa es la música grande.

Los sonidos te habitan, mi niña invertebrada, y quieren romperte la boca que te pintas como si fuera un lienzo sexual en decadencia. Quédate en el piso y no te hagas ilusiones.

El P4, como siempre, llega casi al otro día.



Dirty Harry

Jesús Jank Curbelo

(*El Toque*. Junio 19 de 2019)

Harry el Pesao vive con sus padres. Sin embargo parece aterrador cuando veo que se acerca el furgón Mercedes blanco, hace señales de luz y el gordo grande con la palabra *Security* en la espalda abre la reja de hierro que separa la acera pública del parqueo de los artistas, detrás del escenario; una vez dentro, alguien abre la puerta del furgón y salen por lo menos diez hombres más: algunos se parapetan en el escenario (brazos musculosos cruzados al pecho, piernas abiertas, caras bravas), dos se parapetan de cada lado de la puerta del furgón, otro va hasta la reja, otro tiene una cámara y filma todo. Mientras, hay más de mil personas en la plazoleta bajo el escenario que empiezan a gritar emocionadas cuando el animador dice al micrófono que acaba de hacer su entrada el mismísimo Harryson, Harry el Pesao, Harry el Ona Ona, y que en diez minutos empieza el concierto.

Parece aterrador cuando me acerco al furgón, le pregunto por Miguel a uno de los musculosos y señala a un sesentón con chaleco que bebe una Redbull mientras conversa con el chofer. Me acerco. Es casi la una de la mañana y las únicas luces en el parqueo provienen de dos postes que dispersan un color amarillo pegajoso. Miguel, le digo, soy el periodista, le doy la mano y noto que su barba es verde brillante. Está

serio, retraído. Entra al furgón y entonces sale Harry: uñas negras, abrigo con capucha:

—Si quieres, hazme la entrevista ahora.

—Nos vamos a demorar bastante.

Pausa.

—Mejor ponte de acuerdo con el puro y la hacemos el lunes o el martes.

Entra.

—Mientras todo sea como hablamos, está bien –me dice Miguel, que un par de horas antes, por teléfono, me había dicho que “cero chismecitos y cosas de farándula”.

Miguel es el padre de Harry. Y su productor. Es técnico de audio. Y el lunes por la tarde va a contarme que cuando a Harry le dio por ser cantante consultaron a Orula, y como Orula dijo que había camino, él, que trabajaba en la Empresa Benny Moré, empezó a pedir favores, y Harry empezó a cantar lo mismo en fiestas de los CDR que en Casas de Cultura, antes del concierto de cualquier orquesta popular. Entonces, por supuesto, Harry no era más que una mezcolanza de cantantes de reguetón cubano: El Insurrecto, Zamil & Meysel, Elvis Manuel, Adonis. Tenía 12 años, había empezado a componer canciones con otro muchachito de la cuadra y todos los mediodías, en el receso, hacían concierticos en el aula con palmadas y golpes en las mesas. Por las tardes, se iban a la casa de uno que tenía computadora, juntaban pedazos

de instrumentales de reguetón boricua, grababan encima y esas maquetas Miguel las quemaba, de cien en cien, en discos que repartía en las guaguas, a los vecinos, al cobrador de la luz…

El lunes voy a cambiar toda mi perspectiva.

Pero ahora Miguel me hace una mueca, entra al furgón y yo voy a pararme en la escalera que lleva al escenario. Las mismas luces ámbar, dos pantallas en las que giran triángulos y rombos. Bolsos, pomos con agua. El animador recibe papelitos con nombres de cumpleañeros: "Queremos felicitar a Albertico": los que vienen con Albertico gritan. Un DJ pone música grabada en una laptop. Cuatro bocinas grandes que botan el sonido hacia la plaza, con policías y gente que baila y se besa en los rincones y bebe de los pomos con ron que pasaron clandestinos por la puerta, después de pagar los 50 pesos, porque desde hace tiempo en La Vereda, este centro nocturno donde estamos al aire libre, en medio de La Lisa, ni venden ni dejan pasar alcohol.

Ahora, en la escalera, me parece que lo aterrador es la parafernalia; las lucecitas rojas de cigarros en el furgón oscuro; el volumen de la música; la gritería; el flaco que se me acerca: "Narra, dice Harry que no le tiren fotos hasta que esté allá arriba en la tarima"; que me dé solo por decirle: "Okey".

***

Es una casa oscura al fondo de un pasillo en el Canal del Cerro. Orishas en el hueco detrás de la escalera que da a la barbacoa y bajo la meseta y en el espacio entre el sofá y un

mueble y bajo el TV. El resto es la cocina. Afiches en las paredes: un muchacho con gafas en posiciones calcadas de los reguetoneros de Puerto Rico, que a su vez son calcadas de los raperos norteamericanos: dedos en V tapan una cara de criminal, brazos cruzados, cara de criminal, manos en la cintura. A veces, cara de criminal triste. En una sonríe con su niña en brazos.

Niurka, la madre de Harry, machuca unos bistecs en la cocina: microwave, olla reina, cafetera, fogón, todo hacinado en el pequeño espacio de la meseta. Detrás, donde comienza la escalera, un refrigerador con una foto de Lionel Messi. Todo luce humilde, acogedor. Ni siquiera resalta el TV plano de 42 pulgadas, que ocupa la mitad de la pared a la izquierda de la puerta, tras el baño, oculto tras la butaca donde estoy. En la butaca contigua, Renée desenfunda la cámara, mide, ajusta las luces. En el sofá, entre ambos, Miguel coordina por teléfono los pasajes del ómnibus que va a llevarlos de gira por Santiago de Cuba, el jueves, dicta nombres, números de carné: Harryson Pérez Muñoz, 960618…

Miguel es el compinche. Cuando Harry se hizo el primer tatuaje (Iré Omá –Suerte e Inteligencia–, el nombre del primer grupo que tuvo, en el antebrazo, a los 16 años), Miguel se hizo un tablero de Ifá, para que Niurka los regañara a ambos. Ahora tiene dos o tres más, entre ellos, el nombre del último disco de Harry: Plan B. La barba verde fue un poco de tinte que sobró, un día que Harry se estaba pintando el pelo.

Cuelga. Dice que el niño está durmiendo. Que hubo trabajo anoche. Que si quiero que lo despierte. Tranquilo, le digo.

Empezamos nosotros. ¿Cómo es esto?, pregunta. Está nervioso. Saca un cigarro, fuma. Hago lo mismo. Niurka también.

—¿Por qué le pusieron Harryson?

—Por un ahijado nuestro de religión.

Entonces, la historia:

—Nosotros siempre le vimos inclinación por la música –dice Niurka. Incluso, cuando estaba en cuarto grado, lo empezamos a preparar con una profesora particular de piano, de solfeo. Y entre una cosa y otra, llegó un profesor que lo captó para el deporte. Yo traté de explicarle que ese era el momento para entrar en la escuela de música, que después no iba a tener otra oportunidad, pero bueno…

“Y fue buen voleibolista. Llegó a hacer el equipo juvenil. Incluso le dieron la EIDE (Escuela de Iniciación Deportiva). Entonces dijo que quería cantar y empezaron los problemas, porque ya empezaba la secundaria y no había oportunidad de matricularlo en ninguna escuela de música.

“Yo decía: de verdad sabe lo que quiere. Porque yo que no y él que sí, yo que no y él que sí. Hasta que un día se me apareció con una canción que había grabado escondido, en un estudio por Carlos Tercero…”.

—¡Mira esto, cómo tengo la cara!

Harry interrumpe. Baja la escalera. Tiene la cara hinchada.

—¿Cómo está todo? –me dice. Besa a Renée.

—¿Te acuerdas –dice Niurka– de aquella canción que grabaste por Carlos Tercero? Una de las primeras…

—La Caliente.

—Yo creo que fue antes.

—Fue la única que grabé ahí. “Yo soy de la caliente / yo soy guapo, vivo ambiente”.

Enciende un cigarro.

—¡Oye, caballero, mira cómo tengo la cara! ¡Oh!

—Después, en noveno grado…

—Yo era muy inteligente –dice Harry, subiendo la escalera.

—Muy inteligente –dice Niuka–, sí.

***

Como repa es atípico: no teme a exponerse demasiado en sus canciones. Cualquiera que haya escuchado sus discos, entre un “yo sé que tú eres una cachorra” y un “ahora soy el rey”, sabe que tiene una niña y un niño (Allison, de dos años, y Enzo, de cuatro), que lleva seis años con su esposa, que Changó es su padre espiritual y que lo de Pesao es con los que él considera enemigos, “porque siempre les voy a joder los planes”.

Yo, sin embargo, desde la escalera, mientras cantan los grupos invitados y la gente está ansiosa y grita ¡Harry! y él todavía no es más que la lucecita roja en el furgón, no me había detenido a escuchar más que los "yo sé que tú eres una cachorra".

Cuando sube no trae la capucha sino un pulóver blanco, Supreme, que le marca una pancita muy graciosa. Coge el micrófono: "¡El que tenga talento que levante la mano!". Y se activan cientos de luces blancas entre el público. Lo filman con los móviles como si formar parte del concierto fuera especial. Detrás de la baranda, una gordita con ropa naranja le hace señas mientras se despelota. Se llama Mayrelis, 21 años y tiene un selfie juntos de fondo de pantalla y su ringtone es un tema de él y, si algún día pare, ya sabemos, quiere que sea niño. "Porque tú a mí me haces falta", dice el tema, él levanta una rodilla primero y la otra después, acompasadamente, con las manos colgando y se deja llevar, el resultado es un baile tan gracioso como su pancita, pero ella lo mira, se echa aire en la cara como si fuera a darle una crisis epiléptica profunda o yo qué sé. Está a punto del llanto.

—Yo quiero que La Vereda haga este pasillito conmigo. ¡Preparados! –y ella se prepara.

Harry tiene sus propios bailarines: dos mulatos en el escenario con pelo amarillo y pulóveres blancos que dicen Wan One. Tiene un corista (El Ogunda), un DJ (Lacho), dos asistentes personales (Félix y Jorgito), un representante (Juan José) y un jefe de seguridad personal (Yoel La Mole), que media hora más tarde se lo lleva al furgón mientras el resto de los musculosos

(contratos ocasionales) se arroja sobre el público cruzando la baranda porque a un tipo le dio por repartir piñazos. La policía también interviene. La gente corre desaforadamente, algunos se apartan, Harry sube de nuevo, dice que qué bolá, que aquí hay mujeres que vinieron solas. Mientras, los policías y los musculosos se llevan a rastras a tres o cuatro tipos que manotean, lanzan golpes al aire.

—¿Qué tenemos que hacer? ¿Recoger los chelines y que La Lisa se quede sin nada?

—Noooooo…

Los dispersos regresan, se apelotonan frente al escenario. Él dice que el que tenga que resolver algo lo haga de la puerta pa'fuera. Mayrelis se aferra al tubo.

—Coño, mi gente, vamos a portarnos bien. Piensen que al final el culpable soy yo. Por eso el reguetón de la calle está como está… Y créanme, yo tengo más ganas de cantar que ustedes de que yo cante… ¿Ustedes me prometen que se van a portar bien?

—Síííí…

Entonces canta un par de temas que he escuchado cien veces. Luego habla de Plan B. Dice que, a lo mejor, en las redes sociales, la gente ya ha visto los adelantos, que en todos los conciertos está haciendo estrenos. Y canta un par de ellos y en el público hay gente que se sabe los coros o que se acaba de aprender los coros, los adivinan o los improvisan.

Dice que lleva un mes grabando el disco, que la semana que viene va a sacarlo, que gracias a Dios ha podido dedicarle el tiempo necesario, que va a salir bueno.

***

Eran más de las ocho de la mañana y él llevaba hora y media en la parada. Todos los días, desde hacía un año, tenía que ir en guagua a Centro Habana, a la secundaria, porque en la que estaba, cerca de su casa, había tenido problemas. Lo habían botado. Así que iba tarde. Era un mal día. Se le ocurrió un coro ("La parada está pelota y la gente no se mueve. / No pasa un P6, no pasa un P9. / El cielo está gris, caballero, ahorita llueve. / No pasa un P6, no pasa un P9…") y lo fue repitiendo en su cabeza hasta que pasó el P9. Fue para casa de Wildey, en San Leopoldo. Le cantó el coro. Subieron Campanario hasta casa del Lachy, después recogieron al Caneca (KN1 One). Ellos, juntos (estaban todos en la misma escuela), eran Iré Omá. De ahí al estudio, Wait2Production, grabaron el tema. Y se pegó.

Estaba en noveno grado.

—A partir de ese, se pegaron todos. Estábamos cantando las cosas que pasaban en la calle: el panadero, el de los mosquitos, las guaguas que no pasan…

El tránsito entre ser un wannabe y que comiencen las peñitas, los conciertos en el campo, las mujeres, los tenis nuevos, los carros de diez pesos.

—Y el primer día del pre, ya tú sabes, la gente arriba de mí: “¿Tú no eres el que canta?”Y ese es un sentimiento muy lindo: que te sigan, que se sepan tus canciones. Yo me sentía orgulloso de mí. Decía: estoy logrando lo que siempre he querido.

Conversamos en el muro de la primera casa del pasillo. Entre nosotros, una caja de cigarros, nuestros móviles, una fosforera, tartaletas de coco que trae Miguel.

También entre nosotros, la historia que pude haber conocido asimilando sus discos: cómo Wildey que, durante un buen tiempo, fue quien más cosas tuvo en común con él (la manera de asumir la música, el sueño de ser famoso) abandonó Iré Omá y comenzó a hacer sus propias canciones;

cómo el Lachy, su primo, dejó el mundillo y se puso a ganarse la vida con un trabajo aburrido;

cómo se quedó solo con el Caneca y el grupo comenzó a conocerse como Harryson;

cómo al Caneca no le molestaba, nadie sabe por qué;

cómo él no sabe por qué al grupo lo conocían por Harryson si se llamaba Harryson x KN1 One;

cómo el Caneca empezó a cantar solo;

cómo él estuvo un tiempo “apagado” hasta que un día bendito, en casa de DJ Gómez, en Buena Vista, se le ocurrió el coro del Ona Ona y le cambió la vida: se lo tatuó en el dorso de

la mano, volvió a pegarse, se puso Ona Ona, que en yoruba quiere decir camino, como uno de sus tantos sobrenombres (El Indomable, El Cuatro, Harrylucho…).

Y luego el rémix en Célula Music, con DJ Unic, que es como ascender un peldaño en la escalera del reparto;

el rémix con El Taiger, lo difícil de fluir entre el reparto y la farándula y luego, por fin, los viajes: 24 conciertos en Italia, 23 en Miami.

Entre nosotros, su lista de reproducción del móvil, que solamente tiene sus canciones;

Niurka y Miguel diciendo que el resto del reguetón no les gusta;

Harry explicándome que solamente se oye a sí mismo porque le costó demasiado trabajo empezar a ser él, soltar las influencias;

yo entendiéndolo, porque hubo un tiempo en que dejé de leer para ver si yo también daba conmigo;

Renée agachada, subida en el muro, en la acera de enfrente, de cabeza, buscando un ángulo donde la cara de Harry no apareciera muy hinchada (según él, el problema era un flemón);

yo subiendo y bajando los pies del muro y el resto del cuerpo, porque llevamos dos horas hablando;

un montón de cigarros;

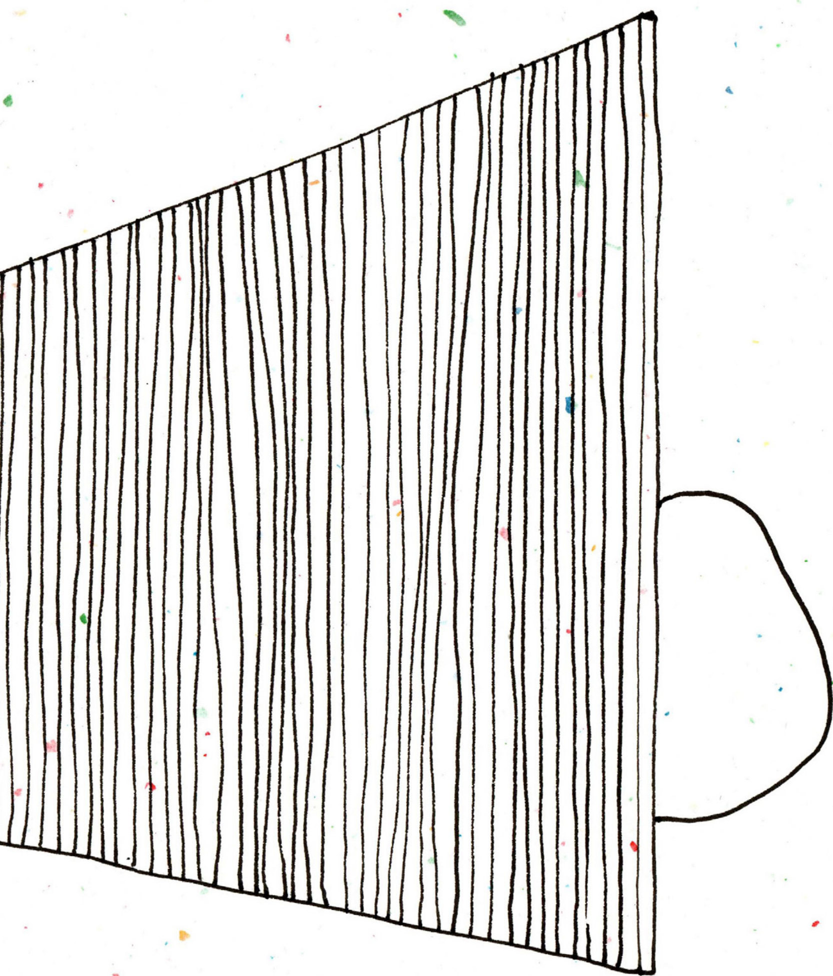
él diciendo que su hija es sorprendente, improvisándole una cancioncita, enseñándome fotos;

diciéndome que ya no le interesa ser el mejor, que él canta pa' su gente y yo contándole cómo Mayrelis, después de que el concierto terminara por otra barahúnda de piñazos, mientras algunos hombres recogían los cables y la basura del público, movía la cintura tambaleándose al ritmo de su propia nada,

sola,

sin ganas de dormir.





Yito, el milagroso

Darío Alejandro Alemán

(*El Estornudo*. Enero 8 de 2019)

Aunque cuentan que Yito puede curar con las manos desde avanzados estados de metástasis hasta simples torceduras de tobillo, su poder no se limita a eso. Dicen también que le habla a los muertos, esquiva y atrae maleficios, invoca la presencia de los santos y así, imbuido de ese aura, ha traído al mundo a más de un centenar de niños que supuestamente jamás nacerían. Sin embargo, hace siete días cesaron los milagros. Desde entonces un improvisado cartel cuelga en la puerta de su casa: "NO PUEDO TRABAJAR. ESTOY ENFERMO HASTA NUEVO AVISO. ¡GRACIAS!"

***

Son ahora las cuatro de la madrugada y hay unas sesenta personas dispersas en este tramo de la calle, pendientes del más mínimo movimiento en la puerta del patio de Yito. El cartel ha desaparecido junto con la pequeña gripe que lo mantuvo a él en cama por unos días. Todos asumen que volverá la magia a este rincón del reparto Punta Brava, en el municipio habanero de La Lisa.

Pregunto por la última persona para atenderse y una mujer levanta la mano, no sin antes aconsejarme que regrese otro día, cosa que, ahora que lo piensa mejor, deberíamos hacer los dos.

—Es muy probable que con toda esta gente no alcancemos a entrar. Por cierto, voy detrás de aquella señora –dice y señala a una anciana sentada a unos pocos metros sobre un ladrillo en medio de la acera. Le digo entonces que pienso probar suerte como ella.

Miento al decirle que hace mucho esperaba consultarme con Yito para aliviar unos fuertes dolores de espalda que a veces no me dejan dormir, aunque esto último sí es cierto. De hecho, pienso que no estaría nada mal ofrecerme como conejillo de indias para probar los poderes de este hombre.

Pese a la dispersión del grupo, después de dos horas de espera, la puerta se abre y una disciplinada fila se conforma ante ella. Yito, cuyo nombre real es Eduardo Navarro, se presenta. Viste camiseta blanca y short rosado. Un manojo de rosarios y collares le cuelga del cuello.

***

—Buenos días. Bien, ustedes conocen la regla: solo son 40 turnos. Hoy no voy a atender a nadie sin turno, así que pueden venir otro día –dice y comienza a repartir unos pequeños trozos cuadrados de cartón. Quienes no alcanzan se marchan de la fila, seguramente pensando en que mañana deberán levantarse más temprano. No obstante, yo me quedo.

A mi lado, Mirta tiene en su mano uno de estos papelitos con el número 36 dibujado en el centro. Calcula que sobre las nueve de la mañana ya podrá atenderse. En cuanto Yito

le entregó el turno, Mirta suspiró aliviada. Vino en ómnibus desde Guantánamo el día anterior, junto a su hermana Yamilé, quien realmente fue, con sus maltratados 50 años, el primer miembro de la familia en visitar al "milagroso de Punta Brava".

Un amigo suyo había llegado a Oriente hablando maravillas de aquel anciano que curaba todo tipo de males, y ella, renuente a pasar por el quirófano para extirparse el tumor que crecía en sus ovarios, decidió probar suerte. Tras palparle la pelvis y rociarla con humo de tabaco durante cuatro consultas, Yito estimó que estaba sana. Sin embargo, recomendó un ultrasonido para salir de dudas. Unos días después, dice, Yamilé sonreía calmada frente a unos médicos boquiabiertos, incapaces de explicar la repentina desaparición del tumor.

—Cuando mi hermana vino también le pidió que me atendiera y le trajo una foto mía para que desde aquí curara mis dolores en los huesos, porque él también puede hacer curaciones a distancia si le traes una foto del enfermo –me dice Mirta.

—¿Y la curó? –pregunto.

—Sí, aunque no del todo. Pero me he sentido mejor desde entonces y los dolores son mucho más suaves. Creo que si me trata directamente me curo completa.

Luego Mirta expone su teoría sobre los poderes de Yito (presumiblemente dados por santos y espíritus en forma de energía), que se vuelven más eficientes mientras más cerca se apliquen del enfermo.

Además de la reglamentaria hoja de tuna que Yito exige llevar a sus consultas, Mirta ha traído una foto de su hijo, quien vive en Estados Unidos y ha perdido ya bastante tiempo y dinero en tratamientos para poder fecundar a su esposa. Según Mirta, si los rumores son ciertos, "el milagroso de Punta Brava" también tiene la habilidad de hacer fértiles a hombres y mujeres.

—La distancia es mucha. ¿Cree que pueda hacerlo?

—Si lo crees, claro que sí. Al final esto se trata de fe –contesta.

***

—Con 82 años que tengo, sigo siendo un misionero de San Lázaro. Fíjate, no soy un babalawo ni nada de eso. Yo soy un curandero –suele decir Yito a quienes entran a consultarse, da igual si es su primera vez o no. Quien acude a su magia sale curado y con el plus de un minucioso resumen de sus casos resueltos más notorios.

Una mezcla de agudeza y escepticismo hace que asome la sospecha de que los milagros de Yito son un efecto placebo producido por la repetición constante de su historial sanador y el inevitable intercambio de testimonios que suele darse entre quienes esperan la consulta. Pero entre los poderes de Yito está desdibujar las fronteras de la incredulidad más férrea, y no es igual de explicable un dolor disminuido que un tumor repentinamente ausente o una soriasis curada de la noche a la mañana.

Pese a considerarse un misionero de San Lázaro, Yito dice no pertenecer a religión alguna. Su fe es un complicado sistema

híbrido de creencias que van desde los santos católicos que tiene representados en todas las formas y tamaños en su cuartico de curaciones, hasta espíritus y deidades yorubas o el enlace de invisibles energías del cuerpo y el entorno, algo más propio de las culturas orientales.

—Pero por mi profesión es San Lázaro quien más me habla. Yo soy su ahijado y en su nombre hago milagros. Cuando no encuentro una solución o una cura llamo a un amigo y le pido que me lleve al Rincón. Allí le cuento mi problema a San Lázaro y él me indica qué hacer. No me habla directamente, sino a través de una idea que me llega así, de pronto. Mi poder viene de él y solo él puede ayudarme.

Yito reconoce que no ha sido el único ahijado de San Lázaro. Incluso cree en cierto carácter hereditario de esta conexión divina.

Cuentan que su abuelo, dueño de una pequeña finca en la zona más occidental de La Habana, también tuvo el "don". Cuando un potrero tenía el ganado infestado de garrapatas, el abuelo llegaba con un trozo de palo para acariciar a las vacas, después se daba media vuelta y al grito de "¡Me voy!" las garrapatas caían muertas en el suelo. Otras veces socorrió a personas adoloridas que se mejoraban luego de un leve pase de aquellas manos toscas de guajiro.

Con cinco años Yito vio a su padre caerse de pronto, tras soltar un grito de dolor a causa de lo que parecía una complicada úlcera en la pierna. Asustado y con el recuerdo reciente de la muerte de su madre, acudió rápido a su abuelo. Este lo miró muy serio y le dijo:

—Tú tienes el don y vas a curar a tu padre. Sal y busca la mata que lo va a sanar.

—¿Y cómo voy a saber qué mata es? -preguntó Yito.

—Lo vas a saber. Ve y regresa rápido.

El muchacho agarró su bicicleta y comenzó a pedalear sin rumbo, pero a los pocos minutos la catalina se partió. Varado en un camino inhóspito pensó en la decepción que iba a provocar en su abuelo cuando este lo viera regresar con las manos vacías. Casi estaba decidido a volver, pero de golpe advirtió que en aquel paisaje agreste solo crecían plantas de tuna. Tomó unas cuantas hojas sin vacilar y una vez en la finca las frotó con éxito sobre la úlcera de su padre. No obstante, de poco sirvió aquella curación, pues unos meses más tarde Yito quedó completamente huérfano, al cuidado de su tío y sus abuelos.

—A partir de ese día mi método es con una hoja de tuna. Lo mío es natural. Yo no estudié medicina ni nada. De niño, ya con mi tío y mis abuelos, trabajaba en el campo y no era fácil. La gente venía a curarse conmigo y los atendía de seis de la tarde a 12 de la noche para poder levantarme temprano e irme a ordeñar las vacas. Después Fidel se hizo cargo de lo que no era de él y nos quitó la finca para darnos esta casita que todavía tengo. Pero la gente conocía de mi don y, hasta el día de hoy, vienen a verme aquí.

***

—Hay gente que viene aquí desde Pinar del Río, Guanajay y de todos lados. ¡Hasta extranjeros han venido aquí! Según

tengo entendido, Yito es bastante milagroso, pero no puedo decirte de dónde saca esa magia. No quiero ni pensar mucho en eso porque soy muy incrédula, aunque conmigo está funcionando. Además, si la gente viene de tan lejos es porque funciona, ¿no? –me dice Zoraida, mientras sonríe y agita la pierna de la que cojeaba antes de atenderse con Yito.

Unos minutos más tarde Yito se asoma a la puerta del patio y me pide que le acompañe. Entramos al cuarto de curaciones, un pequeño espacio cúbico de paredes de cemento y tres agujeros por ventanas. Antes de entrar es recomendable traer una hoja de tuna, aunque esto es algo que solo saben quienes han venido otras veces o ya conocen en detalle los métodos del milagroso de Punta Brava.

Al no llevar nada encima, Yito me ofrece una de las tantas hojas de tuna que guarda en una esquina del local. La planta viene a ser una especie de placa, o mejor, un eficiente somatón donde, una vez pelada a golpe de cuchillo, solo el sanador puede leer el resumen clínico del paciente, siempre que este último la haya colocado bajo sus pies.

—Vine por unos dolores de espalda tremendos que no me dejan dormir –le digo.

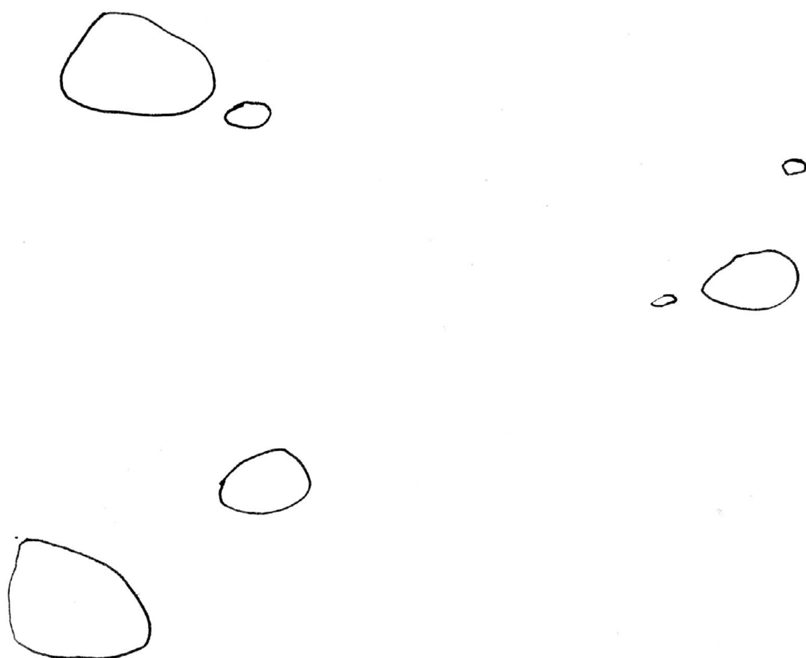
Él, sin apartar los ojos de la hoja, agrega:

—Sí, lo veo, y también por un problema en los riñones. Aquí dice que puedes tener un problema en los riñones. Pero tú tranquilo, yo te voy a curar.

El curandero posa sus manos en las zonas supuestamente dañadas y da unos golpecitos. No parece ser nada grave, ya que, si lo fuera, quizás rociaría humo de tabaco o salpicaría ron. El proceso en sí es rápido, aunque suele demorar un poco por la narración exacta que hace este hombre de sus milagros.

—A distancia he curado a muchos, ¿sabes? Solo tienen que traerme una foto suya o una pieza de ropa sudada que guarde el calor de la persona y con eso trabajo –dice Yito.

***



En el cuarto hay piezas de ropa y fotografías de personas por todas partes. Hay, incluso, hasta imágenes de ultrasonidos, todo a los pies de cuadros del Sagrado Corazón de Jesús o de estatuillas de santos católicos, vírgenes, indios en poses desafiantes y muñecas ataviadas con prendas blancas. Lo que más abundan son esculturas de San Lázaro, a veces blanco y a veces negro, algunas de un metro de altura, hechas de cerámica, con ese estilo poco detallado en sus formas y torpemente pintadas, tan clásico de las tiendas de artículos religiosos que pululan en La Habana. El resto del espacio lo ocupan flores, un sombrero, una vasija con restos de tabaco, caracoles, copas, botellas de ron, páginas de periódicos.

—Mi método es operatorio, es decir, que yo opero. No soy médico para operar, pero le llamo así.

—¿Y alguna vez un médico le ha criticado sus métodos?

—¡Qué va! Si hasta los médicos vienen a verme para que les cure –me dice entre risas, y recuerdo que justo unas horas antes había hablado con un doctor del Instituto Pedro Kourí, quien había venido con una fotografía de su esposa para curarla de “unas misteriosas sangraciones vaginales”.

Como este médico, según el testimonio de Yito y de buena parte de sus pacientes, han venido otros tantos que, cuando no encuentran en la medicina remedio para sus pacientes, echan mano a la magia del “milagroso de Punta Brava”.

Yito cuenta que conoce muy bien las salas de los hospitales de La Habana, en especial las de terapia intensiva. Algunas

veces son los médicos y otras los familiares de los enfermos quienes le llaman, casi siempre en situaciones extremas. Una de las historias que más le gusta narrar es la de una moribunda a la cual sanó de inexplicables afectaciones en casi todos sus signos vitales. Al pasar sus manos sobre el cuerpo inerte encima de la camilla, Yito entendió de qué se trataba.

—Tráiganme una paloma viva y un coco –ordenó a los familiares de la enferma.

Una vez obtuvo lo que pedía, frotó el coco por las extremidades de la mujer y después la paloma, pero el ave, al pasar por el pecho, se retorció de súbito y murió.

—Esto es un cambio de vida. Un palero le está chupando la vida a esta mujer para dársela a alguien más. Pero tranquilos, que yo la salvo y le devuelvo el cambio de vida al que se lo está haciendo –dijo Yito, y tras un pase de sus manos y algunas gotas de su agua mágica bautizada por las "siete potencias", devolvió la salud a la moribunda.

La magia de Yito parece superar la sanación física. A veces puede sanar espiritualmente, abrir los caminos o despojar las malas vibras. Pero, sin duda, una de sus habilidades más curiosas se desarrolla en un ambiente místico algo difícil de concebir. No queda más remedio que echar mano a términos propios del mundo espiritista para hablar de los combates extrasensoriales de Yito con otras personas dotadas de un don similar al suyo. Es una especie de duelo de hechiceros, una guerra invisible a los ojos comunes llevada a cabo en un campo de batalla, digamos, astral.

—Yo puedo revirar el mal que le hacen a la gente, saber de dónde viene y evitarlo. Quedan pocos paleros de verdad hoy en día, pero los hay, y a veces están para joderle la vida a otras personas –me cuenta.

Como sea, "el milagroso de Punta Brava" dice intervenir siempre en favor de la vida y la salud de la gente, es decir, que es "de los buenos".

***

De todas las fotos que abundan en su cuartico de curaciones, Yito solo aparece en una. La sonrisa de mejilla a mejilla, viste sombrero y guayabera, y lo escoltan gente muy alta y alegre.

—Eso fue en Viena, cuando salí del país por primera y única vez. Fui a atender el caso de una mujer con soriasis que vive allá y me invitó para curarla porque estaba desesperada. El cónsul de Austria se puso pesado para darme la visa, pero al final me la dio y estuve viviendo con esa familia dos meses. Claro, yo sané a esa mujer en 12 días y el resto del tiempo me la pasé curando gente que me traían. Por suerte me había llevado mis tunas, mis cocos y mi aguardiente para allá –dice mientras observa la foto–. Yo pensé que me conocían solo en Cuba, pero ya ando internacional.

—¿Y nunca ha pensado cobrar?

—¡Qué va! La gente puede dejar sus kilitos a San Lázaro, y yo cada cierto tiempo los reúno y los llevo al Rincón, o pueden donarme algo. Pero nunca pido nada. Recuerdo una vez que vino un colombiano a atenderse y lo curé. Cuando vio que lo

mío daba resultado me miró muy serio y me dijo que debía cobrar y que en su país, viviendo de esto, podía tener mejores condiciones. Y yo le contesté: “No, porque yo estoy para dar salud, no por dinero”. El que nace con un don sabe que si lo explota, lo pierde. Esas son las reglas.

Yito tampoco ha pensado en abandonar el país, pese a tener a dos de sus tres hijos y a cuatro nietos viviendo en Estados Unidos. De hecho, no quisiera ni alejarse del pequeño Punta Brava, un reparto con aires de pueblo, a medio camino entre el espíritu campechano y el citadino, tan propio de los límites de La Habana.

***

Iván es el único nieto de Yito que vive en la casa. Es un muchacho inquieto y, como corresponde a su edad, poco le importa el futuro. Por ahora prefiere montar bicicleta y memorizar los bailes de moda en el mundo del reguetón cubano. Sin embargo, su abuelo asegura que es Iván quien seguirá su legado. Iván, parece, ha heredado el don.

Hace unos meses, mientras Yito limpiaba su cuartico de curaciones, el niño llegó y se colocó su manojo de collares.

—Papi, ¿qué estás haciendo? –le preguntó Yito.

—Voy a curar a Mima, que está malita abajo de la mata de aguacate –contestó Iván, y se fue a pasarle la mano a su abuela, Dulce, que sufría de fuertes dolores de cabeza y arritmias cardiacas.

Iván imitó los movimientos que tantas veces vio hacer a su abuelo con los pacientes y, tras unos minutos, logró calmar a Dulce. Mientras tanto, Yito lo observaba con una alegría casi infantil, recordando aquella vez, diez años atrás, en que su nuera acudió a su magia para salir embarazada.

—Él nació por mis poderes, por tanto, él también es ahijado de San Lázaro.

***

Dulce Martínez podría ser la única persona que conozca todos los secretos de Yito. 56 años a su lado la han convertido en testigo de todos sus milagros, aunque poco o nada puede decir de ellos.

—Todos estos años la gente ha venido y se ha curado. Por todas partes hablan bien de él, pero yo no puedo decirte nada sobre sus poderes. Yo tengo un problema de los nervios por el que dejé de trabajar muy rápido, así que no tengo pensión. También soy asmática crónica, tengo de todo, ¡hasta las piernas tengo chivadas! Él lo intentó todo conmigo, siempre ha tratado de curarme… y nada. Me dice que parece que sus poderes no pueden usarse para beneficio personal, y como yo soy su esposa, pues no funcionan conmigo –dice esta viejita menuda y de expresión triste.

Dulce se casó con 19 años, Yito tenía 26, y desde entonces pocas veces ha cruzado los límites de Punta Brava. Vive prácticamente encerrada, viendo durante décadas desfilar a todo tipo de personas frente a la puerta de su patio. Antes, cuando Yito trabajaba en las vaquerías de Niña Bonita, brindaba agua

a los pacientes mientras esperaban al curandero. Eso sí, jamás los dejó entrar a la casa.

—¿Cómo es vivir con un hombre como Yito?

—Yito es un hombre raro. Creció huérfano y, aunque no lo parezca, es un hombre independiente y solitario. Trabajó casi toda su vida en vaquerías y después regresaba a curar gente. Lo difícil es siempre el gentío que se le forma aquí todos los días. Eso es lo único que no me gusta. Pero es su trabajo y lo hace bien.

Las reglas de la consulta dictan que son cuarenta personas diario, de lunes a viernes, atendidas siempre entre las seis de la mañana y el mediodía. Sin embargo, casi todos los días Yito se muestra indulgente y extiende las curaciones hasta las cuatro o las seis de la tarde. Cada vez más, siente cómo este ritmo de trabajo afecta su salud, deteriorada ya por las secuelas de un infarto y el desgaste propio de sus 82 años. En ocasiones ni siquiera almuerza o conversa con su familia, entonces se enoja consigo mismo y promete que cumplirá de forma estricta con su horario, pero al final termina por ceder a los caprichos de sus pacientes.

–La gente es muy desconsiderada. Vienen a cualquier hora y sin turnos, y uno está cansado y quiere mandarlas pal carajo, pero las ayudo al final. Aunque eso sí, solo ayudo al que llega a curarse, no a los que vienen a pedirme que los haga babalawos ni paleros –dice Yito.

Algunos encuentran en él una suerte de guía religioso capaz de iniciarlos en el universo mágico de los males de ojos, las

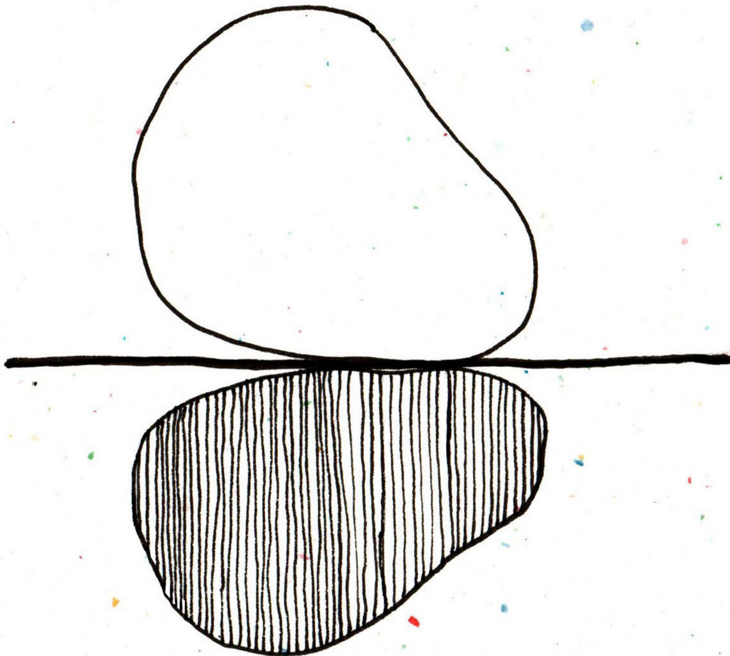
brujerías y, a su vez, en la defensa contra este tipo de ataques. Otros, en cambio, vienen preocupados por lo mal que les ha ido en los últimos días y preguntan si acaso cierto malintencionado les ha lanzado una maldición.

—No quisiera que confundiesen mis collares y mis creencias con eso. Yo no soy un brujo, ni palero, ni babalawo, ni padrino de nadie. Acuérdate, mis poderes son de San Lázaro y yo soy su ahijado, "el milagroso de Punta Brava" –dice y nos despedimos.

Todavía algunos esperan frente a su puerta. Se les nota ansiosos, quizás por el hambre o el calor del mediodía que se acerca. Todavía, también, continúan las molestias en mi espalda, y así seguirán. Del cuarto de curaciones no he podido salir con nada más que una historia, que es bastante y, en definitiva, cuanto vine a buscar.

Tal vez Mirta tenía razón y todo, al final, solo se trate de fe.





La máquina de limpiar cangrejos

Yandrey Lay

(*OnCuba News*. Abril 1 de 2018)

La Máquina se llama Maikel Aguado López y tiene 31 años.

La última vez que los apostadores vinieron, estaba acuclillado en el piso de su casa, desguazando cangrejos.

—Este es el tipo –señaló uno de los hombres.

Los demás se pararon en la puerta de Maikel. Él apenas levantó los ojos, nunca les presta mucha atención. Está acostumbrado a la curiosidad de la gente y a esos apostadores que vienen de vez en cuando.

—De verdad que es rápido –admitió uno.

Sacaron un cronómetro, otro trasteó un poco su celular. Comenzaron a tomar el tiempo. Al cabo se escuchó en el grupo una risita nerviosa.

—Socio –uno de los hombres se acercó a Maikel–, de verdad que usted es La Máquina, el "Guan", el Uno.

Acto seguido extrajo un fajo de billetes del bolsillo, contó veinte de a 100 pesos y se los tendió a uno de los que vino con él. Luego se pasó la mano por la boca.

—A este tipo no hay quien le gane sacando masa de cangrejos —dijo con falsa alegría y tomó el camino hacia el cercano parque de La Güira.

—Aquí ha venido muchísima gente –asegura la mujer de Maikel, sacando la cabeza por detrás de una pared–, pero hasta ahora no hay nadie más rápido que él.

La Máquina levanta los ojos y sonríe:

—Ayer traje más de ochenta cangrejos. Empecé a las ocho de la mañana y terminé a las dos de la tarde. Yo solo.

Por detrás de la conversación se oye el toc toc inflexible de la paleta sobre el bloque de madera, el único sonido que se escucha por las mañanas en esta casa de cangrejeros. La dinastía que fundó el abuelo, Luis López Torna, llega hoy hasta sus hijos y nietos y probablemente algún bisnieto herede el oficio que Luis ejerció por más de treinta años en los manigüales de Caibarién.

—Para coger los cangrejos hay que caminar bastante, unos diez o doce kilómetros —explica Maikel, con la cabeza gacha, concentrado en su trabajo—. A veces por la prima noche, la madrugada o por la mañana, bien temprano.

—Es un oficio emocionante, divertido —añade Alexis, un primo de Maikel que, aunque lejos del paso de este, también se afana sobre una pila de cangrejos—. Lo malo es que uno puede tropezarse con perros jíbaros, avispas. Y siempre están los mosquitos.

—¿Perros jíbaros? –pregunto.

—Sí, ellos también salen a cazar cangrejos –Alexis me mira con los ojos entrecerrados–, aunque son inofensivos cuando están solos.

Saca un macho grande del saco, y le arranca las patas y las muelas.

—Sin embargo, en manada son peligrosos –agrega–. A veces hemos tenido que cruzar canales o subirnos a una mata huyendo de ellos.

En la zona costera de Caibarién hay cangrejos todo el año, pero en verano ocurre una sobreabundancia, la llamada "corrida", que coincide con la época de apareamiento y migraciones. También influye el movimiento de la luna, me asegura Alexis, sobre todo cuando está en menguante.

—Sacamos uno o dos sacos por noche –dice Maikel y le tira un pedacito de masa al gato negro que espera a su derecha.

El gato atrapa la carne en el aire y, no satisfecho con la ganga, va directo a rebuscar en el montón de cascarones que crece frente a La Máquina. El montón de Alexis es mucho más pequeño.

El proceso para extraer la masa de los cangrejos dura de cinco a seis horas, dos o tres veces lo que demora cazarlos.

—Sacar la masa también es fácil para el que sabe –afirma Maikel–. Pero muy poca gente tiene práctica en esto.

—Una cosa es ser rápido y la otra es sacar la masa con la menor cantidad de huesos posibles –explica Alexis, arrugando el entrecejo.

—¿Y cuál es el secreto para hacer este trabajo?

Maikel para de golpear sobre el bloque de madera y me indica el exterior de la casa, donde se ven los calderos y los restos del fuego mañanero.

—Hay que cocinarlos al vapor para que la masa salga blanquita y se desprenda del cascarón.

Allí, junto a los calderos, están las cabezas de los cangrejos decapitados y montones de desperdicios como el que se ha formado delante de Maikel.

—El cangrejo vivo es azul, pero cuando le das suficiente vapor se pone amarillo –levanta dos por las tenazas y me los acerca a la cara–. El color lo define todo. Si no se pone amarillo, todavía está crudo.

Esquivando desperdicios, sacos con cangrejos y hasta sus propios nietos, el abuelo Luis cruza la salita. "Está medio sordo y ciego", murmura Alexis, señalándolo. Como si lo hubiera escuchado, el abuelo posa la mano sobre la cabeza de La Máquina y grita:

—A este le enseñé yo a cazar cangrejos.

Se ríe en voz alta y comienza a contar la historia de cuando llevaba a Maikel con doce o trece años a caminar por los montes.

—Se quedaba dormido apoyado en el gancho.

—¿Por las noches? –pregunto.

—No, de día –dice el anciano y suelta una carcajada nerviosa.

Llega un hombre con un nailon pequeño que le alcanza a Alexis:

—Échame aquí dos laticas de masa.

Cuando recibe de vuelta el nailon, el hombre paga con un billete de veinte pesos.

—¿Ustedes salen a vender la masa de cangrejo?

—No, la gente del pueblo viene aquí mismo a buscarla —confirma Maikel–, tenemos muchos clientes.

—Vienen de Placetas, de Santa Clara, de Camajuaní, de Remedios –agrega Alexis–. ¡Hasta de La Habana! Aquí vienen de todos lados.

Les digo que debía ser duro mantener esa clientela.

—No, porque nosotros salimos a cazar todos los días –Maikel abre las manos, llenas de pequeñas cicatrices–. A veces descansamos un día, sábado o domingo, pero lo de nosotros es coger cangrejos.

—¿Siempre hay tantos como ahora?

—De diciembre a abril se pierden un poco, pero los sacamos de las cuevas con un gancho.

Alexis se pone de pie y busca el gancho, que estaba guardado en el baño. Es un alambre de grosor medio, curvado en el centro y con una pequeña lengüeta en la punta. Bien derecho, el gancho le sacaría una cuarta a Alexis.

—Tiene 1 metro y 85 centímetros –dice el cazador mirando el alambre–. Las cuevas miden de dos a tres metros, incluso más. Por eso es tan importante la habilidad del cangrejero.

—¿Hay algún método para sacar los cangrejos de las cuevas?

—Es un trabajo que lleva mucha práctica. Hay que abrir la cueva, cortar las raíces (si las hay) con un machete y rebuscar en ella. Las cuevas tienen muchas vueltas. A veces el cangrejo se esconde arriba y uno tiene que jorobar el gancho –aumenta con la mano la curvatura del alambre– para cogerlo.

Mientras Alexis conversa conmigo, Maikel va dando cuenta rápidamente de su pila. Para regresarlo al diálogo, le pregunto si tiene muchos rivales en Caibarién.

—No, rival yo no tengo ninguno.

Alexis mueve la cabeza y asegura:

—Ni mi tío Luis, que también caza cangrejos en Cambaíto, es tan rápido como él.

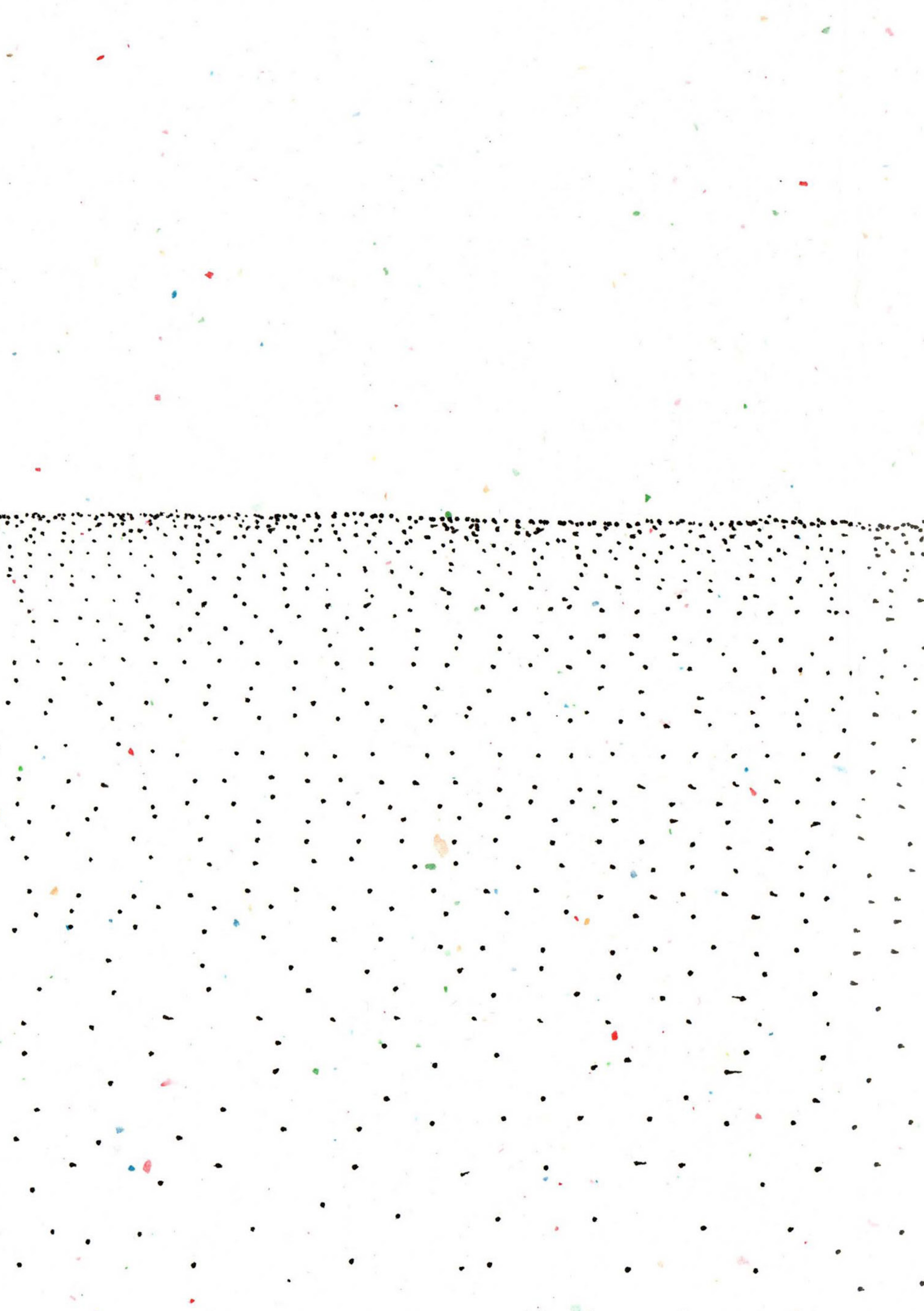
—Sesenta o setenta latas de masa yo solo –Maikel abre de nuevo las manos–, eso no lo ha hecho nadie en Caibarién. Ni lo han hecho, ni lo van a hacer.

El abuelo Luis vuelve a cruzar la salita. “A estos los enseñé yo a cazar cangrejos”, repite. Maikel alza la vista.

—¿Y cómo me dicen a mí? –le grita a su abuelo, pero como no le contesta, el mismo Maikel se responde:

—¡La Máquina! ¡La Máquina!





Los rostros de la sequía

Julio Batista Rodríguez y Jesús Jank Curbelo

(*Periodismo de Barrio*. Julio 3 de 2019)

Adela

Adela Pantoja quería ser enfermera. Pero cuando terminó la secundaria en la Isla de la Juventud, en los años ochenta, tuvo que virar para La Loma, donde nació, a unos veinte kilómetros de Madrugón, en Santiago de Cuba. Regresó a cuidar de sus padres viejos y enfermos. A trabajar el campo. Empezó en el café a los diecinueve. Parió a los veinte. Con treinta años y dos hijos conoció a Mayito, que tenía un divorcio y cuarenta y dos años. Se juntaron y fue a vivir con él.

Desde entonces, todos los días de Adela se parecen. Se despierta a las cinco de la mañana, hace el desayuno y luego sale a la finca. A las once suelta la azada y se va a hacer almuerzo. Cuela café, limpia el jardín, barre, les echa agua a los animales. A las tres y media regresa al campo hasta que anochece. Su único tiempo libre es en la noche, para sentarse un rato frente al televisor.

Intento hablar con ella para que me explique cómo se cultiva la tierra en uno de los lugares más secos de Cuba, pero es Mayito quien relata, quien corrige las fechas y quien termina por dominar la conversación.

Él dice que a la sequía de hace tres años, que terminó por matarles casi todos los ovejos y reses, sobrevivieron gracias al pozo. Ese es el corazón de la finca de siete hectáreas, el que permite cosechar tonelada y media de frijoles al año, o cortar en una tarde sesenta racimos de plátano para enviar a los mercados de Santiago de Cuba.

Poco más de tres meses tardaron en construirlo. Noventa y siete días para abrir un agujero de diecisiete metros de profundidad. “A pico limpio”, repite él para remarcar la hazaña familiar. Adela explica en voz baja que antes había otro pozo que se secó, que buscaron, buscaron y dieron con este como a diez metros del anterior. Dice que ella no dio pico, pero que con el mulo haló una cantidad de tierra enorme. Me lee la inscripción en el brocal del pozo:

—Dice: “Fecha de inicio, 10/12/2011. Culminó el 15/03/12, en saludo al cumpleaños de mi hija Mayelín. En esta obra trabajaron Osmay Tejeda, Yordanis Tejeda, el mulo Clavel, el toro Coronel…”.

—¿Y usted, Adela…? –le pregunto.

—Ah, y nosotros…

Pero su nombre no está allí.

Luis

Diecisiete casas en una montaña y Luis siempre caminándolas despacio, a bastón, observándolas. Luis y las casas

tienen esa sombra de las cosas con polvo. Él está obsesionado con la lluvia desde que cae poca en Arroyo Llano, un caserío a más de 300 metros de altura, en la Sierra Maestra. Luis repite: “Yo arrancaba la raíz desnuda en los cafetales, la sembraba y no fallaba una mata. Pero llovía. Ahora ya no llueve”.

Él nació en esta zona. Tiene setenta y seis años y ayudó a construir Arroyo Llano a principios de los ochenta. Tenían 200 reses, 200 ovejos, 22 mulos, y había fechas en que recogían 10 000 latas de café. Pero llegó la seca y, con ella, la poquedad. Las reses, por ejemplo, murieron a montones. Había cadáveres entre las cercas. Los amigos de Luis se fueron yendo, y las 10 000 latas ya no pasan de 2 000.

—Esto está en decadencia. No es como en el llano, que al ganado le sobra la comida. Aquí estamos esperando a si llueve, para que salga hierba.

Su vida: la agricultura. Empezó a trabajar con siete años. Luis sabe, por ejemplo, que el plátano burro se siembra en primavera: marzo, abril, mayo, junio, porque en noviembre viene el viento norte y lo castiga, la mata no crece. Luis, como casi todos en Arroyo Llano, se apellida Rosales. Todos esos Rosales son familia. Menciona su matrimonio de cuarenta y cinco años, menciona par de hijos, cuatro nietos, una bisnieta…

—No tenemos regadío. Todo es a base de la naturaleza. Tú ves algún regadío en el llano, allá abajo, pero parece que nosotros no tenemos derecho a producir.

Nena

Nena tiene como sesenta años –no está segura– y un patio de tierra sembrado con plátanos, frijoles, boniatos; una parcelita a casi un kilómetro de El Socorro, un pueblo medio roto en Alto Songo. Nena sembró sola, cosechó sola y de ese trabajo comieron sus hijos, porque un día Nena sorprendió a su marido con otra, se dieron unos golpes, y el hombre se desentendió de Nena y de los cinco muchachos. "Desde entonces no tengo marido ni lo quiero".

El rancho donde vive tiene electricidad y un baño afuera. El agua hay que buscarla o esperarla del cielo. Nena va todos los días al pozo y a cortar leña que trae a la cabeza. Cocina con queroseno que le toca cada tres o cuatro meses por la cuota: doce galones cada vez. Ya sus hijos tienen cuarenta años, ya se fueron, ya a Nena se le va la memoria con la vida. "Yo me levanto por la mañana y si tengo deseos voy al campo, si no, no voy. Me pongo a trajinar en la casa": techo de tejas, muebles desvencijados, agujeros entre las tablas, un bombillo, penumbra, piso de tierra, tristeza.

Georgina Castillo, la madre de Nena, tiene un bohío frente al platanal y dizque sesenta años, no se acuerda. Según Nena, debe tener ochenta. Una negra magnífica, encorvada pero imponente, la nobleza pura. Con siete hijos. Georgina hasta hace poco tenía su huerto pero ya no puede ni levantar un pico. Nena la atiende. En casas separadas viven juntas.

Hace dos días que Nena no baja al patio. La última vez desyerbó los cultivos. Ahora está atendiendo dos puercas que tiene

preñadas en un corral. Le da alegría que uno de sus hijos viene a visitarla de vez en cuando. El resto del tiempo Nena y Georgina se lo pasan solas, sin estar seguras de qué día es, de qué hicieron ayer.

Nieves

Sobre las seis de la mañana los campesinos salen rumbo al cafetal y Nieves oye esos pasos, los murmullos, los sonidos del amanecer. Entonces se levanta y pone a hervir agua para bañarse y para el café.

Nieves Mojena llegó a Arroyo Llano en 1984, a visitar a su hermana. Se casó y se quedó. Trabajó un tiempo en la sala de televisión del pueblo, otro como custodio de la escuela, pasó cualquier cursito culinario y asumió sola, hace doce años, el trajín de cocinar para la cooperativa, que es cocinar para casi todo el pueblo. Cincuentona, pelirroja, nerviosa, mientras cuela el café Nieves calcula cuánta gente fue al cafetal y saca las cantidades exactas de ingredientes. Hoy, por ejemplo, preparó ocho libras de arroz (un caldero grande), tres libras de chícharos (dos ollas), plátano hervido y una pieza de pollo para cada uno, muslo o contramuslo. A veces hace chilindrón de chivo o carne de puerco o mortadela en salsa.

A las once y media los recolectores pesan el grano recogido y descansan. Es la hora de Nieves: hace entrada. Le gusta hacerla a tiempo porque, dice, “así se adelanta la producción. También recojo para que no haya un pico de maduración y se bote café”. Por cada lata recibe dinero extra. Su salario como cocinera es de 500 pesos al mes.

—Estamos pensando construir una casa en los cafetales y cocinar ahí. Más fácil, porque yo monto la olla y voy con la canasta, recojo un poco, voy, miro la olla… Así comen caliente.

Los días rápidos, Nieves vuelve del campo sobre las tres de la tarde. Los días lentos, cuando oscurece. “Cuando llegue esta tarde hago congrí, y con el pollo que hice para la casa ya tengo la comida” (el almuerzo de los trabajadores corre a cuenta de la cooperativa; el de la casa, a cuenta de ella y su esposo). Por la noche prepara una merienda y ve televisión. Hasta que a las diez apaguen la planta, el pueblo quede a oscuras y Nieves duerma, y otra vez escuche a los campesinos camino al cafetal.

Reinaldo

Hace demasiado tiempo que Reinaldo Mestre hubiese querido sembrar café o plátanos en su parcela, pero le dijeron que no lo hiciera. Y no lo hizo, porque allá, justo donde tiene sus cultivos, debía correr la mayor vía de transporte de la Isla.

Reinaldo llegó en 1981 a El Socorro, uno de los asentamientos a la orilla de la Carretera Central, entre los poblados de Songo y La Maya, en Santiago de Cuba; cuando el sueño de la gran Autopista Nacional A1 –que uniría Cuba– aún estaba en marcha.

Pero a inicios de los noventa se paralizó la construcción de la A1 y en El Socorro entregaron parcelas a los campesinos para que no estuvieran ociosas, para que pudieran producir comida en medio de la crisis económica que vivió el país. Una de esas parcelas la recibió Reinaldo.

Por entonces les dijeron que la ubicación sería temporal, hasta que se reanudaran los trabajos constructivos. Y como la noticia podría llegar de un momento a otro, no debían sembrar cultivos que demoraran en cosecharse, como el café. Al menos eso le dijeron entonces y Reinaldo, obediente, siguió las instrucciones.

Lo temporal se ha extendido y la punta de la carretera inconclusa sigue en el mismo sitio en el que paró hace casi treinta años: a unos doce kilómetros de Songo. En todo ese tiempo, en el campito que depende totalmente de la lluvia, sin sistemas de regadío y sin agua para hacerlos funcionar, Reinaldo se ha resignado a esperar y a soñar con una plantación de café. Esperando se le ha ido la vida.

Hoy, con ochenta y cinco cumplidos, un riñón de menos y una chequera de 200 pesos, Reinaldo sigue en El Socorro; en la misma parcelita que a veces no produce lo suficiente como para vender; en la misma casa de madera, techos de teja y piso de tierra hasta donde no llega el agua corriente.

Lejos de allí, el sueño inacabado de la Autopista Nacional es apenas una línea en los mapas, un proyecto de prosperidad no concretado en cuyo nombre Reinaldo puso sus sueños en cola.



Vivir y morir en Santiago

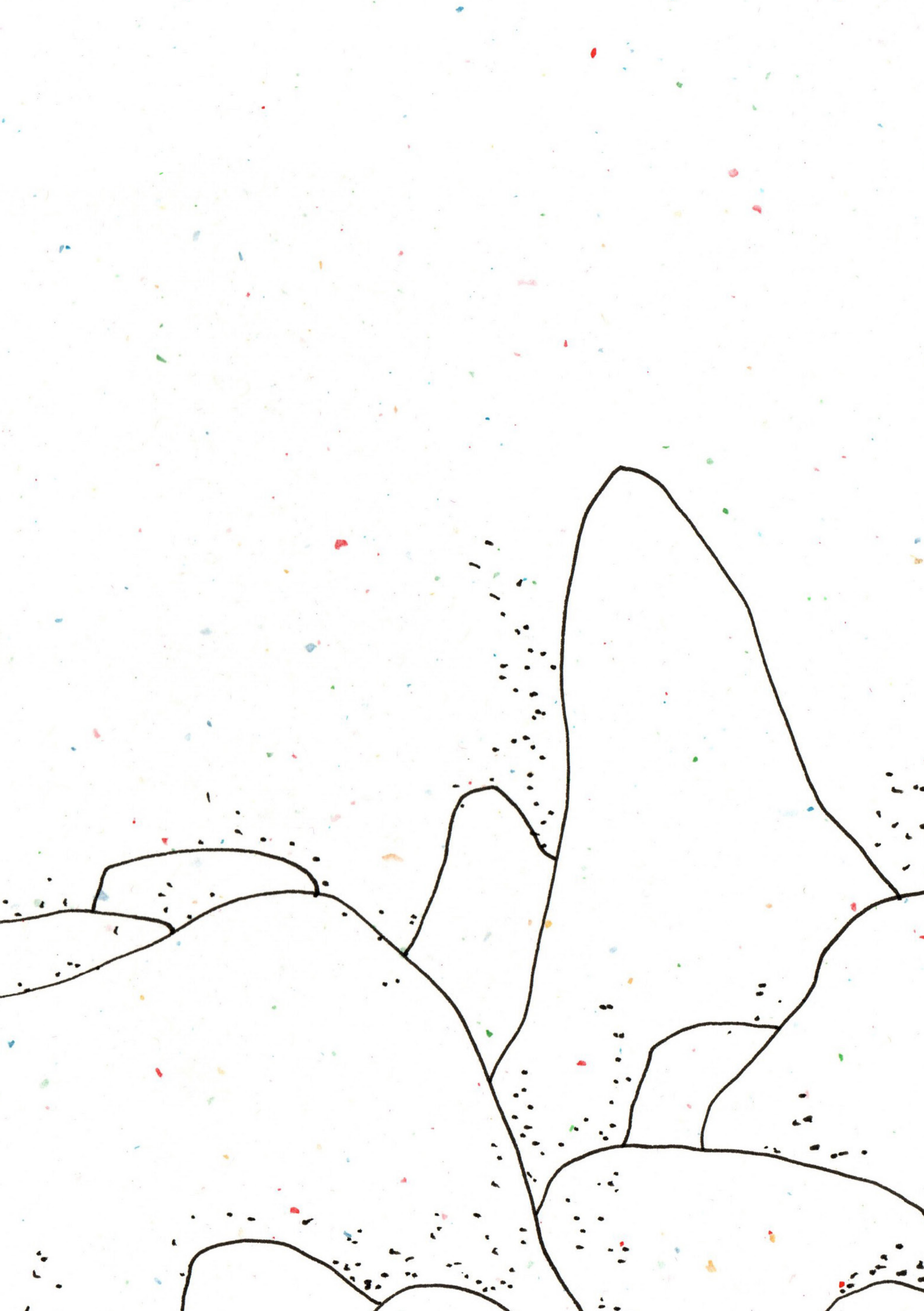
Carlos Melián Moreno
(*El Toque*)

La invasión [Julio 19 de 2016]

Le pasa a todo el mundo: despertar de la inmortalidad, es decir, darse uno cuenta de que es mortal, de que puede morirse en cualquier momento y que no hay opción contra eso.

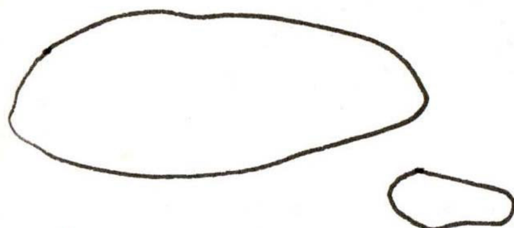
Yo desperté un día luminoso del Período Especial en que mis padres me enviaron por primera vez solo al médico. No recuerdo qué tendría, si fiebre o una cortada, pero me tuve que ir andando sin comprenderlo muy bien. No pasaba nada por la Carretera Central y permanecí allí un par de horas bien íntimas, escuchando moscas. Una carretera sin autos tiene ese enorme poder sugestionador: mi cerebro estaba fascinado con la idea de la muerte. De hecho, es lo único que recuerdo además de que parecía domingo, un domingo estático y sangrando sin sangre en una carretera sin autos. No sé si me entienden.

Antes jugaba a aterrorizar a mi hermano con la idea de la oscuridad total, de estar atrapado en esa nada negra para siempre. Y mi hermano lloraba. Puedo entender que sentía asfixia. Yo no, seguramente porque en el fondo nunca creí que la muerte fuera algo demasiado terrible.



Sentía angustia, pero creo que no tanto hacia la muerte como hacia el hecho de que no había poder alguno en contra de la muerte. La muerte en sí es un asunto menor. Al hombre le asustaría igualmente no poder morir, no poder descansar, podrirse en vida. Al hombre –como en aquel cuento de Piñera sobre el tipo que quiere dormir y al levantarse la tapa de los sesos tampoco lo consigue–, le haría feliz poder salirse, porque sería una opción a su favor. Al hombre –y a mi hermano– le desespera la falta de opciones.

En mi casa, por ejemplo, teníamos un almendrón pero no gasolina. Si mis padres eran tan impotentes ante un hecho como la falta de combustible, que a la larga es un problema menor en la vida moderna, cómo no serlo ante la muerte. Mis padres tenían justo el poder limitado de sus brazos y lo que podrían hacer con esos brazos. Nada más. Ambos raídos, flacos, preparaban el fogón de leña para hervir ropa y el humo les irritaba los ojos hasta sacarles lágrimas. La crisis apenas les dejaba espacio para asuntos tan inmediatos como qué hacer para comer esa tarde. Estábamos jodidos. Habíamos perdido la iniciativa. Me mandaron solo al médico.



Luego el país remontó. Vendimos el almendrón. Algunos hermanos se fueron y comenzaron a enviar remesas. Olvidé el asunto y volví a ser inmortal. Ser inmortal es tener opciones suficientes como para olvidar que se es mortal.

Supongo, por experiencia propia, que no es hasta después de los treinta en que uno va sintiendo, literalmente, en carne propia, ser mortal. El cuerpo se hace latente: llega este cansancio después de comer, alguna enfermedad que aparece de pronto, no poder amarrarte los zapatos porque la barriga creció, sentir tu propio aliento inyectado de un vaho pantanoso y hernias estomacales. Derivas sistemáticamente en la cuenta de que te deterioras y que no puedes hacer nada contra eso. Tu mente sigue joven pero tu cuerpo no. No hay opción contra eso.

Hace un par de semanas subía por la calle Enramadas cuando de pronto salió una conga. Cientos de mujeres y hombres iban tras ella. Comencé a filmarla como otros tantos imbéciles que lo filman todo con sus móviles para después borrarlo. Cada tambor cumplía una función específica y bien estudiada. Algunos tocadores parecían en trance, otros apenas trataban de seguir a esos que estaban en trance. El sol caía con toda su fuerza. La gente se tiraba una encima de la otra. Entré en esa multitud. Y comencé a emocionarme. Nunca había estado en el corazón de una conga y lloré sin saber dónde meter la cara.

A menudo, después de los treinta, el hombre descubre que tiene muy poco tiempo para recuperar el control de la situación. Algunos le pegan a sus mujeres, otros escriben panfletos en contra del poder, otros se tiran bajo el sol a arrollar con una conga. La conga es un ser vivo, se alimenta de personas que no

pueden hacer nada contra aquello que les usurpó la libertad de escoger. La conga vive de esa asfixia. La conga es una de sus últimas opciones. Me emociona esa deriva. O sea, la capacidad humana de crear opciones, cada una más ingeniosa o inútil que la otra. A otras especies les basta con comer, defecar y copular, a nosotros no. La conga es una opción grandiosa del santiaguero. Una vez al año todas las congas de Santiago y miles de arrolladores recorren la ciudad y se enlazan en lo que llaman: “La invasión”.



El poder en abismo [Mayo 18 de 2017]

Cabeceo al pie del teléfono, junto a la ventana que da a la calle. Estoy en el coro donde canta mi hija. Resuenan las voces de los niños desde lejos. Bajo esa letanía me duermo y despierto al mismo tiempo. Una mujer se acerca y se inclina sobre el teléfono. Marca un número, protesta en voz baja y se vuelve ansiosa, busca algo o a alguien.

La observo con un ojo abierto. Jabá, marchita, de unos 45 años. Algo en ella recuerda una acelga ennegrecida por el agua caliente, pero –ay– al mismo tiempo ese algo late y arde. Hay algo vivo, inclasificable en ella. No es la piel, no es el trasero deforme, tampoco el pelo oculto bajo una pañoleta. No sé qué es.

Entre negligente y amable la jabá le pide al custodio que le preste su Tarjeta Propia para una llamada. Se agotó la suya. Él marca el código y ella le da la espalda para hablar, de esa forma en que dar la espalda significa olvido.

Un conocido del custodio entra por la puerta, corren unas sillas plásticas y se sientan a conversar detrás de mí, quizá observándola. La acelga arde, despide calor.

Cierro los ojos, primero para que nadie me moleste, luego para oír mejor. La jabá habla de un hombre muy importante en su vida. El custodio y su amigo disertan acerca de tipos que son malas personas. Creo que me duermo.

Al rato el custodio se molesta, alza la voz –y creo que me despierto–, acusa a su interlocutor de no respetarle las vacaciones

(todo el mundo sabe que el custodio es un búho que vive allí, en la sede del coro, o sea, no es sólo su trabajo, es su casa). La jabá se vuelve hacia ellos, tapa el micro del teléfono y les ordena que hagan silencio. Los trata como a vagabundos, olvida que uno de esos vagabundos es el dueño del crédito que está gastando hace media hora.

Bajan la voz ambos, salen de la casona y dan una vuelta por la cuadra. Pasa más o menos una hora y la mujer sigue hablando sobre aquel hombre: un hermano o un marido que está distante, que está raro, que ella no sabe qué tiene, que ella comería tierra por él. A veces tiene arranques de histeria como una mona, otras veces luce controlada y le pide a la mujer que habla con ella del otro lado del teléfono que se calme.

El custodio regresa, entra a la casona, se arrincona… Debe conocer cada rincón polvoriento de esta casa. Bordea una columna, se aleja unos metros dentro del salón, vuelve sobre sus pasos, se sienta. Está sólo ahí, detrás de mí. La conversación con su compañero terminó mal, la jabá le gasta la tarjeta.

Le dicen El Indio. Es un tipo flaco, tostado, reducido por el alcohol, la masturbación y el cigarro. Un buen hombre. Un hombre pobre que gana diez dólares al mes. Un hombre sin mujer y sin hijos, que llama a su madre a La Habana todos los días con la Tarjeta Propia. Su madre, al parecer, es su única familia. Y la tarjeta, a la que le dedica una quinta parte de su salario, es acaso unos de sus patrimonios más valiosos.

La jabá se vuelve hacia el custodio. Abre de pronto los ojos y dice: “Mija, te dejo que esta tarjeta es del custodio”. Cuelga

y dice algo que no llega a ser una disculpa: “¡Ay mijo se me olvidó!”. Y se va calle abajo.

El custodio está molesto, muy molesto, habla pestes de esta mujer y sale a comprar cigarros. Los cigarros son su otra compañía. La jabá regresa casi enseguida chupando una paleta de helado y a la altura de la ventana del coro nuestras miradas se cruzan unos cuatro segundos. Al comienzo del cuarto segundo ella sonríe.

Su mirada es el final de esta crónica: es la mirada de aquella mujer que fue. Es lo que quedó. Y eso que quedó la mantiene en el ring. Uno puede seguir en el ring toda la vida aun cuando parezca una acelga hervida. Allá él, el custodio.

Pero también es la mirada del pícaro. Y en cada pícaro se esconde una especie de fracaso, el del sujeto que no pudo ser y fuerza un atajo. La jabá aferrada a un hombre distante e inatrapable, todavía necesita de un custodio, una cabeza sobre la cual pegar su pie para alcanzar el objeto amado.

El poder de un ganador precario (y quién no lo es) sobre un perdedor, y de un perdedor sobre otro perdedor. El poder en abismo.



Cementerio judío

Lianet Fleites

(*El Estornudo*. Enero 11 de 2017)

El chico dibuja su nombre sobre el papel. Su nombre es un trazo de electrocardiograma.

El chico tiene la nariz similar a una pequeña horqueta, la piel tostada pero rosácea, como toda piel extranjera cuando se asienta en el Caribe.

Quién quita y no. Y el chico se confunde con otros chicos, y el mito de los rasgos fue un tiro fallido en nuestra construcción. Tal vez el chico nació acá. Tal vez el chico se pierde en esa feria de rasgos que es Cuba. En cualquiera de los casos, el chico no se ha librado de la circuncisión; del reposo del sábado; de la abstinencia del cerdo, del conejo, de la leche, de los huevos.

Sabemos el día exacto en que murió el chico, pero no su fecha de nacimiento. De su vida solo conocemos su muerte: el 28 de tamuz de 5718. De la vida del chico solo podemos asegurar que creció, tuvo una o dos o tal vez más esposas, que le dieron uno o dos o tal vez más hijos.

Probablemente nuestro chico no huyera del exterminio nazi. A principios del siglo xx en Camajuaní se estableció una colonia hebrea considerable, lo cual sugiere que, probablemente,

no huyera del exterminio. Sin embargo, es curioso que en Villa Clara casi no queden judíos. Hubo, entonces, alguna clase de fuga. El judío es un errante histórico. Un judío radicado en Cuba no puede eludir el éxodo, porque este lo trasciende, lo constituye. Ser judío radicado en Cuba implica escapar por partida doble. No quedan restos de la colonia hebrea en Camajuaní. O sí, quedan restos: dieciséis tumbas.

Los signos hebreos sobre las lápidas dibujan pequeñas crestas. Tal vez nos hablen de los hombres y mujeres que fueron en vida, o de los hombres y mujeres que fueron de chicos, cuando los trazos del nombre no pertenecían al yiddish, o al hebreo de los sefardíes, o al castellano, sino a una lengua primaria: la sintaxis del garabato. Hay algo críptico más allá del sentido sepulcral del sitio. Algo como un legado, la clave de acceso a una cultura que no merecemos conocer. Nadie sabe qué dicen las tumbas, ni importa saber.

Pregunto por descendientes, pero en el pueblo no me dicen. Supe que el último judío de Camajuaní se llamó Nissim Franco y murió en 2012. Sus hijos viven en Santa Clara y allí fue enterrado, tal vez bajo una cruz cristiana.

—Yo era un chamaquito cuando David Yapur se murió. En Vueltas había muchos judíos. Creo que se fueron para los Estados Unidos todos, pero en verdad nadie sabe a dónde fue a parar esa gente –explica un tipo cincuentero que no ofrece su nombre.

—Este cementerio de los judíos es uno de los siete u ocho que hay en todo el país–cuenta Luis Oscar Rodríguez. Me da la

espalda con elegancia y compra un periódico con una moneda que no logro distinguir en el estanquillo de Correos de Cuba.

—Esos muertos no son de nadie. Bastante tiene uno atendiendo los muertos propios pa echarse arriba otros. A ese cementerio hay que pasarle la mano, ¡pero una clase mano! –contesta Elsa, la vendedora de artículos para fiestas de cumpleaños, en el boulevard del pueblo.

—Falta que hace ese terreno pa tumbas de la gente acá en Camajuaní. A la hermana mía tuvimos que enterrarla en una gaveta de cemento en la pared, ¿sabes? Porque no teníamos espacio para la sepultura –aviva la charla una clienta de Elsa, que valora una piñata con la cara de Mickey Mouse grabada.

—No. ¿Comprar un terreno en el cementerio? ¡Eso está prohibido, muchacha! El que se puso de suerte y lo heredó está salvao. El cementerio de los turcos tiene tremendo espacio –remata Elsa.

—Los judíos de Vueltas no eran todos sefardíes. Había muchos askenazíes. Emigrados polacos. Ahí vivió Max Lesnik padre, y nació Max Lesnik hijo, el periodista que se hizo amigo de Fidel después de haberse fajao con él. A cada rato lo veo por la televisión y le digo a mi mujer: "¡Mira, ese tipo es de Vueltas, es judío!", pero ella no me cree –dice el tipo cincuentero que no ofrece su nombre.

***

Camajuaní no tiene la pobreza bonita de Isabela de Sagua, o Paradero de Camarones. Decir "Camajuaní", o "Cabaiguán", o

“Cumanayagua” es armar, en la medida que los nombras, edificios de grandes paneles prefabricados; casas de hormigón, con puntales bajos y carpintería de aluminio, como búnkeres domésticos.

Las casas al interior de Cuba, en verdad, son sistemas de trincheras. El cubano de ahora tiene un alerta clínico; se atrinchera contra huracanes, contra el clima, contra invasiones remotas del enemigo imperial. Los pueblos al interior de la isla son calcos de Camajuaní: impronunciables, marciales, supervivientes de un bombardeo invisible.

Las personas de los pequeños pueblos parecen tristes, a pesar de los dos o tres clubes de computación offline para que el pueblo acceda a la tecnología de un microprocesador Celeron, a pesar –incluso– del área de rehabilitación y fisioterapia con que cuentan por cada 70 000 habitantes, o del amplísimo archivo de videocasetes VHS que las salas de cine rentan a la comunidad como parte de sus servicios.

A los judíos del pueblo les llamaban turcos. Los turcos, me cuentan, eran propietarios de peleterías, dulcerías, cafeterías y otros comercios. Camajuaní está atravesado por un pequeño boulevard de dos cuadras, como un impulso de urbanismo truncado, como si la palabra “ciudad” le quedara grande a pesar del esfuerzo por darle sentido.

En el boulevard de Camajuaní están apilados los actuales comercios, en su mayoría estatales. Ningún turco es dueño de nada ahora. Existe una cremería en la punta misma del boulevard. Tiene letras grandes y carteles pomposos que anuncian

al visitante la venta de helado. Pero en verdad no hay helado, es solo una simulación. Camajuaní es, todo él, un gran cartel, una promoción vacía. La vida no ocurre pero el viajero debe creer que sí, que la cremería es, en efecto, cremería, aunque la gente del pueblo nunca haya probado el helado.

Los judíos de Camajuaní no alcanzaron a ver el pueblo de atrezo.

***

"El cementerio de los turcos", "el de la entrada", "el que está abandonado". Pero en realidad no está abandonado: la maleza a un metro y tanto, la planta abierta donde deberían ir paredes, los límites difusos entre monte y cementerio, son solo una insinuación del abandono, porque la "unidad" pertenece a Servicios Necrológicos.

Al cementerio judío le quedan pocas paredes, pero tiene un portón de malla y hierro para hacer más digno el acceso. He ido hasta allí en dos ocasiones. Una vez vi un perro dentro. Sin embargo, se lee para nadie:

Horario de visitas:
Abierto de lunes a domingo
De 7:00 am a 11:00 am
De 1:00 pm a 5:00 pm

La gente del pueblo no conoce la Halajá, el funcionario de Comunales –que se encoge de hombros ante mis preguntas– tampoco, ni tiene por qué, aunque pareciera que sí. La Halajá

es la ley divina de los hebreos. Dice la Halajá que no se deben destruir tumbas judías, ni moverlas a otras partes. Hay un componente de obediencia inexplicable en el abandono. Pareciera que el olvido respondiera a alguna lógica, a un respeto ceremonial por el espacio religioso.

***

El chico dibuja lo que él cree es su nombre. Escribe sin saber que en otra edad –cuando ya no se tiene ninguna– también su nombre será un enigma intraducible. Escribe desde esa dimensión de lo íntimo que solo alcanza un garabato. Trazos tan mudos como los que leo, ahora, sobre su tumba.

Un rastro de electrocardiograma sobre el papel.

Algunos lo pronuncian “רכב הסוח קחצי”.

También se pronuncia “José Behar Isaac”.



La guagua etérea

Yuliet Calaña, “La Yuli de Cuba”

(Facebook. 2020)

El huevo

La gente se casa y se divorcia, se muda y se vuelve a mudar; y a veces por descuido, y otras por temor a palabras tan feas como “oficoda”, que es tan horrible como “sobaco”, termina viviendo en un lado y comprando los mandados en otro.

Es el caso de mi compañera de asiento hoy en la guagua. En un brazo llevaba un niño pequeño y, en el otro, la cuota que viene a buscar todos los meses a casi 16 kilómetros de su casa, incluyendo la docena de huevos salvadora. Pero, según parece, no era ella la única que estaba cargando huevos en la guagua.

—¿Qué es esto? –le preguntó una señora desde su asiento al hombre que llevaba en frente.
—Un hombre –le contestó él.
—Exacto, no es un nido, así que puede ir sacando sus huevos de él –le espantó a quemarropa y la guagua estalló en risas.

El viaje había comenzado de lo más divertido cuando una muchacha, fina y divina, se subió y pagó con un billete de cincuenta pesos. El chofer le devolvió 49 pesos “machos”. “Papi, a mí me gustan los machos, pero no hay que exagerar...so salao”.

“Pá que goces, mami, y camina hasta el fondo... la salida es por detrás que todo no puede ser por delante”.

Estábamos justo en medio del ómnibus. Ya saben, de todo como en botica: olores franceses y olores muy cubanos, toda una facultad de Medicina a bordo con su chachareo, sus librancos y su música a tó meter, un batallón de repelladores a pie de obra, una señora mayor fuera de sus cabales con tres gatos y un temba con medio saco de yuca.

Entonces mi compañera de asiento pide parada. “Ahora es cuándo es”, me digo, pues debía sortear aquel amasijo humano de sudores e incrustaciones con su niño y sus minidosis de azúcar blanca, negra, arroz del malo –que fue el que tocó este mes y el otro también–, su gota de aceite y, por supuesto, sus huevos.

Activo mi sentido común: “Déjame la jaba de saco, que es la que más pesa, y la cubalse con los huevos para que no se te rompan. Te las doy por la ventana, trata de bajarte tú con el niño”.

El bebé comenzó a pasar de mano en mano como una estrella de rock y llegó a la salida. La madre manoteó, se cerró como una estrella de rap y logró bajarse también. Y cuando pensaba que ya lo peor había pasado, la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida... Con tremenda cabroná, el huevo más frágil de la docena, que había sobrevivido al acto heroico, tremebundo y lascivo de montarse en una guagua en Cuba a las doce del día, decide suicidarse y algunos de sus fluidos vitales se sincronizan, *ipso facto*, con el único minúsculo hueco de la jaba de nailon y comienza a chorrear formando una

mancha en mi entrepierna, una mancha como las nubes, sujeta a las más diversas interpretaciones.

Nada, Paulo Coelho, que a veces el universo conspira para que logres tus sueños, y otras, para que se te explote un huevo encima y llegues cacharriá a tu destino. Con mi dulzura característica, si me salpican un poquito de harina ahora mismo soy una panetela… Si alguien quiere añadir algún otro ingrediente tenga la amabilidad.

Vitamina C

Hoy en la mañana cuando me fui a tomar la vitamina C, se me cayó y no la encontré por ningún lugar. Algo súper raro porque no estamos hablando de una pastillita, sino de un pastillón que te atraganta y de color naranja, además.

En fin, me tomé otra y me fui para casa de un guajiro a resolver limones. Hice el viaje en un camión de esos que, de tantos brincos, te bajas hecha postas. Iba sentada y frente a mí venía de pie un hombre de pequeña estatura, que parecía muy avergonzado porque durante todo el trayecto no levantó la cara... Lo vi hasta con intenciones de quedarse a vivir dentro de mi ajustador.

Cuando se venía el bache más grande del poblado que, por cierto, no era lo único que se venía, pues ya el tipo estaba a punto de caramelo, yo me sujeté muy fuerte de la baranda. Pero ¡qué va!, aquello hizo CUCHUPLÚN, mis tetas se pegaron al techo y de adentro de ellas saltó, con tremenda potencia, la vitamina. Fue a parar directo a la boca del mirón, que

estuvo atragantado como tres minutos. Yo aproveché para componerme y guardarme el gaznatón que ya iba a gastar en él. Hasta los gaznatones hay que ahorrar aquí porque te pueden hacer falta en cualquier otro momento.

Lo mejor del día fueron las caras de las personas mirándome así, entusiasmadas, como miraban a Ubre Blanca. Pero esperando que de mis pechos, en lugar de leche, brotaran antibióticos, antihipertensivos y todas esas cosas que están en falta. Ahora ya sé dónde buscar todo lo que se me cae de las manos y desaparece.

El transporte sigue igual

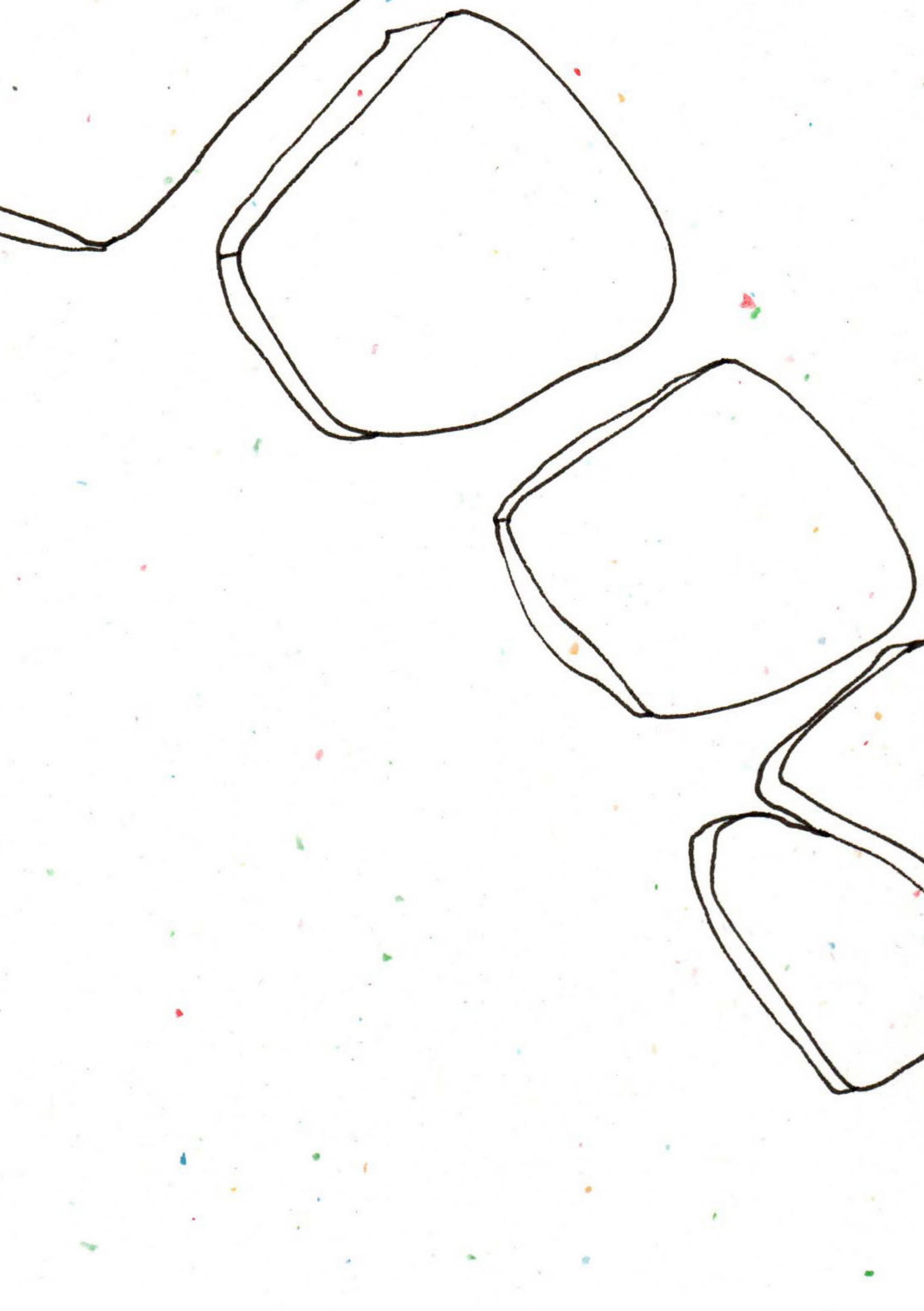
Llegué a la parada bajo perro aguacero y sin esta sombrilla. De banda sonora unos truenos más atemorizantes que el legado musical de Chocolate. En eso vi una guagua que venía despacito, como si fuera a parar, y salí corriendo como una loca bajo la lluvia... En la parada nadie se inmutó. “Qué pasmaos son” -pensé-, mientras les gritaba: “corrannnnn… una guagua”. Y detrás de esa venía otra y otra y otra, dos taxis, varios carros particulares, un camión y mucha gente llorando... Era un entierro. Miré de reojo para la parada y todos estaban partidos de la risa con lo que acababa de pasarme... Y yo allí, desamparada bajo aquel palón divino de agua... Y ya que estaba frente a la iglesia, me puse a versionar a Julio: unos que ríen, otros llorarán... el transporte sigue igual.

Récord

Llegando al parque veo a unos muchachones corriendo a tó meter y me mando atrás de ellos. Se me cae un zapato, lo

recojo y sigo. Se me afloja el pellizco y con el pelo suelto sigo. Se me corre el maquillaje y chorreando más pintura que Marilyn Manson sigo. Se me sale una teta, me la entro y sigoooooo.... Pero corrido un buen tramo ya, cuando los había sobrepasado a todos, miro al frente y no veo guagua, ni taxi, ni camión alguno... Solo me veo a mí pasando por al lado de un profe con un cronómetro y registrando nuevo récord para las pruebas de Educación Física de la escuelita del parque... Solo me veo a mí y a mis instintos básicos de perseguir guaguas entrando a la meta como Juantorena: con el corazón… Y la teta afuera otra vez.







De la serie "Bitácora de pandemia"

Gretell Lobelle

(Facebook. 2021)

31.08

Mantilla sería un pueblo olvidado si no fuera por Leonardo Padura. Mantillero nato, su familia fue de las fundacionales. A Mantilla no lo conoce nadie, solo ahora con un evento complicado de Covid-19, con lo cual los medios de comunicación lo mencionan constantemente.

Hace más de diez días que los sucesos de la fiesta irresponsable en El Moro se regaron como pólvora, también el bicho hijoeputa. Se destapó la Caja de Pandora. Claro, no es lo mismo una fiesta en Mantilla que una en Miramar, aunque las dos empiezan con M. Mantilla está más cerca de Macondo y Miramar de Manhattan. No es lo mismo tomar en vaso 'e cristal que compartir el vaso.

En Mantilla hay una sola tienda grande, si así se puede llamar. El siglo XXI trajo cierto desarrollo pal pueblucho. Las pipas se acabaron en el 2000. Alguien se dignó a entender el derecho que teníamos a abrir una pila 'e agua y que el líquido saliera. Hubo teléfono pa' muchos a partir del 2009, se asfaltaron algunas calles, aunque en Mantilla profundo, ahí donde está el Covid, en El Moro, pues aún existen intentos de calle y la gente vive en casa del otro.

En estos barrios la gente entra y sale, convive, se relaciona a lo comunidad primitiva. Aquí el marxismo sí es a pulso, "el hombre piensa como vive" y también viceversa.

Ya hace una semana que otros hablan de Mantilla, no yo o Padura, los demás; aquellos que ven con recelo al pueblucho, como a Párraga y a la Güinera que, si no son iguales, son bien parecidos.

A mí la gente fina me rechifla, no reparo en ella. He tenido finura en mi vida que he desechado por elección. He visto más sinceridad en un vecino de Mantilla, más desprendimiento, compartir lo poco que tienen que en la "jai" del Vedado. En el barrio, lo mismo me carga una jaba el más guapo que me cambia la balita del gas el exconvicto más sonao. Mi vecino Jorgito ha salío conmigo pal policlínico a las tres de la mañana sin que la mujer se cuestione nada.

La gente en Mantilla es así, mezcla de buena gente, luchadora; también meten cabeza, bisnean, juegan a la bolita, hay mercado negro. Eso es el barrio, mi barrio, el de Mario Conde; no tiene colorete, máscaras, no se finge, no hay necesidad de fingir.

Hace unos días le explicaba a una policía las causas y efectos de un problema, a lo Ichikawua. Desgraciadamente nos quedamos la mayoría de las veces en la superficie y no en lo que subyace. Aún espero ver una intervención más profunda en mi pueblo, más sitios donde adquirir alimentos, más actores sociales con una campaña de comunicación de bien público, fuerzas del orden público más preparadas, ordenado colas,

dispersando, manteniendo la distancia física y no aglomerados ellos también.

La gente en Mantilla es humilde, fraterna, simple. Espero para Mantilla más intención, más preocupación, intervención pública adecuada, políticas públicas de desarrollo local. Lamento la mirada inquisitiva, lo peyorativo al hablar de este sitio, lo despectivo al pensar a su gente. Soy Mantillera, de pura raza, y me duele Mantilla. Me duele su olvido.

Espero desde lo positivo que me queda en estos días, que las circunstancias de un bicho asesino logren activar sensibilidades responsables.

***

23.09

Me levanto y monto caldero, organizo la casa. Llueve muchísimo y la lluvia puede cambiarte el día. La casa del Zucker está que es un bodrio. Oigo las noticias tóxicas habituales, pero desde que esto empezó decidí escucharlas solo una vez al día para tener tamaño de bola. Veo gráficos, esas cifras me ponen a pensar. Con los números, datos a analizar… Para mí siempre ha sido difícil aquello de mastica y traga.

Esta profesión te convierte en un gran “sospechador” y cuando empiezan a compararse, el que sea, ya me huele a quemao. Soy difícil de convencer y eso me ha traído más de un disgusto. A mí dame datos, evidencias y déjame la interpretación.

Veo a los vecinos del área, el vecinito enconao, y tiene tasa de letalidad más baja que la nuestra. Por eso cuidado con los datos, prefiero la triangulación, la interpretación mixta porque si de datos hablamos, uhmmm... Algunas mañanas me siguen oliendo a quemao.

La gallina de la religiosidad pal caldero, estoy pa' sopa. No se asombren, que nadie los engañe. A los orichas se les ofrenda la sangre, algo así como el espíritu del animal. La materia se come. Allá usted si desperdicia un chivo o una gallina.

No pierdo la oportunidad del sermón mañanero a la Gaby. Estos días me tienen pegá al techo, demasiada desidia, chanchullo, falta 'e clase y de educación, esa que viene por la teta de la madre.

Estoy asqueá desde lo simple hasta lo complejo. La crítica, la contrapelusa de lo criticado… ponme el tema que estoy en contra.

Suelo ser reflexiva, voy a los números y a las evidencias. Trato de interpretar los fenómenos en contexto. No me gusta el negro ni el blanco.

Gaby se me acerca y de pronto le digo: —Hija, siempre mírate tú primero antes de mirar pal lado. Revísate antes de observar el entorno. Fijarse en los otros, para bien o para mal, a veces es consuelo de tontos.

Me mira con esa mirada de "mami, amaneciste hoy en yuprendi". Esa frase muy de ella.

Sigo en mis noticias mañaneras. La cultura escudo y espada de la nación. Vaya pa' la mierda, le digo al locutor. ¿Acaso no ves el sancocho y la chusmería que tienen armá en todas las manifestaciones del arte? Que si los músicos, artes escénicas, literatura… y ahora para rematar los plásticos... los plás-ti-cos. Yo que pensaba que eran los más *underground* de las artes. No jodas chico, ¿escudo? Últimamente muchos están siendo la pena de la nación.

Gaby me mira... «Mami, ¿tú estás hablando con el radio?»

—Ay nena, no me hagas caso, la cuarentena ya es muy larga y está sacando lo peor de mucha gente. Eso me tiene molesta, triste.

Llueve, jodía lluvia. Me quedé sin novio, como de costumbre. Llevo ocho meses sin ver a la moconga. Pordiosssss, Gaby tiene razón, amanecí enyuprendi o lo que es lo mismo, retorcida. Definitivamente, voy otro rato pa' la cama. Total, desde las seis ando dando vueltas, dormí a ratos.

Cerca de las cuatro de la mañana me enganché por el chat con mi comadre. La acompañé hasta que amaneció en la conversación. Hay muchas maneras de no sentirse sola. Se metieron a robar en su casa, la de mi abuela, "con ellos duermiendo dentro"; se llevaron cosas del cuarto, "con ellos durmiendo dentro". La casa está a dos manzanas del evento de Mantilla, se supone que la zona está sobrevigilada.

Por donde quiera que lo mires, la gente anda mal, me recuerda etapas feas de los 90 o peor. Antes no estaban las redes sociales, ahora la gente ha perdido el límite. ¿Será la nueva forma de comunicación? Creo que no. Hay una sustancia que se

aprende en la cuna. La gente y sus máscaras… Decir en un espacio virtual aquello que en persona no diría… La virtualidad da una falsa valentía. No creo en ella, ni creo en el barniz de mucha gente. La mayoría de las veces prefiero a la gente sencilla, sin tantos “títulos”.

Voy pa’ la cama. Tengo que echar mis lagrimitas, sacar todo esto y deprimirme un rato. Estoy pa’ eso, porqué no.

Al final, como toda guajira que se respete, hay pa’ alimentar a la cría. Ya puedo comer un poco ’e mierda y deprimirme como hacen los más curtidos intelectuales.

***

28.08

¡¡¡Medidas!!!

El muchachito de la tienda me mira bonito. Se atreve y lanza piropos contemporáneos; de esos que se dicen ahora, códigos que yo no entiendo.

Reparé en el muchachito, después de una cola con una de mis socias fuertes y del alma. De más está decirles que es de las pocas veces que una cola me ha dado tanto placer. Ella y yo somos una mezcla explosiva. Nos pusimos intensas con una policía porque queríamos organizarle la cola. Yo toa profunda, le hice toa una explicación científica del diagrama causa efecto de Ichikawua. Ella me miraba con los ojos botaos, sudando y loca porque soltara una pinga. Pero si de mí depende, no me

conducen ni me procesan. Al cadete, que también cuidaba, lo ruboricé. Me mandó a separarme de mi socia y le dije: “¿por qué, si ella es mi pareja?”. El niño se quería morir. En definitiva, calentamos la cola, no por indisciplinadas sino por inconformes con aquel absurdo.

Cuando nos tocó el turno de pasar a la tienda, después de que la policía casi suelta espuma por la boca con nosotras (lo peor son las intelectuales), compramos cada una lo suyo.

Lo bueno del nasobuco es que tú no conoces a nadie de vista, al menos yo. Pues en mi turno de compra, aquel muchachito –flaquito, relambío y pinta que te dan deseos de cuidarlo, hacerle sopa y natilla– me soltó con actitud seductora: “¿Tú no eres la que vive en la calle Libertad, frente a casa de Jorgito?”. Omaigotttt, este me conoce!!!

De más está decirles que ahí fui yo la que se ruborizó. Lo que tenía de flaco le sobraba de relambío y mandao. En un minuto se me declaró a boca ’e jarro.

Enmudecí y saben que a mí pa’ dejarme muda es difícil. Al final lo único que atiné a decirle fue: “Chico si yo puedo ser tu mamá...” El muy fresco me respondió: “Tú no eres mi mamá, aunque me encantaría. Dame tú teléfono”. Final. Me subían y bajaban los colores, descolocada y aturdía. Le dije que no. La yunta, que reía y gozaba to’ aquello, me dice: “Lobelle, dale el teléfono”, con pellizco incluído.

Yo creo que mis amigas me quieren ver con novio, aunque sea un menor. Me fui con la compra y sin dar el teléfono. No

les voy a mentir, con el ego bailando a lo NG La Banda: “es sabrosura viva, tremenda expresividad”… No se me hagan, a toda mujer le gusta el mameo seductor.

En mis andares por la calzada de Mantilla, los pocos que hago en busca de pastos y forrajes, toca shorcito corto, el uniforme de la cuarentena. Si total, hay quien enseña las tetas… Yo las patas, la parte visualmente más aceptable de mi cuerpo. Al nene siempre me lo encuentro, de esas personas que una no se explica por qué se te aparecen en el camino. Siempre se lanza, me he acostumbrado a sus piropos contemporáneos, que van del azafrán al lirio. Unas veces me ha dicho: “mami eres un tanque...” Una cree que ya lo ha oído todo. Ese día, cuando llegué a la casa le tuve que preguntar a mi hija qué cosa quería decir. Y es algo así como alguien con swin.

Otras veces cuando he dejado propina: “mami eres la tixa...” También se ha lanzado con uno romántico. A mi modo de ver, en un nivel superior: “mami no te veo, ya te extraño, sabes que estás en mi corazón”. Al chico no lo he parado en seco porque nadie amarga un dulce y está graciosito.

Hay amigas de cuarenta que me han contado de sus experiencias con “menores de treinta y mayores de veinte”. No sé qué pasa con algunos jóvenes y su gusto por las tembas. Si quieren comprobarlo, cuando esto pase vayan al Tun Tun... Los chicos de Economía y Contabilidad son rápidos y furiosos.

Al parecer las tembas tienen su cosa. Habría que preguntarle a Calviño... En lo particular, no me gustan los muchachitos. Me da por querer educarlos y de eso no va ni el follankele

ni el amor. Con ese grupo etáreo una, que es toda sustancia, esencias, lirismos, mente, manía… desentona con ellos que son más actores porno, aterrizados, objetivos, viviendo el hoy como si un mañana no existiera. Ya les conté de mi novio el bodeguero, esa es otra historia.

Ayer aumentaron las medidas en Labana para detener esta pandemia. No hace falta aclarar que el yogurt está fuerte, esto pinta feo. Las medidas se ajustan a un amor en tiempos de cólera, en un Moscú que no cree en lágrimas. Pa’ que me entiendan, negro y con pespuntes negros, que igual una no ve la diferencia.

Todos hablan de la “nueva normalidad”, de un cambio en la manera de vivir, de pensar y llevar la vida. Con este gusto por los significados a mí la nueva normalidad me sabe a mierda, muy anormal y caótica.

No más que echarme la redondez de la mesa e insomnio. Por eso hoy tengo again, perras ojeras, perro sueño, perro mal humor y perro conflicto interior.

Me ronda la sospecha de que vendrán tiempos de cambios en el pega pega. Tiempos de entender piropos contemporáneos, actores pornos, renunciar al lirismo, desarmar esquemas epocales, tabúes de edades. El imperio de la abulia, el sinvivir que tanto me asusta, el estamos-hoy-aquí-y-el-mañana-no-existe.

Saben, he pensado darle el teléfono al muchachito. Quizás el flirteo de la nueva normalidad consista en un mensaje por móvil: “Mami, el pollo llegó / Mañana van a sacar champú / Mami, te traje pechuguitas, pa’ que no te me sudes en una cola”.

¿Acaso tendré que traicionar? ¿Rearmar un nuevo concepto de jebitos y culpables? ¿Abrir mi diapasón al rango de jebitos que me lleven más de veinte o menos de veinte? Porque si vamos a abrirnos de mente nos abrimos completos, que hay tembas adultos echando humo.

El gusto es muy puñetero, la verdad, y una con sus manías de química y horizontalidad en las relaciones, fluir, vivir en libertad de cuerpo y alma, no calcular en el amor, ni cambiar amor por favores. ¡Ayyyy Estervina!, mira que tú te complicas...

Por lo pronto no estoy convencida con la nueva normalidad. Algo sí tengo claro, a nadie le tallan PUTA en el féretro.



Hay mucho amor en esta casa

Grettel Escalona Martí

(*Progreso Semanal*. Septiembre 24 de 2020)

En septiembre de 2019 regresé a Cuba con mi bebé de tres meses. No pretendía quedarme tanto tiempo, pero dos razones nos retuvieron aquí: los lentos trámites para nacionalizar a mi hija y, actualmente, el coronavirus. De todas las perversas circunstancias que intenté prever cuando regresé a la isla, jamás conté con una pandemia. Me preparé mental y económicamente para la "coyuntura", para los problemas de desabastecimiento habituales, para la ausencia de mi familia en el país… Y también para estar sin el papá de mi niña, que necesitaba continuar viaje.

Hace 26 años vivo en mi barrio. Las personas que me vieron crecer, encantados ahora con la sonrisa de mi hija, se fueron acercando cada vez más. Siempre tuvimos lazos estrechos, pero las crisis sacan lo mejor o lo peor de las personas. Por suerte acá ha imperado el lado humano. "No estás sola", "llámanos, cualquier cosa que necesites", son las frases comunes que escucho cada vez que me ven. La coyuntura fue incómoda, pero tolerable dentro de lo posible. Hasta que llegó el virus.

Iniciaba la crisis cuando, cerca de las diez de la noche, escuché al presidente explicar que las madres no podían salir con sus hijos a realizar compras. Fue brusco; me incomodó mucho. Llamé

a varias amigas para desatar mi ira. Al otro día me desperté con la cabeza más fría y pensé: tiene razón. Si yo me enfermo, mi hija se enferma. Esto no es una gripe boba y tal vez yo pueda creer que tenga anticuerpos suficientes para resistir, pero, ¿y ella? Es una bebé de nueve meses, qué sabe su cuerpo de anticuerpos. No sé, pero hay cosas que es mejor no averiguar por las malas.

Mis vecinas más cercanas me llamaron para decirme que, por el bien de nosotras, decidían mantener distancia total. La señora es enfermera y a su hija, estudiante de estomatología, la habían convocado para realizar pesquisas. Ahora sí no podía salir. Ellas no podían cuidarme a mi bebé y yo no podía exponerla a la calle.

Comencé a tomar medidas extremas, invocadas por la sensatez de mi madre desde la distancia. Algunos amigos y miembros de mi familia empezaron a dejarme cosas debajo de la puerta. Al inicio siempre es raro, da hasta risa, nunca se ha hecho y uno piensa: ¡qué situación ridícula! A medida que los casos fueron aumentando, tomé todo más en serio. No hay quien pase por la puerta de mi edificio sin antes desinfectarse… y preferiblemente descalzo.

Actualmente llevamos meses sin salir de casa. Mi pensamiento es: “estamos en guerra, todo lo que consiga será bienvenido”. Prioridades: pañales (de cualquier marca), leche para mi niña, alimentos para resistir, aseo. Con la mensualidad que envía su papá aún podemos darnos el lujo de “no contar los kilos”. Tenemos un privilegio que agradecer y sé que ese no es el caso de muchos. Mi red de apoyo consiste en amigos

de la familia y vecinos. Todos los días tengo que agradecerle a alguien por su ayuda. Se me hace un nudo en la garganta cada vez que doy dinero para que nos compren algo. Siento que se exponen por nosotras y nunca sabré cómo agradecer. Dicen que se siembra lo que se recoge, pero no sé en qué momento sembré tanto. Los veo regresar agobiados por el calor, indignados por aquellos que no respetan el distanciamiento, por la larga cola del pollo, por la sensación de victoria al convencer a la tendera de que les venda un paquete más de pañales…

La espera será larga. No nos engañemos. No sé cuándo acabará esto. Especulo sobre la crisis que se avecina, entro en pánico social, me calmo, pienso cómo ser más productiva, aunque sea guardada. Muchos miedos me rodean, ¿qué mundo conocerá mi hija después de esto? No sé qué pasará, pero todos los días me voy a dormir agradeciendo por todos aquellos que me ayudan diariamente. Siento que hay mucho amor encerrado ahora mismo en esta casa.





La calle Damas

Javier Bobadilla

(Facebook. Noviembre 23 de 2020)

La calle Damas, en la cuadra antes de la Avenida del Puerto, es la más tranquila del mundo. Bajando por Damas, en la esquina, hay dos policías. Al acercarse un vehículo le hacen señas de doblar por la calle transversal. El policía que hace la seña es un hombre mayor, no es un recluta inexperto. El carro patrulla está a cierta distancia de la esquina. Otra patrulla hace una ronda, con aire casual. En la Avenida del Puerto hay un despliegue del Minint y una ambulancia.

Todo el dispositivo policial está discretamente alejado del foco. No se permiten vehículos de motor en la cuadra. Es la misma estrategia de la cola del pollo. Evitar la sorpresa. Desviar la atención. Como si eso fuera posible.

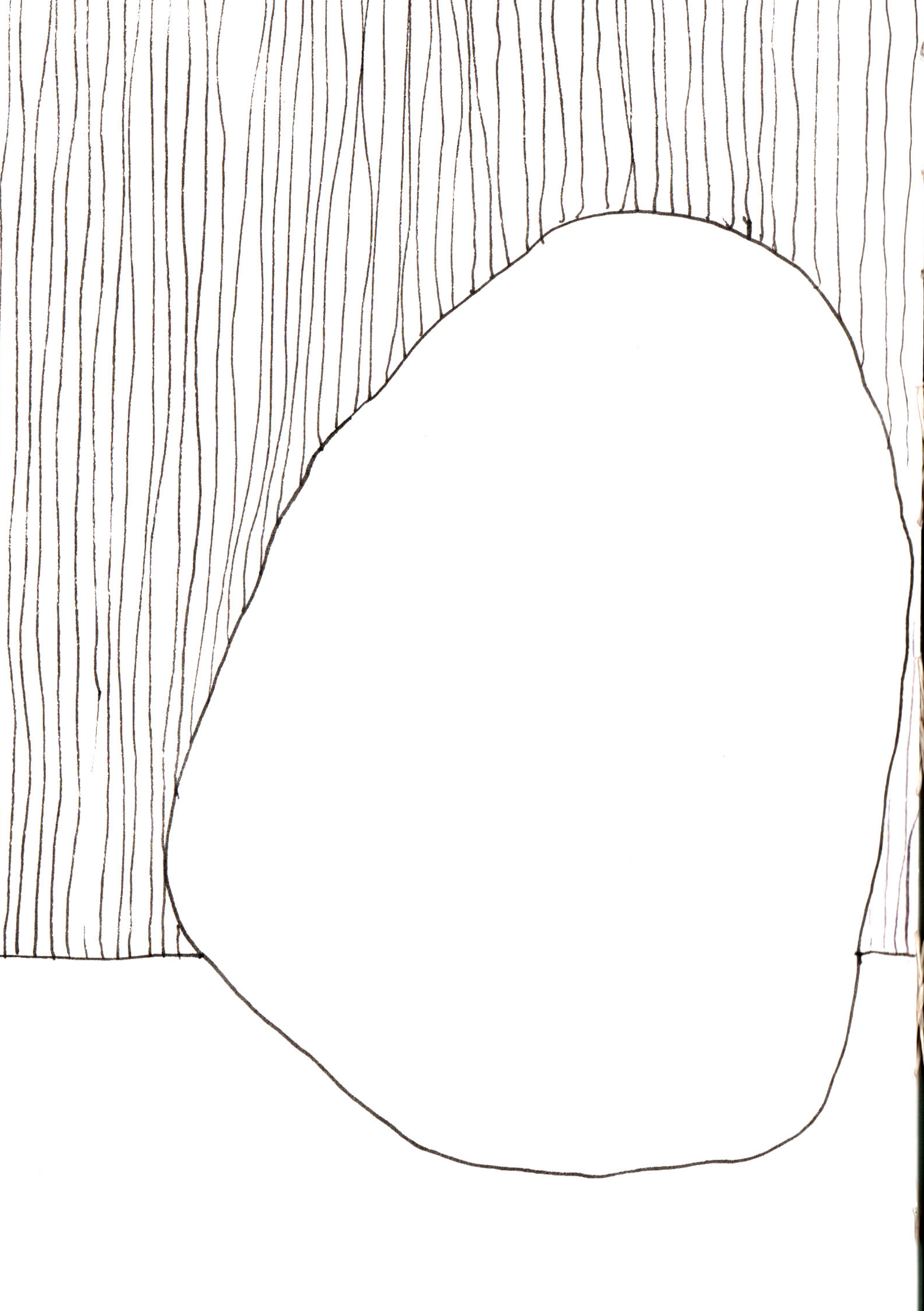
Entre tanta calma se esconde una gran tensión. La gente mira directamente a los ojos. Me sigue con la vista. El civil trata de definir si soy civil o soy otro, vestido de civil. El falso civil trata de mantener su cobertura y eso le preocupa más que mis intenciones. El policía trata de decidir si soy una amenaza o uno que dobló por donde no era y ahora está perdido en el laberinto de baches y adoquines.

Nadie se imagina que vine a ver el miedo.

Hay mucho miedo. Y tienen razón.

El león con hambre es muy peligroso.





Casas para piedras

Infraestudio

(*Ediciones Infraleves*, 2020)

Es destino constante de la piedra ser casa. Para ello, se les debe juntar en masas obedientes dispuestas a desaparecer. La única forma de domesticar a una piedra sola, es estando dispuestos a desaparecer. Una casa para una piedra se habita a sí misma: travestismo recíproco del fragmento primitivo y el todo doméstico. La arquitectura, hecha ser, parte de la disciplina para alejarse de ella. La naturaleza viva tendría que mirarse en la naturaleza muerta. Vernos en las piedras es muy fácil; ver las piedras en nosotros, no.

Sobre los autores

Mónica Baró Sánchez (La Habana, 1988)
Licenciada en Periodismo por la Universidad de La Habana. Fue parte del equipo fundador de la revista *Periodismo de Barrio* y ha colaborado con otros medios digitales como *OnCuba*, *El Toque*, *Cuba Posible*, entre otros. Recibió el Premio de Periodismo Iberoamericano Gabriel García Márquez en 2019 y actualmente es reportera de la revista *El Estornudo.*

Elaine Díaz Rodríguez (La Habana, 1985)
Licenciada en Periodismo y máster en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de La Habana. Nieman Fellow (2014-2015) en la Nieman Foundation for Journalism de la Universidad de Harvard. Ha sido conferencista en varias universidades norteamericanas, en el International Affairs Forum-Traverse City y en el Mid-Coast Forum on Foreign Relations. Dirige desde 2015 la revista *Periodismo de Barrio.*

Mel Herrera (La Habana, 1995)
Estudia Contabilidad y Finanzas en la Universidad de La Habana. Egresada del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. En 2018 obtuvo el Premio César Galeano por el relato "Marpacíficos rojos". Actualmente colabora con las revistas digitales *Q de Cuir* y *Tremenda Nota.*

Carlos Alejandro Rodríguez Martínez
(Guaracabuya, 1991)
Licenciado en Periodismo por la Universidad Central Marta Abreu, de Santa Clara. Ha sido redactor en el semanario *Vanguardia* y editor de la revista digital *Tremenda Nota*. Fue el primer cubano en formar parte de la red de jóvenes periodistas latinoamericanos "Distintas Latitudes", con sede en México.

Carla Gloria Colomé Santiago (La Habana, 1990)
Licenciada en Periodismo por la Universidad de La Habana y máster en Comunicación por la Universidad Nacional Autónoma de México. Trabaja como periodista independiente y ha publicado en medios digitales como *El Estornudo* y *CiberCuba*.

Yaiset Rodríguez Fernández (Cienfuegos, 1983)
Licenciada en Periodismo por la Universidad de La Habana. Artículos suyos han aparecido en diversos medios digitales cubanos. Publicó recientemente la antología *Humanos en Cuba. Selección de perfiles* (Boca de Lobo Editores, 2020).

Randy Cabrera-Díaz (La Habana, 1992)
Licenciado en Periodismo por la Universidad de La Habana. Ha trabajado en varios medios nacionales e independientes. Es editor de la revista digital *Tremenda Nota*. Un relato suyo fue incluido en la antología *Eros en el Oeste*. Es autor de *Cabeza de hombre* (Ediciones Loynaz, 2020).

Carlos Lechuga (La Habana, 1983)
Cursó estudios en el Instituto Superior de Arte y se graduó de la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños. Ha dirigido los largometrajes *Melaza* y

Santa y Andrés, los cuales han recibido varios premios nacionales e internacionales. Escribe crónicas y entrevistas para diversas revistas digitales. *En brazos de la mujer casada* (Editorial Hypermedia, 2020) es su primer libro.

Orestes Hernández (Antilla, 1981)
Cursó el nivel elemental en la Academia Profesional de Artes Plásticas de Holguín y se graduó de la especialidad de Pintura en el Instituto Superior de Arte de La Habana. Ha realizado varias exposiciones personales e integrado muestras colectivas en Cuba, España, Alemania y Suiza.

Julio Llópiz-Casal (La Habana, 1984)
Artista visual y licenciado en Historia del Arte por la Universidad de La Habana. Ha participado en las muestras colectivas "Cada forma en el espacio es una forma de tiempo que se escapa" (Estudio Dagoberto Rodríguez, Madrid. 2020) y "Landlord Colors: On Art, Economy and Materiality" (Cranbrook Art Museum, Detroit. 2019).

Diana Ferreiro (Sancti Spíritus, 1990)
Licenciada en Periodismo por la Universidad de La Habana, es editora en la revista cubana de música *Magazine AM:PM*. Se desempeña como directora de comunicación en Bonus Track, agencia de comunicación radicada en Cuba. Textos suyos han sido publicados en *Magazine AM:PM*, *Periodismo de Barrio*, *Casa de las Américas*, *Zona de Obras* y *El Estornudo*.

Wendy Martínez (Fomento, 1996)
Estudiante de Derecho en la Universidad José Martí de Sancti Spíritus. Ha incursionado en la música y actualmente escribe para el *Magazine AM:PM* la columna "Ruido y furia".

Jesús Jank Curbelo (La Habana, 1991)
Licenciado en Periodismo por la Universidad de La Habana. Se ha desempeñado como guionista de espacios dramatizados, además de reportero y columnista. Ha publicado la novela *Los Perros* (Guantanamera, 2017) y textos suyos han aparecido en revistas y antologías de varios países.

Darío Alejandro Alemán (La Habana, 1994)
Licenciado en Periodismo por la Universidad de La Habana. Ha colaborado en medios digitales como *Cubalite*, *Magazine AM:PM* y *Yucabyte*. Actualmente trabaja como reportero en la revista *El Estornudo*. Algunos de sus textos han sido replicados en revistas extranjeras.

Yandrey Lay (Esperanza, 1984)
Licenciado en Periodismo por la Universidad de La Habana. Ha publicado, entre otros, los volúmenes *Guerra del Agua* (Editorial Capiro, 2012) y *Retratos de escritores y otros seres extraordinarios* (Sed de Belleza Ediciones, 2018). Ha sido merecedor de varios premios literarios en ensayo, cuento y novela. Textos suyos han aparecido en publicaciones de Argentina y Estados Unidos.

Julio Batista Rodríguez (Melena del Sur, 1989)
Graduado de Periodismo por la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana. Recibió el Premio Iberoamericano de Periodismo Rey de España 2017 en la categoría de Periodismo Ambiental y Desarrollo Sostenible. Ha participado en eventos académicos y profesionales de Cuba, El Salvador y Alemania. Ha trabajado en varios medios de prensa y televisión. Artículos suyos han aparecido en

publicaciones como *OnCuba*, *Progreso Semanal*, *El Toque*, el periódico alemán *Taz*, entre otras. Es colaborador de Radio Francia Internacional.

Carlos Melián Moreno (Santiago de Cuba, 1979)
Graduado de Periodismo por la Universidad de Oriente, ha colaborado con medios oficiales como *Somos Jóvenes*, *El Caimán Barbudo*, *La Jiribilla*, *La Calle del Medio*; además de medios cubanos independientes como *El Estornudo*, *El Toque* y *Periodismo de Barrio*. Textos suyos han aparecido en publicaciones extranjeras, entre las que destacan *Taz* (Alemania), *The Clinic* (Chile) y *El Tiempo* (Colombia).

Lianet Fleites (Camajuaní, 1989)
Licenciada en Periodismo por la Universidad Central Marta Abreu de Santa Clara. Ha colaborado con las revistas *El Estornudo*, *Periodismo de Barrio*, *Die Tageszeitung* y *OnCuba*. En 2016 obtuvo el Premio Internacional de Periodismo Cultural Paco Rabal, en la categoría de Joven Promesa. En 2018 obtuvo Mención Especial en los premios de la Sociedad Interamericana de Prensa, en la categoría de opinión.

Yuliet Pérez Calaña (Isla de la Juventud, 1986)
Licenciada en Periodismo por la Universidad de La Habana. Se desempeña como periodista especializada de deportes en el canal local Islavisión, donde ha sido guionista y directora de programas de televisión. Su página de crónicas en Facebook “La Yuli de Cuba” tiene más de seis mil seguidores. Es la autora de la APK para Android “Una guagua es un país” que compendia crónicas del transporte público.

Gretel Lobelle Fernández (La Habana, 1976)
Licenciada en Información Científico-Técnica y Bibliotecología por la Universidad de La Habana. Obtuvo el doctorado en Ciencias de la Información y Documentación por la Universidad de Granada, España, y es docente de la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana. Allí lidera varios proyectos asociados a líneas de investigación sobre prácticas informacionales y alfabetización mediática en comunidades habaneras, además de conducir programas de intervención patrimonial y políticas públicas.

Grettel Escalona Martí (La Habana, 1987)
Licencia en Letras por la Universidad de La Habana. Ha sido redactora de contenidos digitales en Cuba, Brasil y Ecuador. Ha trabajado como editora y correctora de estilo en el Departamento de Comunicación Institucional de la Asamblea Nacional de Ecuador y en la implementación de estrategias comunicacionales. Creadora de narrativas en favor de la igualdad y la diversidad en América Latina y el Caribe.

Javier Alejandro Bobadilla Díaz (La Habana, 1979)
Licenciado en Ciencias de la Computación por la Universidad de La Habana. Fue miembro del Taller de Fotografía Creativa de la UNEAC, en 2008, y es autor del proyecto de performance e instalación “Consolez Vous”, colateral a la XIII Bienal de La Habana, realizado en la Fábrica de Arte Cubano, en 2019.

Infraestudio

Es un estudio de arte y arquitectura creado en el 2016 por Anadis González, Fernando Martirena, David Medina y Gerardo Guillén. Desarrolla proyectos de arquitectura, obras de arte, proyectos editoriales, curatoriales y de investigación urbana. En 2019 lanzaron su editorial conceptual de obras-libro Ediciones Infraleves y actualmente tienen en construcción otros cinco proyectos, entre los que destaca el "Centro de Arte Contemporáneo Línea 508". Han participado en exposiciones en Taller Chullima, Taller Galería Gorria, Fábrica de Arte Cubano, la XII Bienal de La Habana y la Fundación Ludwig de Cuba.

Ariel Camejo (Pinar del Río, 1981)
Es doctor en Ciencias Literarias por la Universidad de La Habana, donde se desempeña como profesor titular de Teoría y Crítica Literarias en la Facultad de Artes y Letras. Ha impartido, además, cursos de pregrado y postgrado sobre narratología, historia intelectual del Caribe y representaciones urbanas en la literatura y el arte latinoamericanos. Ha co-editado los volúmenes *Saint-John Perse: por los caminos de la tierra* (Casa de las Américas, 2008) y *Pa(i)sajes urbanos* (Linkgua, 2015), además de coordinar la traducción al español del *Elogio de la Creolidad* (Casa de las Américas, 2014). Artículos suyos aparecen en numerosas publicaciones cubanas e internacionales. Ha sido conferencista invitado y participado en eventos académicos en universidades e instituciones de Guadalupe, Jamaica, Guatemala, Estados Unidos, Colombia, España, Alemania, Noruega, Austria, Italia y China.

